

LA SEÑORA DALLOWAY

Virginia Woolf

La señora Dalloway dijo que ella misma compraría las flores.

Porque Lucy ya le había hecho todo el trabajo. Las puertas serían sacadas de sus goznes; los hombres de Rumpelmayer iban a venir. Y entonces, pensó Clarissa Dalloway, ¡qué mañana! -fresca como si fuesen a repartirla a unos niños en la playa.

¡Qué deleite! ¡Qué zambullida. Porque eso era lo que siempre había sentido cuando, con un leve chirrido de goznes, que todavía ahora seguía oyendo, había abierto de golpe las puertaventanas y se había zambullido en el aire libre de Bourton. Qué fresco, qué tranquilo, más que ahora desde luego, estaba el aire en las primeras horas de la mañana; como el aleteo de una ola, el beso de una ola, frío y cortante y sin embargo (para los dieciocho años que tenía entonces), solemne, sintiendo, como sentía allí de pie en la ventana abierta, que algo terrible estaba a punto de suceder; mientras miraba las flores, los árboles, el humo escapando entre su fronda, y a los grajos volando arriba y abajo; de pie y mirando hasta que Peter Walsh dijo: «¿Mirando a las musarañas?» -¿eso dijo?-. «Prefiero a los hombres antes que las musarañas» -¿eso dijo? Debió decirlo en el desayuno cuando ella había salido a la terraza. Peter Walsh. Volvería de la India un día de éstos, en junio o julio, había olvidado cuándo, pues sus cartas eran terriblemente pesadas; eran sus dichos lo que una recordaba; sus ojos, su cortaplumas, su sonrisa, su mal genio y, una vez que miles de cosas se habían disipado completamente -¡qué cosa tan extraña!- unos cuantos dichos como éste, sobre las musarañas.

Se irguió un poco sobre el bordillo esperando que pasara el camión de Durtnall. Una mujer encantadora, pensó Scrope Purvis (que la conocía como uno conoce a los vecinos de Westminster); tenía el no sé qué de un pajarillo, del arrendajo, verde azulado, ligera, vivaracha, aunque tenía cincuenta años cumplidos, y muy pálida desde su enfermedad. Ahí estaba ella encaramada, sin verlo, esperando a cruzar, bien erguida.

Porque de tanto vivir en Westminster -¿cuántos años ya?... más de veinte- sientes, aun en medio del tráfico, o al despertarte de noche, Clarissa estaba segurísima, una quietud particular, o mejor cierta solemnidad; una pausa indescriptible; un suspense (aunque eso podía ser del corazón, según decían aquejado de gripe) antes de que el Big Ben diese la hora. ¡Ahora! El reloj tronó. Primero un aviso, musical; luego la hora, irrevocable. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire. ¡Qué locos estamos!, pensó cruzando Victoria Street.

Porque sólo Dios sabe por qué nos gusta tanto, por qué lo vemos así, por qué lo inventamos, por qué construimos todo esto que nos rodea, y lo destrozamos para volverlo a crear de nuevo; pero si hasta los mismísimos mendigos, los miserables más desesperados sentados en los portales (beben su destrucción) hacen lo mismo; y eso no lo pueden solucionar las leyes del Parlamento y por una y misma razón: aman a la vida. En los ojos de la gente, en el vaivén, el caminar y la caminata; en el estruendo y el tumulto; en los coches,

automóviles, omnibuses, camiones, hombres-anuncio que van y vienen de un lado a otro; en las bandas de música; organillos; en el triunfo, y en el tintineo y en el extraño canto de algún aeroplano que pasaba volando estaba lo que ella amaba: la vida; Londres; este momento de junio.

Porque era junio. La guerra había terminado, salvo para gente como la señora Foxcroft en la Embajada anoche, comiéndose las entrañas con sus lágrimas porque aquel joven tan bueno había muerto y ahora la vieja finca iría a parar a manos de un primo; o como Lady Bexborough que inauguró la tómbola, dijeron, con el telegrama en la mano, John, su predilecto, muerto; pero había terminado, gracias a Dios -del todo. Era junio. Los Reyes estaban en Palacio'. Y por todas partes, aunque todavía muy temprano, había un movimiento, un ritmo, de ponies que galopaban, de bates de cricket que golpeaban; Lords, Ascot, Ranelagh y el resto, envuelto en la suave retícula del aire gris azul de la mañana que a medida que avanzaba el día, los desnudaría y depositaría en su césped y en sus campos de cricket, a los ponies troteros, cuyas manos no hacían sino tocar el suelo para volver a saltar, y a los jóvenes incansables, las jovencitas riéndose, en sus muselinas transparentes las cuales, sin embargo, a pesar de haberse pasado la noche bailando, insistían en sacar a pasear ahora a sus absurdos perros de lanas; e incluso ahora, a estas horas, discretas y ancianas señoronas salían en sus automóviles a hacer misteriosos recados; los tenderos se afanaban en sus escaparates con sus diamantes y baratijas, sus preciosos y viejos broches verdes mar con monturas dieciochescas para tentar a los americanos (¡hay que ahorrar y no comprar cosas a la ligera para Elizabeth!), y también ella, que adoraba aquello con una pasión absurda y fiel, siendo parte de ello -pues su gente perteneció a la corte allá en tiempos de los Jorges- ella también, aquella misma noche, iba a deslumbrar y despertar admiración; a dar su propia fiesta. Pero ¡qué extraño! al entrar en el parque, el silencio, la neblina, el murmullo, los patos felices con su lento nado, las aves embuchadas contoneándose, y ¿quién dirían que se acercaba, de espaldas al edificio del Gobierno, de lo más correcto, con sus despachos en una cartera grabada con el escudo real? ¡Ni más ni menos que Hugh Whitbread! ¡Su viejo amigo Hugh! El admirable Hugh!

-¡Muy buenos días Clarissa! -dijo Hugh (excediéndose un tanto, ya que se conocían desde niños)-. ¿Adónde vas? -Me encanta pasear por Londres -dijo la señora Dalloway. -. La verdad, es mejor que pasear por el campo.

Acababan de llegar -desgraciadamente- para ver al médico. Otros venían a ver cuadros, a la ópera, a pasear con sus hijas; los Whitbread venían «a ver al médico». Infinidad de veces Clarissa había visitado a Evelyn Whitbread en un sanatorio. ¿Estaba Evelyn otra vez enferma? Evelyn estaba bastante pachucha, dijo Hugh, dejando entender, con una especie de morisqueta o con un gesto de su cuerpo, muy bien vestido, masculino, sumamente apuesto, perfectamente cuidado (siempre iba casi demasiado bien vestido, pero quizá no le quedaba más remedio dado su puestecillo en la Corte), que su esposa sufría alguna dolencia interna, nada serio, cosa que Clarissa Dalloway, vieja amiga suya como era, comprendería sin pedirle que le diera más detalles. ¡Claro! Claro que lo comprendía; qué fastidio; y se sintió muy fraternal y a la vez curiosamente preocupada por su sombrero. No era el sombrero adecuado para esa hora de la mañana, ¿verdad? Porque Hugh siempre le hacía sentir, ahí gesticulando, descubriéndose, un tanto exagerado, y asegurándole que podía pasar por un niña de dieciocho años, y que por supuesto que iría a su fiesta esa noche, Evelyn insistió mucho en ello, lo único es que posiblemente llegaría un poco tarde después de la fiesta en Palacio a la que debía llevar a uno de los chicos de Jim -siempre se sentía un poco insignificante al lado de Hugh; como una colegiala; pero con cierto apego hacia él, en parte por conocerlo desde siempre, pero también le resultaba buena persona a su manera, aunque a Richard le sacaba de quicio, y en cuanto a Peter Walsh, nunca le había perdonado que le gustara.

Se acordaba, uno por uno, de los escándalos que se armaron en Bourton -Peter furioso; Hugh, desde luego, no tenía nada que ver con él, aunque tampoco era tan imbécil como Peter decía; no era un simple bodoque. Cuando su anciana madre le pedía que dejara la caza o que la llevara a Bath, lo hacía sin rechistar; la verdad es que no era nada egoísta. Y eso de que, como Peter decía, no tenía corazón ni cerebro, nada más que los modales y la crianza de un caballero inglés, ésas eran cosas de su querido Peter en sus mejores momentos; y es que llegaba a ponerse inaguantable; llegaba a resultar insufrible; pero una compañía adorable para dar un paseo en una mañana como ésta.

(Junio les había sacado las hojas a todos los árboles. Las madres de Pimlico daban de mamar a sus críos. Los mensajes pasaban de la flota al almirantazgos. Parecía como si Arlington Street y Piccadilly caldearan el mismísimo aire del parque y elevaran sus hojas con calor, brillantez, en esas olas cuya divina vitalidad tanto le gustaba a Clarissa. Bailar, montar a caballo, le había encantado todo aquello.)

Porque bien podían llevar cientos de años sin verse, ella y Peter; ella nunca le escribía y las cartas de él eran más secas que palos; y de repente se le ocurría, si estuviese conmigo ahora, ¿qué diría? -algunos días, algunas imágenes se lo devolvían a la memoria, serenamente, sin la amargura del pasado; lo cual quizá era la recompensa por haberse interesado por la gente; volvían las imágenes en medio de St. James's Park una bella mañana -por cierto que sí. Pero Peter -por muy bonito que fuera el día, y los árboles, la hierba y la niñita de rosa- Peter nunca veía nada de todo esto. Se ponía las gafas, si ella se lo pedía, y miraba. Era el estado del mundo lo que le interesaba; Wagner, la poesía de Pope, el carácter de la gente eternamente, y los defectos de su propia alma. ¡Cómo la reñía! ¡Cómo discutían! Se casaría con un Primer Ministro y recibiría de pie en lo alto de una escalera; la llamaba la anfitriona perfecta (por culpa de eso había llorado en su dormitorio), tenía madera de perfecta anfitriona, decía.

Por eso, todavía hoy se encontraba en St. James's Park, viendo los pros y los contras, todavía hoy seguía preguntándose y diciéndose que había hecho bien -y de hecho así era- en no casarse con él. Porque en el matrimonio debe haber cierta libertad, un poco de independencia entre personas que viven día tras día en la misma casa; Richard se lo daba, y ella a él. (¿Dónde estaba él esta mañana, por ejemplo? En algún comité, nunca le pedía explicaciones.) Pero es que con Peter todo tenía que compartirse; había que hablarlo todo. Y eso era intolerable. Y en cuanto a aquella escena en el jardín junto a la fuente, tuvo que cortar con él o si no se habrían destruido, ambos habrían acabado arruinados, estaba convencida; así y todo, durante años, como una saeta clavada en el corazón, había cargado con el dolor y la congoja: y• luego el horror del momento en que alguien le dijo en un concierto que se había casado ¡con una mujer que había conocido en el barco, de camino a la India! Nunca olvidaría todo aquello. Fría, desalmada, timorata, le decía. Nunca llegó a comprender qué andaba buscando. Pero parece que aquellas indias sí bobas, monas, tontinas delicadas. Y eso era derrochar su lástima. Sí, porque él era feliz, según le aseguraba -perfectamente feliz, aunque nunca hizo nada de lo que habían hablado; su vida entera había sido un fracaso. El asunto todavía la enojaba.

Había llegado a la verja del parque. Se paró un momento y miró los omnibuses en Piccadilly.

No se atrevía a afirmar de nadie, ahora, que fuera esto o aquello. Se sentía muy joven; al tiempo que inefablemente avejentada. Penetraba en todas las cosas como un cuchillo; y a la vez se quedaba fuera, observando. Tenía un perpetuo sentir, al mirar los taxis, de estar fuera, lejos, muy lejos, mar adentro y sola; siempre tuvo la impresión de que vivir era muy, muy peligroso, aunque sólo fuese un día. Y no es que se creyese lista, o muy fuera de lo normal. Cómo se las había arreglado en la vida con las cuatro cosillas que Fräulein Daniels les había enseñado, no se lo explicaba. No sabía nada; ni idiomas, ni historia, apenas si leía ya algún

libro (salvo memorias, en la cama); y sin embargo a ella le resultaba absolutamente absorbente; todo esto; los coches que pasan; y no se habría atrevido a afirmar de Peter, a afirmar de ella misma; soy esto, soy aquello.

Su único don era conocer a la gente casi por instinto, pensaba ella, reanudando su paseo. Si la metían en una habitación con alguien, al momento, como un gato arqueaba el lomo, o ronroneaba. Devonshire House, Bath House, la casa con la cacatúa de la China, en una ocasión las había visto todas iluminadas; y recordaba a Sylvia, Fred, Sally Seton -tal cantidad de gente; y bailando toda la noche; y los vagones traqueteando de camino al mercado; y volver en coche a casa por el parque. Recordó cómo en una ocasión tiró un chelín al Serpentines. Pero todo el mundo recordaba; lo que a ella le encantaba era esto, aquí, ahora, frente a ella; la señora gorda en el coche. ¿Acaso importaba entonces, se preguntaba, caminando hacia Bond Street, acaso importaba que tuviera que desaparecer completamente? Todo esto tenía que continuar sin ella; ¿le dolía; o es que no resultaba un consuelo creer que la muerte era el fin absoluto? Pero, de alguna manera, en las calles de Londres, en la corriente y la marea de las cosas, aquí, allí, ella sobrevivía, Peter sobrevivía, vivían el uno en el otro, y ella formaba parte, estaba segurísima, de los árboles de su casa, de aquella casa de ahí enfrente, fea, cayéndose a pedazos; formaba parte de gente a la que nunca había conocido; yacía como una bruma entre la gente que mejor conocía, quienes la elevaban entre sus ramas como ella había visto que los árboles levantan la bruma, pero se extendía tanto, tan lejos, su vida, ella misma. Pero ¿qué andaba soñando cuando se fijó en el escaparate de Hatchards? ¿Qué es lo que trataba de recuperar? Qué imagen de un amanecer en el campo, mientras leía en el libro abierto:

No temas más al ardor del sol
Ni a las airadas furias del invierno.

Esta edad tardía en la experiencia del mundo había criado en todos ellos, hombres y mujeres, un pozo de lágrimas. Lágrimas y desconsuelos; valor y resistencia; un aguante perfectamente recto y estoico. Piensa, por ejemplo, en la mujer que más admiraba, Lady Bexborough, abriendo la tómbola.

Ahí estaban los Placeresy paseos de Jorrock; ahí estaban Esponja enjabonada, las Memorias de la señora Asquith y Caza mayor en Nigeria, todos ellos abiertos en el escaparate . Tantos libros que había; pero ninguno que pareciera del todo adecuado para llevárselo al sanatorio a Evelyn Whitbread. Nada que le sirviera de distracción y consiguiera que el aspecto de aquella mujer menuda, indescriptiblemente enjuta, pareciera por un momento, al entrar Clarissa, cordial; antes de empezar la acostumbrada e interminable charla de dolencias femeninas. Cuánto lo necesitaba -que la gente se mostrara contenta al entrar ella, pensó Clarissa, se volvió y caminó de nuevo hacia Bond Street, molesta, porque era estúpido tener otras razones para hacer las cosas. Hubiera preferido ser una de esas personas como Richard, que hacían las cosas por sí mismas, mientras que ella, pensó, esperando a cruzar, la mitad de las veces no hacía las cosas así, simplemente, por sí mismas; más bien para que la gente pensara esto o aquello, una perfecta idiotez, lo sabía (ahora el policía levantaba la mano), porque nunca nadie se creía el cuento ni por un instante. ¡Ay! ¡Si hubiese podido volver a vivir! pensó, bajando de la acera, ¡si hubiese podido incluso tener otro físico!

Hubiera sido, para empezar, morena como Lady Bexborough, con tez de cuero arrugado y unos ojos preciosos. Hubiera sido, como Lady Bexborough, pausada y majestuosa; más bien corpulenta; interesada en la política como un hombre; con una casa de campo; muy digna, muy sincera. En lugar de eso, tenía una figura estrecha, como de palillo,

una carita ridícula, picuda como la de un pájaro. También es verdad que tenía buen porte; tenía bonitas manos y bonitos pies; y vestía bien, teniendo en cuenta lo poco que gastaba. Pero ahora a menudo, este cuerpo que llevaba (se paró a mirar un cuadro holandés), este cuerpo, con todas sus cualidades, parecía no ser nada -nada en absoluto. Tenía la extrañísima sensación de ser invisible; de que no se la veía; desconocida; al no haber más posibilidades de casarse, ni de tener ya más hijos, nada más que este discurrir asombroso y algo solemne, con todos los demás, Bond Street arriba, ser la señora Dalloway; ya ni Clarissa tan siquiera; ser la señora de Richard Dalloway.

Bond Street la fascinaba; Bond Street muy de mañana en plena temporada; sus banderas ondeando; sus tiendas; sin excesos; sin resplandor; un rollo de tweed en la tienda donde su padre se había comprado los trajes durante cincuenta años; unas cuantas perlas; el salmón encima de un taco de hielo.

-Eso es todo -dijo, mirando la pescadería-. Eso es todo -repitió, parándose un momento ante el escaparate de la guantería donde antes de la guerra, te comprabas unos guantes casi perfectos. Y su viejo tío William solía decir que a una dama se la conoce por los zapatos y por los guantes. Una mañana a mitad de la guerra, se dio la vuelta en la cama. Había dicho: «Ya he tenido bastante.» Guantes y zapatos; le apasionaban los guantes; pero a su propia hija, a su Elizabeth, le importaban un comino ambas cosas.

Un comino, pensaba, siguiendo por Bond Street hasta una tienda donde le guardaban las flores cuando daba una fiesta. A Elizabeth le interesaba su perro más que nada. Toda la casa olía a brea esta mañana. Pero bueno, mejor el pobre Grizzle que la señorita Kilman; ¡mejor moquillo y brea y todo lo demás que quedarse sentada, enjaulada en una habitación cerrada con un breviario! Cualquier cosa antes que eso, casi diría ella. Pero pudiera no ser más que una fase, como decía Richard, como las que pasan todas las chicas. Podía ser que se hubiera enamorado. Pero ¿por qué de la señorita Kilman? Que había sido maltratada, sin duda; uno debe ser tolerante con esas cosas, y Richard decía que era muy competente, que tenía una mente con un sentido verdaderamente histórico. De todas formas, eran inseparables. Y Elizabeth, su propia hija, iba a comulgar; y en cuanto a cómo vestía, cómo trataba a la gente que venía a almorzar, no le importaba en absoluto, ya que según su experiencia el éxtasis religioso endurecía a la gente (las grandes causas también); ensombrecía sus sentimientos, pues la señorita Kilman haría cualquier cosa por los rusos, se dejaría morir de hambre por los austriacos, pero en la intimidad infligía auténticas torturas, insensible como era, con su sempiterno impermeable verde. Año tras año llevaba ese impermeable; sudando; nunca pasaban más de cinco minutos sin que te hiciera sentir su superioridad, tu inferioridad; lo pobre que era, lo rico que eras, lo mal que vivía en su miserable barriada, sin un cojín, ni una cama, ni una alfombra, ni cosa parecida, carcomida su alma con esa aflicción que llevaba clavada, la echaron del colegio durante la guerra -¡pobre, amarga y desgraciada! Porque no era ella lo que uno odiaba, sino la idea de ella, que sin duda englobaba cosas que le eran ajenas a la señorita Kilman; se había convertido en uno de esos espectros contra los que uno lucha por la noche; uno de esos espectros que se yerguen ante nosotros y nos chupan la sangre de media vida, dominadores y tiranos; pues sin duda, con otro lance de la fortuna, si los negros hubiesen tenido la supremacía y no los blancos, ¡hubiera querido a la señorita Kilman! Pero no en esta vida. No.

Le molestaba, sin embargo, llevar a este monstruo brutal revolviéndose en su interior. Oír el crujido de las ramas y sentir los cascos machacando el suelo de aquel bosque cubierto de hojarasca, el alma; no estar ya nunca satisfecha, ni completamente segura, porque en cualquier momento podía revolverse la bestia, ese odio que, sobre todo desde su enfermedad, tenía el poder de darle la sensación de que la arañaban, de que le dañaban el espinazo; le causaba dolor físico y conseguía que el placer en la belleza, en la amistad, en estar a gusto, en ser amada y en hacer de su casa algo encantador, temblara, se derrumbara y doblara ¡como si

verdaderamente hubiese un monstruo escarbando en las raíces! ¡Como si toda la armadura de contento no fuese más que egolatría! ¡Este odio!

¡Bobadas! ¡Bobadas!, gritaba para sus adentros, mientras empujaba el batiente de la puerta de Mulberry, la floristería.

Entró, ligera, alta, muy erguida, y fue saludada al momento por la señorita Pym, con su cara de perro y las manos siempre rojas, como si las hubiese metido con las flores en agua fría.

Había flores: espuelas de caballero, flores de guisante, ramos de lilas; y claveles, montones de claveles. Había rosas; había lirios. Sí -respiraba el dulce olor a tierra del jardín, mientras hablaba con la señorita Pym que le debía favores y que pensaba que era buena, porque había sido buena con ella hace años; muy buena, pero estaba más vieja, este año, moviendo la cabeza de un lado a otro entre lirios y rosas y metiendo la cara con los ojos cerrados en las matas de lilas para respirar, tras el tumulto de la calle, el olor delicioso, la frescura exquisita. Y luego, al abrir los ojos, qué frescas estaban las rosas, como sábanas de encaje recién planchadas en su bandeja de mimbre; y qué oscuros y serios los claveles, con las cabezas bien tiesas; y todas las flores de guisante abiertas en sus maceteros, con su tinte violeta, blanco como la nieve, pálido -como si fuera al atardecer, cuando las jóvenes, con sus trajes de muselina, salen a coger rosas y flores de guisante, cuando el espléndido día de verano, con su cielo azul, casi azabache, y claveles, calas y espuelas de caballero ya ha terminado; y era ese momento, entre las seis y las siete, cuando todas las flores -rosas, claveles, lirios, lilas- brillan; cada una de las flores parecen una llama que arde por su cuenta, suave y pura, en los arriates brumosos; y ¡cómo le gustaban las polilla blancogrís que en remolinos rondaban los heliótropos, las prímulas de la noche!

Y así, mientras iba recorriendo los jarrones con la señorita Pym, eligiendo, bobadas, bobadas, se decía, cada vez más suavemente, como si esta belleza, esta fragancia, este colorido y el hecho de que la señorita Pym la quisiera, confiara en ella, fuera una ola que dejaba que la invadiera para así dominar aquel odio, aquel monstruo, para dominarlo todo; y cuando la ola la estaba elevando más y más -¡ay! ¡Sonó un disparo en la calle!

-¡Vaya con los automóviles esos! -dijo la señorita Pym, mientras iba hacia el escaparate a echar un vistazo y volvía, con una sonrisa de disculpa y las manos llenas de flores de guisante, como si fuese la culpable de todos esos automóviles, de todos esos neumáticos de automóvil.

La violenta explosión que sobresaltó a la señora Dalloway y que hizo que la señorita Pym se dirigiera al escaparate y se disculpase venía de un automóvil que se había detenido junto a la acera, precisamente frente al escaparate de Mulberry. Los transeúntes que, cómo no, se pararon a mirar apenas tuvieron tiempo de ver un rostro de máxima trascendencia sobre la tapicería gris claro, antes de que una mano masculina corriera la cortina, y ya no se vio nada sino un rectángulo color gris claro.

Así y todo al instante empezaron a circular rumores desde el corazón de Bond Street a Oxford Street por un lado, hasta la perfumería de Atkinson por otro, deslizándose invisibles, inaudibles, como una nube, decidida, como un velo sobre una loma, y cayendo precisamente con algo de la sobriedad repentina de la nube y con su misma sobriedad, sobre unos rostros, que un momento antes, estaban completamente alterados. Pero ahora el misterio les habrá rozado con su ala; habrán oído la voz de la autoridad; el espíritu de la religión flotaba en el aire, con los ojos vendados y los labios abiertos. Pero nadie sabía qué rostro era el que habían visto. ¿Era el del Príncipe de Gales, el de la Reina, el del Primer Ministro? ¿De quién era ese rostro? Nadie lo sabía.

Edgar J. Watkiss, con su tubería de plomo arrollada al brazo, dijo con claridad y burlonamente, por cierto:

-El coche del Primé Menistro.

Septimus Warren Smith, incapaz de cruzar, lo oyó. Septimus Warren Smith, unos treinta años, tez pálida, nariz picuda, con sus zapatos marrones, y su abrigo raído y sus ojos castaños temerosos que provocaban temor a su vez en los ojos de los desconocidos. El mundo ha levantado su látigo; ¿dónde restallará?

Todo había llegado a un punto muerto. Las vibraciones de los motores sonaban como un latido irregular que recorre un cuerpo de arriba a abajo. El sol se volvió extraordinariamente caliente porque el automóvil se había detenido ante el escaparate de Mulberry; las ancianas en la planta superior de los omnibuses abrían sus negras sombrillas; y aquí y allá, una sombrilla verde, o roja, se abría con su chasquido. La señora Dalloway, acercándose al escaparate con los brazos llenos de flores de guisante, asomó su menuda cara rosada, con gesto indagador. Todos miraban el automóvil. Septimus miraba. Unos chicos en bicicleta desmontaron de un salto. El tráfico se detuvo. Y ahí seguía el automóvil parado, las cortinas corridas, con un curioso dibujo impreso, como un árbol, pensó Septimus, aterrado por esta gradual concentración de todas las cosas ante sus ojos, como si algún horror hubiese subido a la superficie y estuviese a punto de inflamarse de repente. El mundo vibraba, temblaba y amenazaba con estallar en llamas. ¿Soy yo el que está impidiendo el paso?, pensó. ¿Acaso no le miraban y señalaban?; ¿acaso no estaba lastrado ahí, clavado en la acera, por algún motivo? Pero ¿por qué?

-Vamos, Septimus, sigamos -dijo su mujer, una mujer menuda, de grandes ojos en un rostro estrecho y anguloso; una chica italiana.

Pero la propia Lucrezia era incapaz de apartar la vista del automóvil y del dibujo del árbol de las cortinas. ¿Sería la Reina la que estaba ahí -la Reina que iba de compras?

El chófer, que llevaba un rato abriendo algo, dándole vueltas, cerrándolo, ocupó su asiento.

-Vamos -dijo Lucrezia.

Pero su marido, porque llevaban cuatro, cinco años de casados, dio un salto, se agitó y dijo:

-¡Bueno, vale! -enfadado, como si lo hubiese interrumpido.

La gente tiene que darse cuenta; la gente tiene que ver. La gente, pensó, mientras miraba al gentío embelesado por el automóvil; a los ingleses, con sus hijos, sus caballos y su ropa, a quienes admiraba en cierto sentido; pero ahora no eran más que «gente», porque Septimus había dicho «me voy a matan»; una frase espantosa. ¿Y si le hubieran oído? Miró al gentío. ¡Socorro! ¡Auxilio!, quería gritarles a los chicos de la carnicería y a las mujeres. ¡Socorro! El otoño pasado, sin ir más lejos, en el Embankment, ella y Septimus estaban arropados con el mismo abrigo y, como Septimus no hacía más que leer el periódico en lugar de hablar con ella, se lo arrancó sin importarle, ¡riéndose en las barbas del viejo que los vio! Pero el fracaso se esconde. Tendría que llevárselo a algún parque.

-Ahora vamos a cruzar -dijo ella.

Tenía derecho a su brazo, aunque fuera insensible. El se lo daría, a ella, que era tan sencilla, tan impulsiva, veinticuatro años tan sólo, sin amigos en Inglaterra, que había dejado Italia por amor a él, un trozo de hueso.

El automóvil, las cortinas corridas y su aire de reserva inescrutable, prosiguió hacia Piccadilly, y todavía seguía siendo el foco de todas las miradas, todavía provocaba en los rostros a ambos lados de la calle el mismo oscuro aliento de veneración, ya fuese por la Reina, el Príncipe o el Primer Ministro, nadie lo sabía. El rostro, lo que se dice el rostro, sólo lo habían visto tres personas durante unos segundos. Incluso el sexo era objeto de disputa. Pero no cabía duda de que la grandeza estaba sentada ahí dentro; la grandeza pasaba por allí, oculta, Bond Street abajo, a corta distancia, al alcance de la mano de la gente corriente que quizá estuviera ahora, por primera y última vez, a punto de hablar con la majestad de Inglaterra, el símbolo permanente del Estado, que se dará a conocer a los investigadores

curiosos que criben las ruinas del tiempo, cuando Londres sea sólo un camino cubierto de herbajos y todos éstos que se apresuran por la acera este miércoles por la mañana no sean sino huesos entre cuyo polvo aparezcan unas cuantas alianzas de boda y los empastes de oro de innumerables muelas picadas. Entonces se sabrá de quién era el rostro del automóvil.

Probablemente sea la Reina, pensó la señora Dalloway mientras salía de Mulberry con las flores: la Reina. Y por un instante adoptó una postura de dignidad extrema, ahí parada junto a la floristería bajo el sol, mientras el coche pasaba, parsimonioso, con las cortinas corridas. La Reina de camino a algún hospital; la Reina inaugurando alguna tómbola, pensó Clarissa.

El jaleo era tremendo para la hora que era. Lords, Ascot, Hurlingham, ¿qué pasaba? se preguntaba, porque la calle estaba bloqueada. La clase media británica, sentada a lo largo del piso superior de los autobuses con paquetes y paraguas, sí, incluso con pieles en un día como éste, pensó Clarissa, era más ridícula y más inconcebible de lo que uno pudiera imaginar; y hasta la Reina estaba retenida; la propia Reina tenía el paso cortado. Clarissa se había quedado detenida en un lado de Brook Street; Sir John Buckhurst, el viejo juez, en el otro, con el coche entre los dos (Sir John había dictado la ley durante años y le gustaban las mujeres bien vestidas) y entonces el chófer, asomándose imperceptiblemente, dijo o mostró algo al agente de policía que, tras dirigirle un saludo, levantó el brazo, empezó a hacer señas con la cabeza, apartó el ómnibus a un lado y el coche pasó. Lenta y muy silenciosamente, prosiguió su camino.

Clarissa lo adivinaba; Clarissa lo sabía, por supuesto; había visto algo blanco, mágico y redondo en la mano del sirviente, un disco con un nombre inscrito, -¿el de la Reina, del Príncipe de Gales, del Primer Ministro?- el cual, con la fuerza de su propio lustre, se había abierto paso como un hierro candente (Clarissa vio como el coche se hacía más pequeño en la lejanía hasta desaparecer), para poder arder entre los candelabros, las estrellas centelleantes, las pecheras, rígidas con su adorno de hojas de roble*, Hugh Whitbread y todos sus colegas, los caballeros de Inglaterra, aquella noche en el palacio de Buckingham. También Clarissa daba una fiesta. Se estiró un poco; así iba a estar ella, en lo alto de las escaleras.

El coche se había ido, pero había dejado tras él una tenue onda que fluía por las tiendas de guantes, las sombrererías y sastrerías a ambos lados de Bond Street. Durante treinta segundos todas las cabezas apuntaron en la misma dirección -la ventanilla. Mientras escogían un par de guantes -¿hasta el codo o más arriba, color limón o gris pálido? las señoras se interrumpieron; al terminar la frase algo había ocurrido. En algunos casos algo tan nimio que su vibración no la podía registrar ningún instrumento matemático, por muy capaz que éste fuera de trasmitir sacudidas y terremotos hasta China; y eso que era impresionantemente rotundo y a la vez emotivo por cuanto que su efecto se dejaba sentir en todo el mundo; porque en todas las sombrererías y sastrerías los clientes, extraños entre sí, se miraron y pensaron en los muertos; en la bandera; en el Imperio. En la taberna de una callejuela un alguien de las colonias profirió insultos contra la Casa de Windsor, lo cual derivó en improperios, jarras de cerveza rotas y una algarabía general que, singularmente, resonó como un eco al otro lado de la calle, hasta llegar a los oídos de las chicas que estaban comprando lencería blanca, de lazos de seda pura, para sus bodas. Porque la agitación superficial que el coche provocaba a su paso, tocaba y rasgaba algo muy profundo.

Deslizándose por Piccadilly el coche dobló por St. James's Street. Unos hombres altos, de físico robusto, hombres trajeados, con sus chaqués y levitas, sus pañuelos blancos y pelo peinado hacia atrás, que por razones difíciles de dilucidar, estaban de pie en el mirador de White, las manos tras la cola del chaqué, vigilando, percibieron instintivamente que la grandeza pasaba ante ellos, y la pálida luz de la presencia inmortal descendió sobre ellos, como había descendido sobre Clarissa Dalloway. Inmediatamente se irguieron más si cabe, retiraron sus manos de la espalda, y parecía que estuviesen en disposición de acatar las

órdenes de su Soberano, hasta la misma boca del cañón, si fuera necesario, igual que sus antepasados lo hicieran en otros tiempos. Parecía que los bustos blancos y las mesitas, en segundo plano, con algunas botellas de soda encima y cubiertas de ejemplares del Tatler, asentían; parecía que señalaban la abundancia de trigo y las casas de campo de Inglaterra; y que devolvían el tenue murmullo de las ruedas de coche, como los muros de una galería humilde devuelven el eco de un susurro convertido en voz sonora debido a la fuerza de toda una catedral. Moll Pratt, arropada en su chal y con sus flores sobre la acera, le deseó todo lo mejor al buen muchacho (seguro que era el Príncipe de Gales) y hubiera lanzado al aire el precio de una jarra de cerveza -un ramo de rosas- en medio de St. James's Street, de tan alborozada que se sentía, indiferente a la pobreza, de no ser por el oficial de policía que le tenía echado el ojo, frustrando así la lealtad de una vieja mujer irlandesa. Los centinelas en St. James's hicieron el saludo; el policía de la Reina Alejandra asintió.

Entretanto, un pequeño grupo se había formado ante las puertas del palacio de Buckingham. Inquietos pero confiados, pobre gente todos ellos, esperaban. Miraban el palacio, donde la bandera ondeaba; miraban a Victoria, henchida sobre su montículo, admiraban sus gradas de agua en movimiento, sus geranios; escogían y señalaban entre los automóviles del Mall, primero éste, luego aquél; y se emocionaban así, en vano, con plebeyos que habían salido a pasear en coche; recordaban su tributo y lo guardaban mientras pasaba este coche y luego aquél; y todo ese rato dejaban que se acumulase el rumor en sus venas y que vibrasen los nervios en sus muslos al pensar en la realeza dedicándoles una mirada; la Reina inclinándose; el Príncipe saludando; al pensar en la vida maravillosa conferida a los Reyes por gracia divina; en las caballerizas y las excelsas reverencias; en la vieja casa de muñecas de la Reina; en la Princesa María, casada con un inglés, y el Príncipe -¡ah! ¡el Príncipe! Se parecía extraordinariamente, según decían, al viejo Rey Eduardo, pero era muchísimo más delgado. El Príncipe vivía en St. James; pero acaso visitara a su madre alguna mañana.

Así decía Sarah Bletchley, con su bebé en brazos, golpeando el suelo con el pie, como si estuviese junto a su chimenea en Pimlico, pero sin perder de vista el Mall, al tiempo que Emily Coates recorría con la mirada las ventanas del palacio, pensando en las doncellas, las innumerables doncellas, los dormitorios, los innumerables dormitorios. Un señor mayor con un terrier de Aberdeen y varios hombres ociosos se unieron al grupo cada vez más grande. El pequeño señor Bowley, que alquilaba habitaciones en el Albany y que estaba sellado a la cera en cuanto a los profundos orígenes de la vida, aunque ese sello pudiera romperse de manera repentina, inoportuna, sentimental, con este tipo de cosas -pobres mujeres esperando que pase la Reina- pobres mujeres, niñitos bellos, huérfanos, viudas, la guerra -¡chist!-, el pequeño señor Bowley estaba llorando. Una brisa presumida calentaba los finos árboles del Mall, los héroes de bronce, daba vida a una bandera en el británico pecho del señor Bowley, que se quitó el sombrero al paso del coche entrando por el Mall y lo mantuvo en alto mientras el coche se acercaba, dejando que la madres de Pimlico se apretujaran contra él, bien erguido. El coche se acercó.

De repente, la señora Coates miró al cielo. El ruido de un avión penetró ominosamente en los oídos de la multitud. Ahí estaba, volando por encima de los árboles, dejando una estela de humo blanco que formaba rizos y tirabuzones, escribiendo algo, ¡de verdad! ¡haciendo letras en el cielo! Todos miraron.

El avión se dejó caer y volvió a subir en picado, hizo un lazo, siguió adelante, cayó, se elevó, dejando a su paso una espesa chorrera de humo blanco que caracoleaba y formaba curvas en el cielo, deletreando algo. Pero ¿qué letras eran? ¿A C? ¿Una E, luego una L? Por un solo instante permanecieron quietas; luego se fueron alterando, fundiendo y borrando en el cielo, tras lo cual el avión se alejó y empezó de nuevo, en otro trozo de cielo, a escribir una K, una E y ¿acaso una Y?

-Blaxo -dijo la señora Coates, con voz tensa y asombrada, fija su mirada en el cielo, y el niño, blanco y tieso en sus brazos, también miró.

-Kreemo -murmuró la señora Bletchley, como sonámbula. Con el sombrero en la mano, completamente inmóvil, el señor Bowley miraba fijamente al cielo. A lo largo de todo el Maf, la gente miraba al cielo. Mientras miraban, el mundo entero se volvió perfectamente silencioso y una bandada de gaviotas cruzó el cielo, acaudillada por una gaviota y luego por otra, y en este silencio extraordinario, en esta paz, en esta palidez, en esta pureza, las campanas doblaron once veces, alejándose su sonido con las gaviotas.

El avión giró, siguió en línea recta y picó exactamente donde le parecía, ágil, libre, como un patinador:

-Eso es una E -dijo la señora Bletchley.

O como un bailarín:

-Es toffee -murmuró el señor Bowley.

(En éstas, entró el coche por las puertas del palacio sin que nadie se fijara en él) interrumpiendo la emisión de humo, el avión se alejó más y más, y el humo se iba dispersando y adhiriendo a las amplias formas blancas de las nubes.

Se había ido; estaba detrás de las nubes. Ni un ruido. Las nubes que se habían unido a las letras E, G o L iban sueltas y libres, como si estuviesen destinadas a volar de este a oeste para realizar una misión de la mayor importancia que jamás sería dada a conocer, y sin duda así era -una misión de la mayor importancia. Entonces, de repente, como un tren saliendo de un túnel, el avión salió de las nubes otra vez, penetrando su sonido en los oídos de toda la gente en el Maf, en Green Park, en Picadilly, en Regent Street, en Regent's Park y la onda de humo se curvó tras él y el avión descendió y volvió a subir en picado, grabando una letra tras otra -pero ¿qué palabra estaba escribiendo?

Lucrezia Warren Smith, sentada junto a su marido en un banco del Broad Walk de Regent's Park, levantó la mirada.

-¡Mira, mira, Septimus! -exclamó. Porque el doctor Holmes le había dicho que estimulara en su marido (que no padecía nada serio salvo que estaba un tanto pachucho) el interés por las cosas que ocurrían a su alrededor.

Así pues, pensó Septimus, levantando la mirada, están haciéndome señas. Sin formalizarlo en palabras; es decir, que no sabía leerlo todavía; pero estaba bastante claro, esta belleza, esta belleza exquisita, y las lágrimas empañaron sus ojos al mirar las letras de humo languideciendo y disipándose en el cielo, y confiriéndole, en virtud de su inagotable caridad y risueña bondad, una forma tras otra de belleza inimaginable y mostrando su intención de entregarle belleza, a cambio de nada, siempre, a cambio de una simple mirada, ¡más belleza! Las lágrimas corrieron por sus mejillas.

Se trataba de toffee; estaban anunciando toffee, le dijo a Rezia un ama de cría. Juntas empezaron a deletrear: t...o...f ..

-K ... R... -dijo el ama y Septimus la oyó decir «ca erre» junto a su oído, profunda, suavemente, como un órgano suave pero con un tinte de aspereza en la voz, como la de una cigarra. Una aspereza que le raspaba el espinazo de forma deliciosa y trasmitía a su cerebro unas ondas de sonido que, tras el impacto, se quebraban. Qué descubrimiento tan maravilloso -que la voz humana en determinadas condiciones atmosféricas (porque uno debe ser científico, ante todo científico) ¡pueda devolverles la vida a los árboles! Alegremente, Rezia puso la mano con toda su fuerza en su rodilla, de tal manera que se sintió lastrado, transfigurado. De lo contrario se habría vuelto loco con la animación de los olmos balanceándose, arriba y abajo, con todas sus hojas encendidas y el colorido que variaba de intensidad, del azul al verde de una ola hueca, como las plumas que coronan a los caballos, o a las damas, tan orgullosas en su balanceo, tan espléndidas.

Pero no se volvería loco. Cerraría los ojos; ya no quería ver nada más.

Sin embargo, las hojas le llamaban; estaban vivas; los árboles estaban vivos. Y las hojas, al estar conectadas mediante millones de fibras con su propio cuerpo, ahí sentado, lo abanicaban arriba y abajo; cuando la rama se estiraba, él también daba cuenta de ello. Los gorriones que revoloteaban, subían y luego se dejaban caer en las fuentes melladas, formaban parte del cuadro; blanco y azul, y los trazos negros de las ramas. Los sonidos componían armonías con premeditación; los intervalos que los separaban eran tan relevantes como los sonidos. Un niño lloraba. A lo lejos sonó una bocina. En su conjunto, suponían el advenimiento de una religión nueva:

-¡Septimus! -dijo Rezia. Le dio un fuerte respingo-. La gente se va a dar cuenta.

-Voy hasta la fuente y vuelvo -dijo ella.

Porque ya no aguantaba más. El doctor Holmes diría que no era nada. Si por ella fuese, ¡mejor sería que estuviese muerto! Era incapaz de quedarse sentada junto a él cuando se quedaba así, con la mirada fija, sin verla y haciendo que todo fuese espantoso; el cielo y los árboles, los niños jugando, arrastrando sus carritos, con sus silbatos, cayendo al suelo; todos eran espantosos. Y él que no quería quitarse la vida; y ella que no se lo podía decir a nadie. «Septimus ha trabajado demasiado» -eso era lo único que le podía decir a su propia madre. Amar le hace a uno solitario, pensó. No se lo podía decir a nadie, ni siquiera ya a Septimus y, volviendo la mirada atrás, lo vio ahí sentado, con su abrigo raído, solo, encorvado con la vista perdida. Y era cobardía en un hombre decir que iba a quitarse la vida, pero Septimus había luchado; era valiente; él no era Septimus en este momento. ¿Que estrenaba un cuello de vestido? ¿Que estrenaba sombrero? Él nunca se daba cuenta; y era feliz sin ella. ¡Nada sin él la hacía feliz! ¡Nada! El era egoísta. Así son los hombres. Porque él no estaba enfermo. El doctor Holmes decía que no le pasaba nada. Extendió la mano ante ella. ¡Vaya! La alianza se le movía -de tanto que había adelgazado. Ella era la que sufría -pero no tenía a quién contárselo.

Lejos ya quedaba Italia, sus casas blancas y la habitación donde sus hermanas se sentaban a hacer sombreros, las calles que todas las tardes se llenaban de gente que iba de paseo, que reía a carcajadas, no como la de aquí, vivos a medias nada más, ¡arrebujados en sus tumbonas, mirando unas cuantas flores, feas, plantadas en una maceta!

-Porque deberías ver los jardines de Milán -dijo en voz alta. Pero ¿a quién se lo decía?

No había nadie. Sus palabras se desvanecieron. Como se desvanece un cohete. Sus chispas, tras abrirse camino en la noche, se rinden ante ella, la oscuridad desciende, se vierte sobre el contorno de las casas y las torres; las colinas áridas se suavizan y precisan sus contornos. Pero aunque se han ido, la noche está repleta de ellas; desprovistas de color, carentes de ventanas, existen más ponderadamente, entregan lo que la franca luz del día no consigue trasmitir -el desasosiego y el suspenso de las cosas agrupadas ahí en las tinieblas; apretujadas unas contra otras en las tinieblas; desprovistas del alivio que el alba aporta cuando, lavando las paredes blancas y grises, tocando todos y cada uno de los cristales de las ventanas, levantando la bruma de los campos, dejando a la vista las vacas pardo rojizas, que pastan apaciblemente, todo ello vuelve, una vez más, a agredir a la vista; vuelve a existir. ¡Estoy sola; estoy sola! gritó, junto a la fuente de Regent's Park (la mirada fija en el indio con su cruz), porque quizá a medianoche, al borrarse todos los límites, el país vuelve a su aspecto primigéneo, tal y como lo vieron los romanos, nuboso, como cuando desembarcaron, que ni las colinas tenían nombre ni conocían el curso de los ríos -ésa era su oscuridad. Y de repente, como si hubiese surgido una plataforma y ella estuviese montada encima, dijo que era su esposa, casada desde hacía años en Milán, ¡su esposa! y ¡nunca! ¡jamás diría que estaba loco! Dando un giro, la plataforma descendió; y ella fue bajando, bajando. Porque él se habría ido, pensó -se habría ido, tal era su amenaza, a quitarse la vida- ¡a tirarse debajo de un carro! Pero no; ahí seguía; solo, sentado en el banco, con su abrigo raído, las piernas cruzadas, la mirada fija, hablando en voz alta.

Los hombres no deben talar árboles. Hay un Dios. (Anotaba tales revelaciones al dorso de los sobres.) Cambia el mundo. Nadie mata por odio. Hazlo saber (lo anotó). Esperaba. Escuchaba. Un gorrión, encaramado en la barandilla de enfrente, canturreó: «¡Septimus, Septimus!», cuatro o cinco veces y, siguió cantando, sacando una a una las notas, cantando con voz nueva y también penetrante, con palabras griegas, cómo no existía el crimen y, acompañado por otro gorrión, desde los árboles de la pradera de la vida, al otro lado del río donde los muertos caminan, que no había muerte .

Ahí estaba su mano; allí, los muertos. Unas cosas blancas se estaban juntando tras la barandilla de enfrente. Pero no se atrevía a mirar. ¡Evans estaba detrás de la barandilla!

-¿Qué dices? -dijo Rezia de pronto, sentándose junto a él.

¡Otra vez me han interrumpido! Ella siempre le estaba interrumpiendo.

Alejarse de la gente -debían alejarse de la gente, dijo él (levantándose de un brinco), hacia allá, donde había sillas bajo un árbol y la extensa pendiente del parque se dejaba caer como una pieza de tela verde con una nube azul y rosa formándole un techado de tela muy en lo alto, y también había una muralla de casas lejanas, irregulares, arropadas en la neblina, el tráfico murmuraba en círculos y, a la derecha, unos animales de color pardo asomaban sus largos cuellos por encima de las empalizadas del zoo, ladrando, aullando. Ahí se sentaron bajo un árbol.

-Mira -le imploró ella, señalando una pequeña pandilla de muchachos con palos de cricket, uno de ellos iba arrastrando los pies, se volteaba como una peonza y volvía a arrastrar los pies, como un payaso de music-hall.

-Mira -le imploró, porque el Doctor Holmes le había dicho que le hiciera fijarse en las cosas reales, ir a algún music-hall, jugar al cricket-, ése era el juego ideal -dijo el Doctor Holmes-, un buen juego al aire libre, el juego ideal para su marido.

-Mira -repitió.

Mira, lo invisible le llamaba, la voz que ahora le comunicaba a él que era el más grande de la humanidad, Septimus, recientemente llevado de la vida a la muerte, el Señor que había venido a renovar la sociedad, que yacía como una colcha, como una manta de nieve tocada sólo por el sol, sin gastar, en constante sufrimiento, el chivo expiatorio, el eterno sufridor, pero él no lo quería, gimió, apartando con un gesto de la mano ese sufrimiento eterno, esa eterna soledad.

-Mira -repitió ella, porque él no debía hablar solo estando en la calle.

-¡Ay!, mira -le imploró. Pero ¿qué había que mirar? Unos cuantos corderos. Nada más.

-¿Dónde queda la estación de Metro de Regent's Park?; ¿podrían indicarle el camino al Metro de Regent's Park? -inquirió Maisie Johnson. Había vuelto de Edimburgo hacía tan sólo dos días.

-Por aquí no; ¡por allá! -exclamó Rezia, indicándole que se echara a un lado, por temor a que viera a Septimus. Los dos tenían una pinta rara, pensó Maisie Johnson. Todo parecía muy raro. Recién llegada a Londres a trabajar con un tío suyo que le había dado un empleo en Leadenhall Street y de paseo ahora por Regent's Park, aquella pareja sentada en esas sillas le dio un buen susto: la mujer, con aire de extranjera y el hombre con esa pinta tan rara, cuando fuera vieja los seguiría recordando y entre sus recuerdos chocaría este paseo por Regent's Park, una preciosa mañana de verano hace cincuenta años. Porque sólo tenía diecinueve años y por fin había conseguido lo que quería. Venir a Londres; y qué raro era ahora todo, esta pareja a la que le había preguntado el camino, y la chica se había asustado y había hecho un gesto raro con la mano y el hombre, él sí que parecía rarísimo, discutiendo, quizás separándose para siempre; quizás; algo pasaba, estaba segura, y ahora, toda esa gente (había vuelto al Broad Walk), los estanques de piedra, y las flores tímidas, los viejos y las viejas, inválidos la mayoría en sillas de ruedas, parecían, después de Edimburgo, tan raros. Y

Maisie Johnson, al unirse a ese grupo que caminaba sin rumbo, que observaba distraídamente -con el viento en la cara- a las ardillas, acicalándose en las ramas, a los gorriones buscando migajas de pan, a los perros en las verjas, ocupados unos con otros, al aire libre y cálido que daba un punto de dulzura y de capricho a esa mirada fija y neutra con la que abordaban la vida -Maisie Johnson sintió sin duda que tenía que gritar ¡oh! (porque aquel joven allí sentado la había impresionado. Algo pasaba, lo sabía).

¡Horror! ¡Horror!, quiso gritar. (Se había alejado de los suyos; la habían advertido de lo que pasaría.)

¿Por qué no se había quedado en casa?, gritó aferrándose al pomo de la barandilla de hierro.

Esa chica, pensó la señora Dempster (que guardaba restos de pan para las ardillas y que a menudo se llevaba el almuerzo a Regent's Park), todavía no tiene ni idea de nada; y con todo le parecía mejor ser un poco robusta, un poco desaliñada, un poco moderada en sus pretensiones. Percy bebía. Bueno, mejor tener un hijo, pensó la señora Dempster. Lo había pasado mal, y no podía evitar sonreírse ante una chica así. Te casarás, porque eres lo suficientemente guapa, pensó la señora Dempster. Cásate, pensó, y así aprenderás. ¡Sí, claro! Lo de guisar y eso. Cada hombre es como es. Pero quién sabe si hubiese tomado la misma decisión de haberlo sabido, pensó la señora Dempster, que no pudo evitar el deseo de susurrarle unas palabras a Maisie Johnson; sentir sobre la arrugada piel de su rostro el beso de la compasión. Porque ha sido una vida dura, pensó la señora Dempster. ¡Qué es lo que no le había entregado a la vida! Rosas; buen tipo; y también sus pies. (Ocultó sus pies deformes y bulbosos bajo la falda.)

Rosas, pensó sarcásticamente. Tonterías, cariño. Porque de verdad, con el comer, el beber y la vida en común, los buenos tiempos y los malos, la vida no había sido un lecho de rosas, y es más, excuso decirles, ¡Carric Dempster no estaba dispuesta a cambiar su suerte por la de una mujer de Kentish Town, cualquiera que fuese! Pero piedad, imploraba; piedad por la pérdida de las rosas. Piedad es lo que le pedía a Maisie Johnson, en pie junto a los arriates de jacintos.

Pero ¡ay, ese aeroplano! ¿Acaso la señora Dempster no había deseado siempre viajar al extranjero? Tenía un sobrino, misionero. Subió en picado. Siempre se hacía a la mar en Margate, aunque sin perder de vista la costa, pero no soportaba a las mujeres que le tenían miedo al agua. Viró y fundió en picado. Tenía el estómago en la boca. Arriba otra vez. Dentro va un buen chico, apostó la señora Dempster y el avión se alejó más y más, desvaneciéndose, deprisa, como una bala: elevándose sobre Greenwich con todos sus mástiles; pasando por encima del islote de iglesias grises, St. Paul y las demás, hasta que, a uno y otro lado de Londres, se extendieron campos y pardos bosques donde los atrevidos tordos, de rápida mirada, saltaban audazmente para atrapar al caracol y golpearlo contra una piedra, una, dos, tres veces.

El aeroplano se alejó más y más, hasta que sólo fue una brillante chispa; una aspiración; una concentración; un símbolo (así le pareció al señor Bentley, que segaba enérgicamente el césped de su jardín de Greenwich) del alma del hombre; de su decisión, pensó el señor Bentley, rodeando el cedro, de escapar de su propio cuerpo, de salir de su casa, con el pensamiento, Einstein, la especulación, las matemáticas, la teoría de Mendel. El aeroplano se alejó cada vez más.

Entonces, mientras un personaje andrajoso e insólito con una cartera de cuero vacilaba de pie en la escalinata de la catedral de St. Paul, y porque dentro estaba ese bálsamo, esa gran bienvenida, todas esas tumbas con pendones ondeando en lo alto, trofeos de victorias conseguidas, no contra ejércitos, pensaba el hombre, sino contra ese molesto espíritu de búsqueda de la verdad que me ha dejado en esta precaria situación, sin empleo; es más, la catedral brinda compañía, pensó, te invita a pertenecer a una sociedad; grandes hombres

pertenecen a ella; hay mártires que han muerto por ella; por qué no entrar, pensó, poner esta cartera de cuero repleta de papeles ante un altar, una cruz, el símbolo de algo que se ha elevado por encima de toda búsqueda, de toda pregunta, de todo discurso construido y se ha convertido en puro espíritu, sin cuerpo, espectral -¿por qué no entrar? pensó, y mientras vacilaba, el aeroplano se alejó sobrevolando Ludgate Circus.

Era extraño; estaba silencioso. Ni un ruido se oía por encima del tráfico. Parecía que nadie lo gobernara, que volara por su propia voluntad. Y ahora alzándose curva tras curva, subió en línea recta, como algo que se elevara hacia el éxtasis, en puro deleite, y soltó una estela de humo blanco que, retorciéndose, escribió una T, una O, una F.

-¿Qué miran? -dijo Clarissa Dalloway a la doncella que le abrió la puerta.

El vestíbulo de la casa estaba fresco como una cripta. La señora Dalloway se llevó la mano a los ojos y mientras la doncella cerraba la puerta y oía el rumor de las faldas de Lucy, se sintió como una monja que se ha apartado del mundo y siente cómo la envuelven los velos familiares y las antiguas devociones. La cocinera silbaba en la cocina. Oyó el tecleo de la máquina de escribir. Era su vida e, inclinándose hacia la mesa del vestíbulo, se sometió a dicha influencia, se sintió bendecida y purificada, diciéndose a sí misma, mientras cogía el bloc de los recados telefónicos, cómo momentos como éste son brotes en el árbol de la vida, flores de oscuridad, pensó (como si alguna preciosa rosa hubiera florecido sólo para ella); nunca creyó en Dios; y con tanto más motivo, pensó, cogiendo el bloc, una debe pagar por ello en la vida diaria al personal de servicio, sí, a los perros y los canarios, y sobre todo a Richard, su marido, que era el fundamento de todo ello -de los alegres sonidos, de las luces verdes, incluso de la cocinera que silbaba, porque la señora Walker era irlandesa y se pasaba el día silbando- una tenía que usar este fondo secreto de momentos exquisitos para saldar su deuda, pensó, levantando el bloc, mientras Lucy permanecía en pie a su lado, tratando de explicar como

-El señor Dalloway, señora.

Clarissa leyó en el bloc: «Lady Bruton desea saber si el señor Dalloway almorzará con ella hoy.»

-El señor Dalloway, señora, me pidió que le dijera que no comería en casa.

-¡Caray! -dijo Clarissa. Lucy, tal y como esperaba, compartió su desilusión (aunque no el golpe); sintió la armonía entre los dos; se percató de la insinuación; pensó en el modo de amar de la clase media; pensó tranquilamente en su dorado futuro; y, tomando la sombrilla de la señora Dalloway, la blandió como si fuera un arma sagrada que una diosa abandona después de haberse comportado honrosamente en el campo de batalla, y la colocó en la paragüero.

-No temas más -dijo la señora Dalloway-. No temas más al ardor del sol ; porque la desagradable sorpresa de que Lady Bruton hubiera invitado a almorzar a Richard sin ella, como la planta en el lecho del río se estremece al sentir la onda de un remo: tal fue su temblor, tal fue el estremecimiento.

Millicent Bruton, cuyos almuerzos tenían fama de ser extraordinariamente divertidos, no la había invitado. No es que unos vulgares celos la fueran a separar de Richard. Pero le temía al tiempo en sí mismo, y leía en el rostro de Lady Bruton, como si fuera un disco tallado en piedra impasible, que la vida se acababa, cómo año tras año quedaba recortada su parte; qué poco podía ya dar de sí el margen que le quedaba, qué poco podía absorber, como en los años jóvenes, los colores, las sales, los tonos de la existencia, de tal manera que Clarissa llenaba la habitación en la que entraba, y a menudo sentía -justo en el momento en que estaba a punto de cruzar el umbral de la sala de estar- un momento de quietud exquisita, como el que experimenta un nadador antes de zambullirse en el mar que se oscurece y se ilumina a sus pies, y las olas que amenazan con romper, aunque no hacen sino rasgar la

superficie, se arrollan, se ocultan y se incrustan de perlas, mientras simplemente voltean las algas.

Puso el bloc sobre la mesa del vestíbulo. Lentamente, se encaminó al piso de arriba, la mano sobre la barandilla, como si hubiese salido de una fiesta en la que un amigo primero y otro después hubieran reflejado su propia cara, hubieran sido eco de su voz; como si hubiera cerrado la puerta, hubiera salido y se hubiera quedado sola, una figura solitaria contra la noche espantosa, o mejor dicho, para ser exactos, contra la mirada penetrante de esta prosaica mañana de junio; suave, para algunos, con el brillo de los pétalos de rosa, lo sabía, y lo sentía, mientras se detenía junto a la ventana del rellano que, así abierta, dejaba entrar el batir de las persianas, el ladrido de los perros, dejaba entrar, pensó, sintiéndose repentinamente marchita, avejentada, sin pecho, la algarabía, el soplo, el florecer del día al aire libre, al otro lado de la ventana, fuera de su cuerpo y de su cerebro que ahora le fallaba, porque Lady Bruton, cuyos almuerzos tenían fama de ser extraordinariamente divertidos, no la había invitado.

Como una monja que se retira o como un niño que explora una torre, subió, arriba, se detuvo ante la ventana, llegó al baño. Allí estaba el linóleo verde y un grifo que goteaba. Había un vacío alrededor del corazón de la vida; una buhardilla. Las mujeres deben despojarse de sus ricos atavíos. Al mediodía deben desvestirse. Pinchó la almohadilla de alfileres y dejó sobre la cama su sombrero de plumas amarillo. Las sábanas estaban limpias, tensamente estiradas en un ancho embozo, de lado a lado. Su cama se volvería cada vez más estrecha. La vela estaba a medio consumir y Clarissa estaba profundamente inmersa en las Memorias del Barón Marbot. Se había quedado leyendo hasta tarde el pasaje sobre la retirada de Moscú. Como la Cámara deliberaba hasta tan tarde, Richard insistió después de su enfermedad, que debía dormir sin ser molestada. Y de verdad que ella prefería leer la retirada de Moscú. El lo sabía. Así pues, la habitación era una buhardilla; la cama, estrecha; y allí tumbada, leyendo, porque dormía mal, no podía despojarse de una virginidad conservada a través de partos, una virginidad que se pegaba a ella como una sábana. Preciosa en la adolescencia, de repente llegó un momento -por ejemplo, en el río, bajo los bosques de Clieveden- en que, debido a alguna contracción de este frío espíritu, Clarissa le había fallado. Y después en Constantinopla, y otra vez, y otra más. Sabía qué era lo que le faltaba. No era belleza; no era inteligencia. Se trataba de algo central que penetraba todo; algo cálido que alteraba superficies y rompía el frío contacto de hombre y mujer, o de mujeres juntas. Porque eso si que podía percibirlo vagamente. Le dolía, sentía escrúpulos sacados de Dios sabe dónde, o bien, eso creía, enviados por la Naturaleza (infaliblemente sabia); con todo, en algunas ocasiones era incapaz de resistirse al encanto de una mujer, no de una niña, de una mujer confesándole, como hacían a menudo, un mal paso, una locura. Y ya fuera por compasión o por su belleza, o porque ella era mayor, o por alguna contingencia -como un leve aroma, o un violín en la casa de al lado (tan extraño es el poder del sonido en ciertos momentos), ella sentía, sin lugar a dudas, lo que los hombres sienten. Sólo por un instante; pero era suficiente. Era una súbita revelación, una especie de excitación como un sofoco que tratabas de contener pero conforme se extendía no te quedaba más remedio que entregarte a su movimiento y te precipitabas hasta el final y allí te ponías a temblar y sentías que el mundo se te acercaba hinchado con un significado sorprendente, con una especie de presión que te llevaba al éxtasis, porque estallaba por la piel y brotaba y fluía con un inmenso alivio por fisuras y llagas. Y entonces, en ese preciso momento había tenido una iluminación: la luz de una cerilla que arde en una flor de azafrán, un significado interno que casi llegaba a verbalizarse. Pero la presión se retiraba; lo duro se volvía blando. Se había terminado, el momento. Sobre el fondo de tales momentos (también con las mujeres), contrastaba (mientras dejaba el sombrero) la cama, el Barón Marbot y la vela medio consumida. Mientras yacía despierta, el parquet crujió; la casa iluminada se oscureció de repente, y al levantar la cabeza sólo oía el clic del picaporte que Richard accionaba con la mayor delicadeza posible, y subía la escalera en calcetines, y luego, la

mayoría de las veces, ¡se le caía la bolsa de agua caliente y soltaba un juramento! ¡Cómo se reía!

Pero este asunto del amor (pensó, guardando la chaqueta), esto de enamorarse de las mujeres. Por ejemplo, Sally Seton; su relación en los viejos tiempos con Sally Seton. ¿Acaso no había sido amor, a fin de cuentas?

Se sentaba en el suelo -ésa era la primera impresión que conservaba de Sally -se sentaba en el suelo con las manos en las rodillas, fumando un cigarrillo. ¿Dónde fue que ocurrió? ¿En casa de los Manning? ¿De los Kinloch Jones? En una fiesta (auque no sabía con certeza dónde), porque recordaba claramente haber preguntado al hombre con el que estaba: «¿Quién es ésa?» Y él se lo dijo, y le comentó que los padres de Sally no se llevaban bien (¡cuánto la escandalizó! -¡que los padres de una se pelearan!). Pero en toda la noche no pudo apartar la vista de Sally. Era una belleza extraordinaria, la clase de belleza que más admiraba, morena, ojos grandes, con aquella gracia que, por no tenerlo ella, siempre envidió -una especie de abandono, como si fuera capaz de decir cualquier cosa, de hacer cualquier cosa, un aire mucho más frecuente en las extranjeras que en las inglesas. Sally siempre decía que por sus venas corría sangre francesa, que un antepasado suyo había estado con María Antonieta y que le cortaron la cabeza, y que le había dejado un anillo con un rubí. Quizá fuera aquel verano en que Sally se presentó en Bourton, completamente por sorpresa, sin un penique en el bolsillo, después de la cena, asustando de tal manera a la pobre tía Helena que nunca la perdonó. En su casa se había producido una discusión tremenda. Literalmente, no tenía ni un penique aquella noche cuando recurrió a ellos -había empeñado un broche para hacer el viaje. Se había ido a toda prisa, en un arrebato. Se quedaron hablando hasta altas horas de la noche. Sally fue quien le hizo darse cuenta, por primera vez, de lo protegida que resultaba la vida en Bourton. No sabía nada acerca del sexo, ni de problemas sociales. En una ocasión vio a un viejo caer muerto en un campo; había visto vacas que acababan de parir a sus terneros. Pero a la tía Helena nunca le gustaron las discusiones, fueran del tema que fueren (cuando Sally le dio a Clarissa el William Morris, tuvo que forrarlo con papel de estraza). Se quedaban sentadas horas y horas hablando, en su dormitorio del último piso, hablando de la vida, de cómo iban a reformar el mundo. Querían fundar una sociedad que aboliera la propiedad privada, y llegaron hasta escribir una carta, aunque no llegaron a mandarla. Las ideas eran de Sally, por supuesto, pero ella muy pronto adoptó ese mismo entusiasmo, leía a Platón en la cama, antes del desayuno; leía a Morris; leía a Shelley a todas horas.

El vigor de Sally era impresionante, su capacidad, su personalidad. Como lo que hacía con la flores, por ejemplo. En Bourton siempre había unos jarrones pequeños y alargados a lo largo de la mesa. Sally salía, cogía malvas, dalias -todo género de flores que nunca se habían visto juntas-, les cortaba la cabeza y las echaba en unos cuencos con agua, donde quedaban flotando. El efecto era extraordinario, al entrar a cenar, a la caída de la tarde. (Desde luego que la tía Helena consideraba cruel tratar así a las flores.) En otra ocasión, olvidó su esponja y se puso a correr desnuda por el pasillo. Aquella vieja y siniestra doncella, Ellen Atkins, anduvo gruñendo: «¿Y si algún caballero la hubiera visto, qué?» De verdad, Sally escandalizaba. Era desaliñada, decía papá.

Lo extraño, ahora que lo recordaba, era la pureza, la integridad de sus sentimientos hacia Sally. No era como los sentimientos que tienes por un hombre. Era un sentimiento completamente desinteresado y, además, tenía un rasgo que sólo puede darse entre mujeres, entre mujeres apenas salidas de la adolescencia. Era un sentimiento protector, por su parte; surgido de una especie de conciencia de unión solidaria, del presentimiento de que el destino las iba a separar irremediablemente (siempre hablaban del matrimonio en términos de catástrofe), y de ahí su postura de caballero andante, ese sentimiento protector, mucho más fuerte en ella que en Sally. Y es que, en aquellos días, Sally se comportaba como una total insensata; hacía las mayores idioteces por puro alarde; montaba en bicicleta por el parapeto

de la terraza; fumaba puros. Absurda, eso es lo que era muy absurda. Pero el encanto era abrumador, al menos para ella, tanto que todavía recordaba aquellos momentos en que, de pie en su dormitorio del último piso, con la botella de agua caliente en las manos, decía en voz alta: «¡Ella está bajo este techo...! ¡Está bajo este techo!»

No, ahora las palabras ya no significaban absolutamente nada para ella. No percibía ya ni el eco de su antigua emoción. Pero en cambio sí se acordaba de los escalofríos que le producía la emoción y de cómo se arreglaba el pelo en una especie de éxtasis (ahora la antigua sensación empezó a regresar a ella, mientras se quitaba las horquillas, las dejaba sobre el tocador, se arreglaba el peinado), con las cornejas ascendiendo y descendiendo en la luz rosada del atardecer, y de cómo se vestía y bajaba la escalera y cómo sentía, al cruzar la sala, que «si tuviese que morir ahora, sería el momento más dichoso». Así se sentía -como Otelo, y lo sentía, estaba convencida de ello, con tanta fuerza como Shakespeare quiso que Otelo lo sintiera. ¡Y todo porque estaba bajando a cenar, con un simple vestido blanco, para encontrarse con Sally Seton!

Ella iba vestida de gasa color de rosa -¿era eso posible? En cualquier caso, parecía todo luz, resplandeciente, como un pájaro o un etéreo plumón que hubiera entrado con un soplo de viento y se hubiese posado un instante en una zarza. Pero no hay nada tan extraño cuando una está enamorada (y ¿qué era aquello sino estar enamorada?) como la total indiferencia de los demás. La tía Helena simplemente desapareció después de la cena; papá leía el periódico. Puede que Peter Walsh estuviera allí, así como la vieja señorita Cummings; Joseph Breitkopf sí estaba, sin duda, porque venía todos los veranos, pobre viejo, a pasar semanas y semanas, y fingía enseñarle alemán a Clarissa, cuando en realidad se dedicaba a tocar el piano y a cantar piezas de Brahms sin tener voz para ello en absoluto.

Todo esto no era más que un paisaje de fondo para Sally. De pie junto a la chimenea, hablaba, con esa voz tan hermosa que cuanto decía sonaba como una caricia, dirigiéndose a papá, que había empezado a sentirse atraído, un tanto en contra de su voluntad (nunca pudo olvidar el haberle prestado uno de sus libros y encontrárselo empapado en la terraza), cuando de pronto decía «¡qué lástima estar sentados aquí dentro!», y salieron todos a la terraza y se pusieron a caminar de allá para acá. Peter Walsh y Joseph Breitkopf continuaron con su charla sobre Wagner. Ella y Sally les siguieron, un poco rezagadas. Entonces se produjo el momento más exquisito de su vida, al pasar junto a una hornacina de piedra con flores. Sally se detuvo; cogió una flor; la besó en los labios. ¡Fue como si el mundo entero se hubiese puesto boca abajo! Los demás desaparecieron; ahí estaba ella a solas con Sally. Y tuvo la impresión de que le habían hecho un regalo, bien envuelto, y que le habían pedido que lo guardara, sin mirarlo -un diamante, algo infinitamente precioso, bien envuelto, y mientras andaban (para allá y para acá, para allá y para acá), ella lo abrió y, al hacerlo, le quemó su resplandor, la revelación, el sentimiento religioso- y entonces el viejo Joseph y Peter aparecieron frente a ellas:

-¿Contemplando las estrellas? -dijo Peter.

¡Fue como frotarse la cara contra una pared de granito en la oscuridad! Fue desagradable. Fue horrible.

No por ella misma. Lo único que sentía fue lo mucho que ya estaba sufriendo Sally, maltratada; sintió la hostilidad de Peter; sus celos; su decisión de entrometerse en su relación. Todo esto lo vio como se ve un paisaje a la luz de un relámpago -y Sally (¡nunca la admiró tanto!), no se dejó amilanar, invicta, dominó la situación. Se echó a reír. Le pidió al viejo Joseph que le dijera el nombre de las estrellas, lo que hizo con gusto y mucha seriedad. Se quedó ahí en pie, escuchando. Oyó los nombres de las estrellas.

-¡Ay! ¡Pero qué horror! -dijo Clarissa para sus adentros, como si hubiese sabido desde el principio que algo iba a interrumpirla, a amargarle su instante de felicidad.

Sin embargo, fue mucho lo que llegó a deberle a Peter Walsh años más tarde. Siempre que pensaba en él recordaba sus peleas, surgidas por cualquier motivo -quizá fuese por lo mucho que Clarissa apreciaba su buena opinión. Le debía palabras: «sentimental», «civilizado»; con ellas iniciaba todos los días de su vida, como si Peter montase la guardia para ella. Un libro era sentimental; una actitud ante la vida era sentimental. «Sentimental.» Quizá ella fuese «sentimental» por pensar en el pasado. ¿Qué pensaría Peter, se preguntó, cuando regresara?

¿Que había envejecido? ¿Lo diría, o acaso Clarissa vería a Peter pensar, cuando regresara, que había envejecido? Era cierto. Desde su enfermedad, Clarissa había echado muchas canas.

Al dejar el broche sobre la mesa, tuvo un espasmo inesperado, como si, mientras meditaba, las garras de hielo hubieran tenido ocasión de clavarse en ella. Todavía no era vieja. Acababa de cumplir cincuenta y dos años; meses y meses de sus cincuenta y dos años estaban todavía intactos. Junio, julio, agosto! Todos ellos casi enteros, y, como si quisiera apurar la última gota, Clarissa (dirigiéndose al tocador) se zambulló en lo más profundo del momento, lo dejó plasmado, allí -el momento de esta mañana de junio sobre la que recaía la presión de todas las demás mañanas, viendo el espejo, el tocador y todos los frascos, concentrando todo su ser en un punto (mientras miraba el espejo), viendo la delicada cara rosada de la mujer que iba a dar una fiesta esa misma noche; la cara de Clarissa Dalloway; de sí misma.

¡Cuántos millones dé veces había visto su cara, y siempre con la misma imperceptible contracción! Frunció los labios al mirarse en el espejo. Era para darle sentido a su cara. Así era ella: puntiaguda, afilada, definida. Así era en esencia cuando algún esfuerzo, una invitación a ser ella misma, juntaba las diferentes piezas -sólo ella sabía cuán dispares e incompatibles- y así se conformaban, ante los ojos del mundo, en un centro, un diamante, una mujer que se sentaba en su sala de estar y constituía un punto de encuentro, una luz sin duda en algunas vidas aburridas, acaso un refugio para los solitarios; había ayudado a jóvenes que le estaban agradecidos; había intentado ser siempre la misma, sin mostrar nunca signo alguno de todas sus demás facetas -defectos, celos, vanidades, sospechas, como ésa de Lady Bruton que no la había invitado a almorzar; cosa que, pensó ella (peinándose al fin), ¡era de una bajeza descarada! Bueno, ¿y dónde estaba su vestido?

Sus vestidos de noche colgaban en el armario. Clarissa hundió la mano en aquella suavidad, descolgó cuidadosamente el vestido verde y lo llevó a la ventana. Lo había rasgado. Alguien había pisado el borde de la falda. En la fiesta de la Embajada había notado que el vestido cedía en la parte de los pliegues. A la luz artificial el verde brillaba, pero ahora, al sol, se veía descolorido. Ella misma lo arreglaría. Las criadas tenían demasiado quehacer. Se lo pondría esta noche. Cogería las sedas, las tijeras, el -¿cómo se llama?- el dedal, claro, y bajaría al cuarto de estar, porque también tenía que escribir, y cuidar de que todo en general estuviera más o menos en orden.

Qué raro, pensó, deteniéndose en el rellano de la escalera y ensamblando aquella forma de diamante, aquella persona singular, ¡qué raro el modo en que un ama de casa conoce el momento que su hogar está viviendo, su auténtico estado de ánimo! Tenues sonidos se elevaban en espiral por el hueco de la escalera; el resbalar de una fregona; los golpes de un martillo; de una mano; ruido cuando la puerta principal se abría; una voz repitiendo un recado en la planta baja; el tintineo de la plata sobre una bandeja; plata limpia para la fiesta. Todo era para la fiesta.

(Y Lucy, entrando en el cuarto de estar con la bandeja, puso los gigantescos candelabros sobre la chimenea, el cofrecillo de plata en medio, y giró el delfín de cristal hacia el reloj. Iban a venir; iban a estar ahí; iban a hablar en el tono pulido que ella sabía imitar, las damas y los caballeros. De entre todos ellos, su señora era la más bella -señora de la plata, de la lencería, de la porcelana, porque el sol, la plata, las puertas fuera de sus goznes, los

hombres de Rumpelmayer, todo ello le daba la sensación, mientras dejaba el abrecartas sobre la mesa de marquetería, de algo logrado. ¡Mirad! ¡Mirad! decía, dirigiéndose a sus viejas amigas de la panadería, donde había tenido su primer empleo, en Caterham, mientras se contemplaba con disimulo en el espejo. Ella era Lady Angela atendiendo a la Princesa Mary, y fue entonces cuando entró la señora Dalloway.)

-¡Oh, Lucy -dijo-, ¡qué bonita ha quedado la plata! -¿Y qué tal -dijo, mientras volvía a poner el delfín de cristal en posición vertical-, qué tal la obra de teatro anoche? ¡Ah, tuvieron que irse antes del final! -dijo-. ¡Tenían que estar de vuelta a las diez! -dijo-. Así que no saben cómo terminaba ,-dijo-. Mala suerte, sin duda -dijo (sus criadas podían llegar más tarde, si le pedían permiso)-. Es una pena, desde luego -dijo, cogiendo el viejo almohadón raído que estaba en medio del sofá y poniéndolo en los brazos de Lucy; y, dándole un leve empujón, gritó:

-¡Lléveselo! ¡Déselo a la señora Walker de mi parte! ¡Lléveselo!

Lucy se detuvo a la puerta del cuarto de estar, sosteniendo el almohadón, y dijo, muy tímidamente, sonrojándose, si podía ayudarla a coser aquel vestido.

Pero, dijo la señora Dalloway, ya tenía bastante ella, más que suficiente con sus labores para hacerse cargo también de eso.

-Pero gracias, Lucy, gracias, muchas gracias -dijo la señora Dalloway, y siguió diciendo gracias, gracias (sentándose en el sofá con el vestido sobre las rodillas, las tijeras, las sedas), gracias, gracias, siguió diciendo en agradecimiento a sus criados en general, por ayudarla a ser así, a ser lo que ella quería, atenta, generosa. Sus criados la apreciaban. Y este vestido suyo -¿dónde estaba el descosido?- y ahora la aguja que tenía que enhebrar. Era uno de sus vestidos favoritos, uno de Sally Parker, casi el último que llegó a confeccionar, qué lástima, porque Sally se había retirado ya, vivía en Ealing, y si tengo un momento libre, pensó Clarissa (pero ya nunca lo tendría), iré a visitarla a Ealing. Por cierto que era todo un personaje, pensó Clarissa, una verdadera artista. Tenía unas ideas un poco fuera de lo común, pero sus vestidos nunca fueron raros. Los podías llevar en Hatfield; en el Palacio de Buckingham. Los había llevado en Hatfield; en el Palacio de Buckingham.

El sosiego descendió sobre ella, la calma, la satisfacción, mientras la aguja, juntando suavemente la seda, unía los pliegues verdes y los cosía, muy lentamente, a la cintura. Lo mismo que las olas, que en un día de verano se juntan, se doblan y caen; se juntan y caen; y parece que el mundo entero estuviera diciendo «esto es todo» con más y más gravedad, hasta que incluso el corazón que late en el cuerpo que está tomando el sol en la playa dice también «esto es todo». No temas más, dice el corazón, confiando su carga a algún mar que suspira colectivamente por todas las penas, un mar que se renueva, que comienza a moverse, que se detiene y cae. Y sólo el cuerpo presta atención a la abeja que pasa; a la ola que rompe, al perro que ladra, a lo lejos, ladra y ladra.

-¡Dios mío! ¡El timbre de la puerta! -exclamó Clarissa, deteniendo su labor. Alerta, escuchó.

-La señora Dalloway me recibirá -dijo en el vestíbulo el hombre entrado ya en años-. Sí, sí, a mí me recibirá -repitió, echando a Lucy a un lado con mucha benevolencia, y subiendo por las escaleras a todo correr-. Sí, sí, sí -murmuraba mientras subía corriendo-. Me recibirá. Después de pasarme cinco años en la India, Clarissa me recibirá.

-¿Quién puede...? ¿Qué puede ser...? -preguntó la señora Dalloway (pensando que era indignante que la interrumpieran a las once de la mañana, el día que iba a dar una fiesta), al oír pasos en la escalera. Oyó una mano en la puerta. Hizo un gesto para ocultar su vestido, como una virgen protegiendo la castidad, amparando su intimidad. Ahora el picaporte giró. Ahora la puerta se abrió, y entró...; ¡pasó un segundo hasta que recordó cómo se llamaba, tan sorprendida que estaba de verlo, tan contenta, tan tímida, tan profundamente desconcertada de la visita matutina de Peter Walsh! (No había leído su carta.)

-¿Qué tal, cómo estás? -dijo Peter Walsh, absolutamente tembloroso; cogiéndole ambas manos; besándole ambas manos. Ha envejecido, pensó, sentándose. No le voy a decir nada, pensó, porque ha envejecido. Me está mirando, pensó, al invadirle de repente la vergüenza, aunque le había besado las manos. Metiendo la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas grande y lo abrió a medias.

Exactamente el mismo, pensó Clarissa; la misma mirada extraña; el mismo traje a cuadros; su cara un poco alterada parece, un poco más enjuto, más seco quizá, pero tiene un aspecto estupendo, y el mismo de siempre.

-¡Qué maravilloso volverte a ver! -exclamó ella. Peter abrió del todo el cortaplumas. Muy propio de él, pensó Clarissa.

Acababa de llegar a la ciudad, anoche mismo, dijo él; tendría que haberse ido al campo enseguida; y ¿qué tal iba todo, cómo estaban todos -Richard, Elizabeth?

-Y qué es todo esto? -dijo, señalando el vestido verde con su cortaplumas.

Va muy bien vestido, pensó Clarissa; sin embargo, a mí siempre me critica.

Aquí está remendando su vestido; remendando su vestido como de costumbre, pensó; aquí ha estado sentada durante todo el tiempo que yo he estado en la India; remendando su vestido; entreteniéndose; yendo a fiestas; yendo y viniendo al Parlamento y todo eso, pensó, enojándose más y más, porque no hay nada peor en el mundo para las mujeres como el matrimonio, pensó; y la política; y tener un marido conservador, como el admirable Richard. Así es, así es, pensó, cerrando la navaja con un «clac».

-Richard está muy bien. Richard está en un comité -dijo Clarissa.

Entonces abrió las tijeras y le preguntó si le importaba que terminara lo que estaba haciendo con el vestido, porque esa noche daban una fiesta.

-A la que no pienso invitarte -dijo-. ¡Mi querido Peter!

Pero era delicioso oírle decir eso: -«¡mi querido Peter!». Sin duda, todo era tan delicioso -la plata, las sillas; ¡todo era tan delicioso!

¿Y por qué no iba a invitarle a la fiesta? preguntó él.

Desde luego, pensó Clarissa, ¡es encantador! ¡Absolutamente encantador! Ahora recuerdo lo dificilísimo que me resultó tomar la decisión -y ¿por qué me decidí al final, a no casarme con él, se preguntó, aquel horrible verano? -Pero ¡cómo es que has venido esta mañana! -gritó, poniendo las manos una sobre la otra encima de su vestido.

-¿Recuerdas -dijo-, cómo batían las persianas en Bourton?

-Es cierto, batían -y recordó cómo desayunaba solo,
muy intimidado, con su padre, que había muerto; y no le había escrito a Clarissa. Pero él nunca se había llevado bien con el viejo Parry, ese viejo quejica y flojucho, el padre de Clarissa, Justin Parry.

-A menudo desearía haberme llevado mejor con tu padre -dijo.

-Pero a él nunca le gustó ninguno de los que me... de nuestros amigos -dijo Clarissa; y por poco no se muerde la lengua por recordarle a Peter con estas palabras que había querido casarse con ella.

Naturalmente que quise hacerlo, pensó Peter; casi me rompe el corazón, pensó; y se hundió en su pena, que se elevó como una luna vista desde una terraza, horrorosamente hermosa en la luz del día que se hunde. Nunca desde entonces he sido más desgraciado, pensó. Entonces, como si de verdad estuviese sentado allí con Clarissa en la terraza, se inclinó un poco hacia ella; adelantó la mano; la levantó; la dejó caer. Ahí estaba la luna, suspendida sobre ellos. A ella también le pareció estar sentada junto a él en la terraza, a la luz de la luna.

-Ahora pertenece a Herbert -dijo ella-. Ya no voy nunca por allí -dijo.

Entonces, tal y como ocurre en una terraza a la luz de la luna, cuando una persona empieza a sentir vergüenza porque ya se aburre mientras la otra permanece sentada y muda,

en completo silencio, mirando con tristeza a la luna, no le apetece hablar, mueve un pie, carraspea, se fija en el anillo de metal de la pata de una mesa, juguetea con alguna hoja, pero sigue callado -eso mismo hacía Peter Walsh ahora. Sí, porque ¿a qué venía esta referencia al pasado? pensó. ¿Por qué recordárselo de nuevo? ¿Por qué hacerle sufrir, después de haberle torturado de manera tan infernal? ¿Por qué?

-¿Te acuerdas del lago? -dijo Clarissa en un tono abrupto, apremiada por una emoción que le atenazaba el corazón, le crispaba los músculos de la garganta y le produjo un espasmo en los labios al decir «lago». Sí, porque era una niña echándole pan a los patos, entre sus padres, y, al mismo tiempo, una mujer adulta acercándose a sus padres que permanecían de pie junto al lago, y ella iba con su vida en brazos, una vida que, mientras se acercaba a sus padres, crecía más y más entre sus brazos, hasta llegar a ser una vida entera, una vida completa que depositaba ante ellos diciendo: «¡Esto es lo que he hecho con mi vida! ¡Esto!» ¿Y qué había hecho con ella? ¿Realmente, qué? Ahí sentada, cosiendo, esta mañana, en compañía de Peter Walsh.

Miró a Peter Walsh; su mirada, atravesando todo aquel tiempo y aquella emoción, le llegó vacilante; le tocó con sus lágrimas; y se fue revoloteando, como el pájaro que toca una rama y vuelve a volar para alejarse revoloteando. Con toda sencillez, se enjugó los ojos.

-Sí -dijo Peter-. Sí, sí, sí -dijo, como si Clarissa estuviera sacando a la superficie algo que le resultaba verdaderamente doloroso a medida que iba subiendo. ¡Basta! ¡Basta! deseaba gritar Peter. Porque no era viejo; su vida no había acabado; de ninguna manera. Apenas pasaba de los cincuenta. ¿Se lo digo o no? pensó. Le habría encantado desahogarse y contárselo todo. Pero es demasiado fría, pensó; cosiendo, con sus tijeras; Daisy parecería vulgar al lado de Clarissa. Y me va a considerar un fracasado, y lo soy según lo entienden ellos, pensó; según lo entienden los Dalloway. Sí, sí, no le cabía la menor duda; él era un fracasado, comparado con todo esto -la mesa de marquetería, el lujoso abrecartas, el delfín y los candelabros, la tapicería de las sillas y los viejos y valiosos grabados ingleses policromados- sí, ¡era un fracasado! Detesto la complacencia de todo esto, pensó; obra de Richard, no de Clarissa; salvo que se casó con él. (En esto, Lucy entró en la sala, trayendo plata, más plata, pero su aspecto era encantador, se veía esbelta y con gracia, pensó, mientras ella se inclinaba para dejar la plata.) ¡Y así han vivido todo este tiempo! pensó; semana tras semana; la vida de Clarissa; mientras que yo, pensó; y súbitamente todo tipo de cosas parecieron irradiar de su persona; viajes, paseos a caballo, peleas, aventuras, partidas de bridge, amores, ¡trabajo, trabajo, trabajo! y sacó su cortaplumas sin el menor disimulo -su viejo cortaplumas de cachas de cuerno que Clarissa juraría había conservado durante aquellos treinta años- y crispó su mano sobre él.

Qué costumbre tan extraordinaria, pensó Clarissa; siempre jugando con un cuchillo. Siempre haciendo que una se sintiese frívola; sin nada en la cabeza; una simple charlatana atolondrada, como Peter solía decir. Pero yo no voy a ser menos, pensó, y, tomando la aguja de nuevo, convocó -como una reina cuyos guardias se hubieran dormido, dejándola sin protección (esta visita la había turbado -la había alterado), allí a la vista de cualquier paseante que quisiera mirarla, tumbada con las zarzas alrededor de su cuerpo-, convocó en su ayuda las cosas que ella hacía; las cosas que le gustaban; su marido; Elizabeth; ella misma, en definitiva, a quien Peter ahora apenas conocía; que todas ellas acudieran y vencieran al enemigo.

-Bueno, ¿y qué ha sido de tu vida? -dijo. Así, antes del principio de una batalla, los caballos patean el suelo; sacuden la cabeza; la luz brilla en sus costados; curvan el cuello. De ese mismo modo, Peter Walsh y Clarissa, sentados el uno al lado del otro en el sofá azul, se desafiaban. Su fuerza y energía piafaba en su interior de hombre. Reunía en torno a él todo tipo de cosas procedentes de los lugares más dispares; alabanzas; su carrera en Oxford; su

matrimonio del que Clarissa no sabía ni una palabra; cómo había amado; y, en general, el haber cumplido con su obligación.

-¡Millones de cosas! -exclamó, y, estimulado por la conjunción de energías que se lanzaban a la carga en todas direcciones y le daban la sensación, terrorífica y a la vez extremadamente excitante, de ser transportado en volandas, a hombros de gente a la que ya no veía, se llevó las manos a la frente.

Clarissa, seguía sentada, muy tensa; contuvo el aliento.

-Estoy enamorado -dijo Peter, pero no a ella, sino a alguien que en las tinieblas se elevaba para que no pudieras tocarlo y te vieras forzado a depositar la guirnalda en la hierba, en la oscuridad.

-Enamorado -repitió, dirigiéndose ahora a Clarissa Dalloway en un tono más bien seco-; enamorado de una chica en la India -Peter había depositado su guirnalda. Clarissa podía hacer lo que quisiera con ella.

-¡Enamorado! -dijo Clarissa. ¡El, a su edad, con su corbatita de lazo, aplastado por ese monstruo! Y tiene el cuello descarnado; las manos rojas; ¡y es seis meses mayor que yo! quiso mirarle pero su mirada se volvió contra ella; pero en su corazón sintió, pese a todo; está enamorado. Tiene eso, pensó; está enamorado.

Pero el indomable egotismo que constantemente derriba a cuantos enemigos se le enfrentan, el río que dice adelante, adelante, adelante, aunque reconoce que quizá no haya meta alguna, y sin embargo adelante, adelante; este indomable egotismo cargaba sus mejillas de color; la hacía parecer muy joven; muy rosada; con unos ojos muy brillantes, mientras seguía sentada con su vestido sobre la rodilla, y la aguja junto al borde de la seda verde, temblando un poco. ¡Estaba enamorado! No de ella. De alguna mujer más joven, por supuesto.

-¿Y quién es ella? -preguntó.

Ahora había que bajar aquella estatua de su pedestal y depositarla en el suelo, entre los dos.

-Una mujer casada, desgraciadamente -dijo-. La esposa de un Mayor del ejército de la India.

Y, con una dulzura curiosamente irónica, sonrió al colocar en tan ridícula postura a aquella mujer ante Clarissa.

(De todos modos, está enamorado, pensó Clarissa.)

-Tiene dos hijos pequeños -prosiguió Peter, muy razonable-, un chico y una chica; y he venido a consultar a mis abogados, por lo del divorcio.

¡Ahí están! pensó él. ¡Haz lo que te parezca con ellos, Clarissa! ¡Ahí los tienes! Y, segundo a segundo, le pareció que la esposa del Mayor del ejército de la India (su Daisy) y sus dos pequeños se volvían más y más entrañables, bajo la mirada de Clarissa, como si le hubiese prendido fuego a una bolita gris en una bandeja y de ella hubiese surgido un precioso árbol en el aire salado de su intimidad (porque en algunas cosas nadie le entendía, ni compartía su sentir, tan bien como Clarissa) -de su exquisita intimidad.

Esa mujer adulaba a Peter; lo engañaba, pensó Clarissa; dando forma a la imagen que se hacía de ella, la esposa del Mayor del ejército de la India, con tres golpes de cuchillo. ¡Qué derroche! ¡Qué locura! Toda su vida Peter había sufrido engaños así; primero, cuando le echaron de Oxford; luego cuando se casó con aquella chica del barco cuando iba a la India; ahora la mujer de un Mayor -¡gracias a Dios que ella no quiso casarse con él! Así y todo, estaba enamorado; él su viejo amigo, su querido Peter, estaba enamorado.

-Bueno, y ¿qué piensas hacer? -le preguntó. ¡Ah! los abogados y procuradores, los señores Hooper y Grateley, de Lincoln's Inn, iban a encargarse del asunto, dijo Peter. Y se puso a recortarse las uñas con el cortaplumas.

¡Por amor de Dios, deja en paz el cortaplumas! gritó para sus adentros, sin poder contener su irritación; era esa estúpida manera que Peter tenía de hacer caso omiso de las convenciones, era su debilidad, ese no tener la más mínima idea de los sentimientos de los demás lo que molestaba a Clarissa, lo que siempre la había molestado. Y ahora, a su edad, ¡qué estúpido resultaba!

Todo eso ya lo sé, pensó Peter; sé lo que me espera, pensó, pasando el dedo por el filo de su navaja, Clarissa y Dalloway y todos los demás; pero le voy a dar una lección a Clarissa -y en esto, ante su gran sorpresa, empujado de repente por esas fuerzas incontrolables, sin pie en el que apoyarse, se deshizo en lágrimas; lloró; lloró sin la más mínima vergüenza, sentado en el sofá, cayéndole las lágrimas por las mejillas.

Y Clarissa se había inclinado hacia él, le había cogido de la mano, lo había llevado junto a sí, lo había besado. En realidad, Clarissa se encontró con la cara de Peter en la suya sin que tuviera tiempo de contener las espadas de plata que como la hierba de la pampa en plena tormenta tropical se alzaron en su pecho y la tormenta, al amainar, la dejó con la mano de Peter en la suya, acariciándole la rodilla y, cuando al reclinarse se sentía tan extraordinariamente a gusto con él, tan alegre, se vio asaltada por un trueno: ¡si me hubiese casado con él, esta alegría habría sido mía el día entero!

Todo había terminado para ella. La sábana estaba estirada y la cama era estrecha. Se había subido sola a la torre y los había dejado jugando al sol. La puerta se había cerrado, y allí, entre el polvo del yeso caído y la broza de los nidos de los pájaros, qué lejos estaba la vista, con los sonidos que le llegaban débiles y fríos (fue una vez en Leith Hill, recordó), y ¡Richard! ¡Richard! gritó, como un durmiente que se despierta asustado en la noche y extiende la mano en la oscuridad, pidiendo ayuda. Me ha dejado; estoy sola para siempre, pensó, cruzando las manos sobre la rodilla.

Peter Walsh se había levantado, había cruzado la habitación y se había quedado de espaldas a la ventana, jugando con un pañuelo de colores. Dominante, seco y también desolado, con la levita ligeramente levantada por culpa de esos hombros tan delgados; allí sonándose violentamente. Llévame contigo, pensó Clarissa impulsivamente, como si Peter estuviera a punto de emprender un gran viaje; y entonces, un instante después, fue como si los cinco actos de una obra muy emocionante y conmovedora hubiesen terminado, como si hubiese vivido toda una vida en su transcurso y hubiese huido, como si hubiese vivido con Peter y ahora todo hubiese terminado.

Era el momento de ponerse en movimiento, y como una mujer que recoge sus cosas, su capa, sus guantes, sus prismáticos de ópera y se levanta para salir del teatro, se levantó del sofá y se acercó a Peter.

Y era tremendamente extraño, pensó él, cómo ella todavía tenía poder para, acercándosele con su tintineo y con su susurro, hasta qué punto ella tenía poder, cruzando hacia él, para hacer que la luna, que él detestaba, se elevara en Bourton sobre la terraza en el cielo estival.

-Dime, Clarissa -preguntó, cogiéndola por los hombros.-. ¿Eres feliz? ¿Richard...?

La puerta se abrió.

-Aquí está mi Elizabeth -dijo Clarissa con emoción, un punto histriónica.

-¿Qué tal? -dijo Elizabeth acercándose.

Las campanadas de Big Ben dando la media hora sonaron entre ellos con un vigor descomunal, como si un joven, fuerte, indiferente y desconsiderado, estuviese dando porrazos a diestro y siniestro.

-¡Hola, Elizabeth! -gritó Peter, metiéndose el pañuelo en el bolsillo, acercándose a ella rápidamente. Dijo-: adiós, Clarissa -sin mirarla, saliendo rápidamente de la habitación, bajó corriendo la escalera y abrió la puerta del vestíbulo.

-¡Peter! ¡Peter! -gritó Clarissa, siguiéndolo hasta el rellano-. ¡Mi fiesta! ¡Recuerda mi fiesta esta noche! -gritó, levantando la voz, obligada por el rugido del exterior, y, subyugada por el ruido del tráfico, las campanadas de todos los relojes, su voz que gritaba-. ¡Recuerda mi fiesta esta noche! -sonó frágil, delgada y muy lejana, mientras Peter cerraba la puerta.

Recuerda mi fiesta, recuerda mi fiesta, dijo Peter Walsh mientras salía a la calle, hablando solo, rítmicamente, al compás del flujo sonoro, del sonido directo y diáfano de Big Ben dando la media. (Los círculos de plomo se disolvieron en el aire.) ¿Y estas fiestas? pensó; las fiestas de Clarissa. ¿Por qué daba ella estas fiestas? pensó. Y no es que la censurara, ni tampoco a esta efigie de hombre, vestido de levita, con un clavel en la solapa, que iba hacia él. Sólo había una persona en el mundo que pudiera estar como él, enamorado. Y ahí estaba, ese hombre afortunado, él mismo, reflejándose en la luna del escaparate de un fabricante de automóviles en Victoria Street. Detrás de él se extendía toda la India; llanuras, montañas; epidemias de cólera;, un distrito dos veces el tamaño de Irlanda; decisiones que había tomado él solo -él, Peter Walsh; que ahora estaba enamorado por primera vez en su vida. Clarissa se había endurecido, pensó; y de paso se había vuelto un tanto sentimental, según sospechaba, mirando los grandes coches que eran capaces de recorrer -...¿cuántas millas por cada cuántos galones? Porque tenía cierta inclinación por la mecánica; había inventado un arado en su distrito y encargado unas carretillas a Inglaterra, pero los culis se negaban a utilizarlas, de todo lo cual Clarissa no tenía ni la más remota idea.

La manera en que dijo -¡Aquí está mi Elizabeth!- le había molestado. ¿Por qué no -Aquí está Elizabeth-, sencillamente? No era un tono sincero. Y a Elizabeth tampoco le había gustado. (Todavía los últimos temblores de la poderosa voz tonante estremecían el aire a su alrededor; la media; temprano aún; sólo las once y media.) Y es que él entendía a los jóvenes; los apreciaba. Siempre hubo alguna frialdad en Clarissa, pensó. Aun desde niña, siempre sufrió una especie de timidez, que en la madurez se convierte en convencionalismo, y entonces se acabó todo, se acabó todo, pensó, mirando un tanto atemorizado las profundidades del cristal, y preguntándose si el visitarla a esas horas no la habría molestado; súbitamente avergonzado por haberse comportado como un estúpido; haber llorado; haberse dejado llevar por sus emociones; habérselo contado todo, como de costumbre, como de costumbre.

Como una nube que cruza ante el sol, así cae el silencio en Londres; y cae sobre la mente. El esfuerzo cesa. El tiempo ondea en el mástil. Ahí nos detenemos; ahí nos quedamos de pie. Rígido, sólo el esqueleto del hábito sostiene el caparazón humano. Donde no hay nada, dijo Peter Walsh para sus adentros; sintiéndose vacío, totalmente hueco por dentro. Clarissa me ha rechazado, pensó. Se quedó ahí, de pie, pensando, Clarissa me ha rechazado.

¡Ah!, dijo St. Margaret, como una dama de sociedad que entra en su salón a la hora en punto y se encuentra con que sus invitados ya están allí. No llego tarde. No, son exactamente las once y media, dice. Con todo, aunque tiene toda la razón, su voz, como es la voz de la anfitriona, es reacia a imponer su personalidad. Cierto pesar por el pasado la contiene; cierta preocupación por el presente. Son las once y media, dice, y el sonido de St. Margaret se desliza en los entresijos del corazón y se entierra en círculo tras círculo de sonido, como algo vivo que quiere confiarse, dispersarse, quedar, con un temblor de placer sublime, en calma -como la propia Clarissa, pensó Peter Walsh, cuando baja las escaleras a la hora en punto, vestida de blanco. Es Clarissa misma, pensó Peter, con profunda emoción y con un recuerdo de ella extraordinariamente claro, aunque intrigante, como si esta campana hubiese entrado, años atrás, en la habitación donde se hallaban sentados, en un momento de gran intimidad, y hubiese ido de uno a otro y, como una abeja con su miel, hubiese salido, cargada con el momento. Pero ¿qué habitación? ;Qué momento? Y ¿por qué se había sentido tan profundamente feliz cuando el reloj daba la hora? Entonces, mientras el sonido de St. Margaret iba languideciendo, pensó, ha estado enferma, y el sonido expresó languidez y sufrimiento. El

corazón recordó; y el súbito estruendo de la última campanada dobló por la muerte que sorprende en plena vida, y Clarissa cayó allí donde se encontraba, en su sala de estar. ¡No! ¡No! gritó Peter. ¡No está muerta! No soy viejo, gritó, echando a andar por Whitehall, como si allí se le estuviera desvelando, vigoroso e interminable, su futuro.

Él no era viejo, ni reseco, ni tenía manías; nada de eso. En cuanto a hacer caso a lo que decían de él -los Dalloway, los Whitbread y su círculo le importaban un bledo- un bledo (aunque era cierto que tendría que ir a ver, llegado el momento, si Richard le podía recomendar para algún empleo). Caminando a grandes zancadas, la mirada atenta, se fijó en la estatua del Duque de Cambridge. Lo habían echado de Oxford -cierto. Con todo, el futuro de la civilización se encuentra en manos de jóvenes así; de jóvenes como él era hace treinta años; con su amor por los principios abstractos; encargando que les manden libros desde Londres hasta las cumbres del Himalaya; leyendo libros de ciencia, de filosofía. El futuro está en manos de jóvenes así, pensó.

Unos golpes secos y repetidos, como el murmullo de las hojas del bosque, le llegó desde atrás, y con él llegó un susurro, un rítmico golpeteo que, al alcanzarle, redobló sobre sus pensamientos, marcando el paso, Whitehall arriba, al margen de su voluntad. Unos chicos de uniforme, con fusiles, desfilaban con la vista al frente, los brazos estirados, y en sus rostros una expresión como las letras de una leyenda escrita alrededor del pedestal de una estatua donde se alababa el deber, la gratitud, la fidelidad, el amor a Inglaterra.

Desfilan, pensó Peter Walsh, empezando a seguirles el paso, muy bien. Pero no parecían fuertes. La mayoría eran enclenques, muchachos de dieciséis años, que mañana probablemente estarían detrás de mostradores con sacos de arroz y pastillas de jabón. Ahora, llevaban sobre sí, sin placer sensual ni preocupaciones cotidianas, la solemnidad de la corona que habían recogido en Finsbury Pavement para llevarla a la tumba vacíala. Habían prestado su juramento. El tráfico los respetaba; los camiones se detenían.

No puedo aguantar su ritmo, pensó Peter Walsh, mientras avanzaban por Whitehall, y efectivamente, siguieron adelante, dejándolo atrás, dejando atrás a todo el mundo, con su marcha decidida, como si una sola voluntad estuviera moviendo brazos y piernas a un ritmo uniforme; y como si la vida, en su variedad, en su descaro, estuviera enterrada bajo losas de monumentos y coronas mortuorias, inyectada, mediante la disciplina, en un cadáver rígido ya y de mirada sin embargo atenta. Había que respetarlo; se podía reír; pero había que respetarlo, pensó. Ahí van, pensó Peter Walsh, deteniéndose en el bordillo; y todas las reverenciadas estatuas, Nelson, Gordon, Havelock, las espectaculares imágenes negras de los grandes soldados se alzaban con la mirada al frente, como si también ellos hubieran hecho el gran sacrificio (Peter Walsh pensó que él también había hecho el gran sacrificio), como si hubieran caminado bajo las mismas tentaciones, hasta lograr al fin una mirada de mármol. Pero ésa era una mirada que Peter Walsh no quería tener por nada del mundo. La respetaba en los jóvenes. Podía respetarla en muchachos. No conocen todavía los problemas de la carne, pensó, mientras los muchachos del desfile desaparecían camino del Strand -todo lo que yo he pasado, pensó, al cruzar la calle, quedándose de pie bajo la estatua de Gordon, ese hombre a quien de chico había idolatrado; Gordon, de pie, solo, con una pierna en alto y los brazos cruzados. Pobre Gordon, pensó.

Y precisamente porque nadie salvo Clarissa sabía aún de su presencia en Londres, y porque la tierra, después del viaje, todavía se le antojaba como una isla, se sintió abrumado por la irrealidad de estar solo, vivo, desconocido, a las once y media en Trafalgar Square. ¿Qué ocurre? ¿Dónde estoy? ¿Y por qué, a fin de cuentas, hace uno las cosas? pensó, viendo ahora el divorcio como algo de otro mundo. Y la mente se le quedó plana como un cenagal, ahogado en tres grandes emociones; comprensión; una vasta filantropía; y finalmente, como si fuese el resultado de las otras dos, un placer irrefrenable, exquisito; como si dentro de su cerebro otra mano estuviese tirando de cordeles, moviendo postigos, y él, sin tener nada que

ver con todo ello, se encontrara a la entrada de interminables avenidas por las cuales podía vagar si quería. Hacía años que no se sentía tan joven.

¡Había escapado! Era completamente libre -como ocurre cuando el hábito se rompe, y la mente, como una llama que nadie atiza, se inclina y dobla hasta parecer que fuera a salir volando. ¡Hace años que no me siento tan joven!, pensó Peter, escapando (sólo durante una hora o así, por supuesto) de ser precisamente lo que era, y sintiéndose como un niño que sale corriendo de casa y ve, mientras corre, a su vieja niñera que saluda hacia la ventana equivocada. Pero es extraordinariamente atractiva, pensó mientras cruzaba Trafalgar Square en dirección a Haymarket, cuando se acercó una joven que, al pasar junto a la estatua de Gordon, pareció, pensó Peter Walsh (sensible como era), despojarse velo a velo, hasta quedar convertida en la mismísima mujer que él siempre había imaginado; joven, pero digna; alegre, pero discreta; negra, pero cautivadora.

Volviendo en sí y toqueteando furtivamente su cortaplumas, empezó a seguir a esta mujer, a esta ilusión, que parecía, aun dándole la espalda, arrojar sobre él una luz que los vinculaba, que lo destacaba, como si el caprichoso rugido del tráfico le hubiese susurrado su nombre con las manos ahuecadas, pero no «Peter», sino su nombre íntimo, el que usaba en sus propios pensamientos. «Tú», dijo ella, sólo «tú», y lo dijo con sus blancos guantes y con sus hombros. En esto, el fino y largo abrigo, que el viento alborotaba al pasar ella ante la tienda de Dent en Cockspur Street, se abrió con envolvente dulzura, con ternura triste, como la de unos brazos que se abrieran para acoger al fatigado...

Pero no está casada; es joven; bastante joven, pensó Peter, en cuyos ojos ardió de nuevo el clavel rojo que la mujer llevaba, ese clavel que había visto cuando ella se acercaba, cruzando Trafalgar Square, ese clavel que le añadía color a los labios. Pero aguardó en el bordillo. Había cierta dignidad en ella. No era mundana como Clarissa; ni rica como Clarissa. ¿Sería, se preguntó al reanudar ella su marcha, respetable? Ingeniosa, con la lengua ligera del lagarto, pensó (porque uno debe inventar, permitirse pequeñas distracciones), un ingenio frío y tranquilo, un ingenio penetrante; sin alboroto.

La joven avanzó; cruzó; Peter fue tras ella. Molestarla era lo último que deseaba. Y eso que, si ella se detuviera, él le diría «Vamos a tomarnos un helado», sí, eso es, y ella contestaría, con perfecta sencillez, «Sí, cómo no.»

Pero se interpuso más gente entre ellos, obstruyéndole el paso, impidiéndole verla. Siguió adelante; ella cambió. Había color en sus mejillas; burla en sus ojos; él era un aventurero, temerario -pensó- ágil, atrevido, sin duda (recién llegado de la India como estaba) un bucanero romántico, indiferente a las malditas costumbres sociales, a las batas amarillas, a las pipas, cañas de pescar en los escaparates; indiferente también a la respetabilidad, a las fiestas de noche y a los refinados viejos con su pechera blanca bajo el chaleco. Era un bucanero. Ella seguía andando, más y más, cruzando Piccadilly y por Regent Street arriba, por delante de él, y su capa, sus guantes, y sus hombros iban combinándose con los flecos, los encajes y las boas de plumas de los escaparates, creando así ese espíritu de refinamiento y capricho que se escapaba de las tiendas a la acera, como la luz de una lámpara que vacila de noche sobre los setos en la oscuridad.

Risueña y deliciosa, había cruzado Oxford Street y Great Portland Street y había doblado por una de las callejuelas, y ahora, ahora, el gran momento se acercaba, porque ahora aminoraba el paso y abría el bolso, y con una mirada en dirección a él, pero no a él mismo, una mirada que decía adiós, resumía toda la situación, despidiéndola triunfalmente, para siempre, metió la llave, abrió la puerta y ¡desapareció! Y la voz de Clarissa decía Acuérdate de mi fiesta, Acuérdate de mi fiesta, como una canción en sus oídos. Era una de esas sencillas casas rojas con unos maceteros colgantes un poco vulgares. Había terminado.

Bueno, ya me he divertido; me he divertido, pensó, alzando la mirada hacia los tiestos colgantes de pálidos geranios. Y se había hecho añicos su diversión, porque había sido medio

ficticia, como él muy bien sabía; inventada, esta escapada con la muchacha; inventada, como uno se inventa la mejor parte de la vida, pensó -inventándose a sí mismo; inventándola a ella; inventando un divertimento exquisito, y algo más. Pero sí que era curioso, y a la vez muy cierto; todo esto que uno nunca podría compartir -hecho añicos.

Dio media vuelta; recorrió la calle, buscando algún sitio donde sentarse, hasta que llegara la hora de ir a Lincoln's Inn, al despacho de Hooper y Grateley. ¿Adónde podía ir? Poco importaba. Calle arriba, luego hacia Regent's Park. Los tacones de sus botas en el suelo decían -poco importa-; porque era temprano, muy temprano aún.

Y era una mañana espléndida, además. Como el pulso de un corazón perfecto, la vida latía directamente en las calles. No había vacilaciones, ninguna duda. Deslizándose, virando con destreza, puntualmente, sin fallos ni ruido, allí, precisamente, a la hora exacta, el automóvil se detuvo ante la puerta. La joven, con sus medias de seda, con sus plumas, evanescente, aunque no le resultaba especialmente atractiva (porque ya había gozado él de sus buenos momentos), bajó del coche. Admirables mayordomos, perros chow-chow leonados, vestíbulos embaldosados con rombos blancos y negros, y blancas persianas ondeando al viento, Peter lo vio al pasar por la puerta abierta y dio su aprobación. Un logro espléndido en su estilo, después de todo, esta ciudad, Londres; la temporada; la civilización. Con una respetable familia angloindia a sus espaldas, que al menos durante las tres últimas generaciones había administrado los asuntos de un continente (es extraño, pensó, el sentimiento que tengo al respecto, con su odio a la India, al imperio y al ejército), había momentos en que la civilización, incluso de este tipo, despertaba en él cierto apego, como si se tratase de un objeto personal; momentos de orgullo por Inglaterra; por los mayordomos; los perros chow-chow; por las chicas de posición segura. Es ridículo, sin duda, y sin embargo ahí está, pensó. Y los médicos, los empresarios y las mujeres competentes, todos atendiendo sus asuntos, puntuales, alertas, robustos, le parecían absolutamente admirables en todo punto, buenas gentes, a quienes uno gustosamente confiaría su vida, compañeros en el arte de vivir, dispuestos a ayudarle a uno. Por cierto que, entre una cosa y otra, el espectáculo resultaba más que tolerable; así que se sentaría a la sombra a fumar.

Ahí estaba Regent's Park. Sí. De niño había caminado por Regent's Park -curioso, pensó, cómo el recuerdo de la niñez se empeña en regresar- quizá se debiera al hecho de haber visto a Clarissa; porque las mujeres viven en el pasado mucho más que nosotros, pensó. Se encariñan con los lugares; y con sus padres -una mujer siempre está orgullosa de su padre. Bourton era un lugar agradable, un lugar muy agradable, pero nunca pude congeniar con el viejo, pensó. Una noche hubo una escena, una discusión sobre alguna cosa u otra, algo que era incapaz de recordar. Política, seguramente.

Sí, recordaba Regent's Park; el largo y recto sendero; a la izquierda, la casita donde se compraban globos; en algún que otro lugar, una absurda estatua con una inscripción. Buscó un asiento libre. No quería que le molestaran (se sentía algo amodorrado) gentes preguntándole la hora. Una anciana niñera gris, con un bebé dormido en su cochecito -eso era lo mejor; sentarse al otro extremo del banco donde se encontraba la niñera.

Es una chica rara, pensó, recordando repentinamente a Elizabeth cuando entró en la habitación y se quedó de pie junto a su madre. Estaba crecidita; bastante grande, no guapa exactamente; apuesta, más bien; y eso que no puede tener más de dieciocho años. Probablemente no se lleve bien con Clarissa. «Aquí está mi Elizabeth» -ese tipo de cosas -¿por qué no «aquí está Elizabeth» sencillamente? -un intento de presentar las cosas como lo que no son, una práctica habitual en la mayoría de las madres. Confía demasiado en su encanto, pensó. Exagera.

El rico y agradable humo del puro se deslizó frío por su garganta; con el humo formó aros, que desafiaron al aire unos instantes; azules, circulares -a ver si consigo hablar a solas con Elizabeth esta noche, pensó-, luego empezaron a vacilar, a tomar forma de relojes de

arena, y a desvanecerse; qué extrañas formas toman, pensó. De repente cerró los ojos, levantó la mano con esfuerzo y arrojó lejos la pesada colilla de su puro. Un gran cepillo pasó suavemente por su mente, barriéndola con inquietas ramas, voces de niños, rumor de pasos, gente moviéndose, y murmullo del tráfico, el tráfico subiendo y cayendo. Se hundió más y más en las plumas y plumones del sueño, se hundió y quedó envuelto en el silencio.

La niñera gris siguió haciendo punto mientras Peter Walsh, sentado a su lado en el extremo cálido del banco, empezaba a roncar. Con su vestido gris, moviendo sus manos incansable pero apaciblemente, parecía el paladín de los derechos de los durmientes, como una de esas presencias espectrales que surgen de la penumbra en los bosques de cielo y ramas. El viajero solitario, ánima en pena de los senderos, fastidio de los helechos y destructor de grandes plantas de cicuta, al levantar la mirada súbitamente, ve la gigantesca figura al final del camino.

Ateo convencido, quizá, le sorprenden momentos de extraordinaria exaltación. Fuera de nosotros no existe nada salvo un estado de ánimo, piensa; un deseo de solaz, de alivio, de algo que no tuviera que ver con estos pigmeos miserables, con estos hombres y mujeres deleznables, feos, timoratos. Pero si él es capaz de imaginarlo, significa que existe, de alguna manera, piensa él, y mientras avanza por el camino con los ojos fijos en el cielo y en las ramas, rápidamente los dota de feminidad; observa con asombro lo graves que se vuelven; con qué solemnidad, movidos por la brisa, con una oscura oscilación de las hojas, reparten caridad, comprensión, absolución, y luego, alzándose bruscamente, disfrazan su piadoso aspecto con una loca embriaguez.

Estas son las visiones que generosamente ofrecen al viajero solitario grandes cornucopias repletas de fruta, o le murmuran al oído como sirenas alejándose en las verdes olas del mar, o son arrojadas a su rostro como ramos de rosas, o suben a la superficie como pálidas caras por las que los pescadores se hunden en las mareas a fin de abrazarlas.

Estas son las visiones que incesantemente surgen a la superficie, caminan a la vera de la realidad, ponen su rostro delante de ella; a menudo se imponen al viajero solitario y le quitan el sentido de la tierra, el deseo de regresar, y a cambio le dan una paz general, como si (eso piensa, mientras avanza por el sendero del bosque) toda esta fiebre de vivir fuese la sencillez misma. Y miles de cosas se funden en una cosa; y esta figura, hecha de cielo y ramas, había surgido del agitado mar (está entrado en años, más de cincuenta) como se saca de las olas una forma para que sus magníficas manos derramen compasión, comprensión, absolución. Así, piensa él, ojalá no vuelva nunca a la luz de la lámpara; a la sala de estar; ojalá no termine nunca mi libro; ni vacíe nunca la pipa; ni llame nunca a la señora Turner para que quite la mesa; ojalá que pueda seguir caminando hacia esta gran figura que, con gesto de la cabeza, me subirá a sus gallardetes y me hará volar hacia la nada con todos los demás.

Éstas son las visiones. El viajero solitario pronto sale del bosque; y allí, al llegar a la puerta con los ojos entornados, posiblemente esperando su regreso, con las manos en alto, con el blanco delantal ondeando al viento, hay una mujer entrada en años que parece (tan fuerte es esta dolencia) buscar, en el desierto, a un hijo perdido; buscar un jinete aniquilado; ser la figura de la madre cuyos hijos han muerto en las batallas del mundo. Y así, mientras el viajero solitario se adentra en la calle del pueblo donde las mujeres, en pie, hacen punto y los hombres labran el huerto, el atardecer ofrece un aspecto siniestro; las figuras inmóviles; como si alguna augusta fatalidad, por ellos conocida, les esperara sin temor, estuviera a punto de barrerlos y aniquilarlos completamente.

Puertas adentro, entre las cosas ordinarias, el aparador, la mesa, el alféizar con sus geranios, de repente la silueta de la dueña, inclinándose para recoger el mantel, se vuelve suave con la luz, un adorable emblema que sólo el recuerdo de los fríos contactos humanos nos impide abrazar. Coge la mermelada; la guarda en el armario.

-¿Nada más por esta noche, señor?

-Pero ¿a quién contesta el solitario viajero?

Así pues, la anciana niñera en Regent's Park hacía punto mientras el crío dormía. Y así también Peter Walsh roncaba. Se despertó muy de repente, diciéndose «La muerte del alma».

-¡Señor, Señor! -dijo para sí en voz alta, estirándose y abriendo los ojos-. La muerte del alma -las palabras iban unidas a alguna escena, a alguna habitación, a algún pasado que había aparecido en sus sueños. Fueron cobrando mayor claridad; la escena, la habitación, el pasado que había aparecido en sus sueños.

Fue en Bourton aquel verano, al principio de los 90, cuando estaba tan apasionadamente enamorado de Clarissa. Había muchísima gente allí, riendo y hablando, sentados alrededor de una mesa después de cenar, y la habitación bañada en una luz amarilla y llena de humo de tabaco. Hablaban de un hombre que se había casado con su criada, un caballero que vivía en los alrededores, había olvidado su nombre. Se había casado con su criada y se la había traído de visita a Bourton -una visita horrible, por cierto. Iba vestida con exageración, absurda, «como una cacatúa», dijo Clarissa imitándola, y hablaba sin parar. Sin parar, sin parar. Clarissa la imitaba. Y entonces alguien dijo -fue Sally Seton- ¿acaso cambiaba nuestros sentimientos el saber que aquella mujer había tenido un hijo antes se casarse? (En aquellos tiempos, en un grupo con hombres delante, este comentario era atrevido.) Ahora le pareció ver a Clarissa, sonrojándose intensamente, con una especie de shock y diciendo:

-¡Oh, jamás podré volver a dirigirle la palabra!

A lo que todo el grupo ahí en la mesa reaccionó con incomodidad. Fue una situación muy violenta.

Peter no le echaba en cara que le molestara puesto que, en aquellos tiempos, una chica con su educación no sabía nada de nada, pero fue su actitud lo que le disgustó; tímida; dura; arrogante; puritana. «La muerte del alma.» Lo había dicho instintivamente, fijándose en el momento, como solía hacer -la muerte del alma de Clarissa.

Todo el mundo se puso nervioso; pareció que todos se inclinaran ante las palabras de Clarissa para levantarse con un aspecto distinto. Vio a Sally Seton, como una niña que ha hecho una travesura, inclinada, un tanto colorada, queriendo hablar pero atemorizada, y es que Clarissa atemorizaba a la gente. (Ella era la mejor amiga de Clarissa, siempre en la casa, una criatura atractiva, guapa, morena, con fama por aquel entonces de ser muy atrevida; él solía darle puros que ella se fumaba en su cuarto, y había sido la prometida de alguien o bien se había peleado con su familia, y el viejo Parry les tenía la misma antipatía tanto a él como a ella, cosa que suponía un gran vínculo entre los dos.) Entonces Clarissa, todavía con su aire de estar ofendida con todos ellos, se levantó, se excusó vagamente y se fue, sola. Al abrir la puerta, entró aquel gran perro lanoso que perseguía a los corderos. Clarissa se lanzó sobre el animal y lo achuchó con frenesí. Era como si le estuviera diciendo a Peter -todo estaba dirigido a él, estaba seguro- «ya sé que te he parecido absurda por lo que ha pasado con esa mujer, pero ¡mira ahora lo extraordinariamente cariñosa que soy!; ¡mira cuánto quiero a mi Rob!»

Siempre tuvieron esa extraña facultad de comunicarse sin palabras. Cuando él la criticaba, ella se daba cuenta enseguida. Entonces hacía algo muy evidente para defenderse, como ese jaleo con el perro -pero Peter nunca se dejaba engañar; siempre le adivinaba las intenciones a Clarissa. Y no es que dijera nada, por supuesto; se limitaba a callar, adoptando una expresión seria. Así es como empezaban sus peleas muchas veces.

Ella cerró la puerta. En seguida él se deprimió profundamente. Todo parecía inútil -seguir enamorado; seguir peleándose; seguir haciendo las paces; y se fue, solo, a vagar por los cobertizos, por los establos, a mirar a los caballos. (La finca era bastante humilde; los

Parry nunca tuvieron mucho dinero; pero siempre hubo palafreneros y mozos de cuadra -a Clarissa le encantaba montar a caballo- y un viejo cochero -¿cómo se llamaba?- y una vieja niñera, la vieja Moody o Goody, algo así la llamaban, a quien uno iba a visitar a una pequeña habitación con muchas fotos, muchas jaulas de pájaros.)

¡Fue una noche espantosa! Se puso cada vez más triste, pero no sólo por eso; por todo. Y no era capaz de verla; no podía explicarle; no podía abrirle su corazón. Siempre había gente alrededor -ella seguía como si nada hubiese ocurrido. Esa era su parte diabólica, esa frialdad, esa dureza, algo muy profundo en ella, algo que él había sentido esta mañana mientras hablaba con ella; una impenetrabilidad. Así y todo, bien sabe Dios que la quería. Tenía el extraño poder de ponerle a uno los nervios en tensión, de transformarlos en cuerdas de violín, sí.

Había llegado a la cena un tanto tarde, con la estúpida idea de hacerse echar de menos, y se había sentado al lado de la vieja señorita Parry -la tía Helena- la hermana del señor Parry que era la que supuestamente debía presidir la mesa. Ahí estaba sentada, con su blanco chal de cachemira, la cabeza apoyada en la ventana -una anciana formidable, pero amable con él, porque Peter le había encontrado cierta flor insólita, y ella era una gran botanista, que hacía expediciones al campo con gruesas botas y una caja negra para recoger las muestras colgada a la espalda. Se sentó a su lado y no pudo hablar. Todo parecía desfilar a gran velocidad ante él; simplemente se quedó sentado ahí, comiendo. Y entonces, a mitad de la cena se permitió lanzar una mirada hacia el otro lado de la mesa, donde estaba Clarissa. Estaba hablando con un joven, sentado a su derecha. Tuvo una súbita revelación. «Se casará con ese hombre», dijo para sí. Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Porque claro que fue esa tarde, esa misma tarde, cuando Dalloway se había presentado; y Clarissa lo llamaba «Wickham»; ése fue el principio de todo. Alguien lo había traído y Clarissa había entendido mal su nombre y lo presentaba a todo el mundo como Wickham. Al final dijo: «¡Me llamo Dalloway!» -ésa fue la primera imagen que Peter tuvo de Richard- un hombre joven y rubio, un tanto torpe, sentado en una tumbona y que exclamaba: «¡Me llamo Dalloway!» Sally se quedó con ello; de ahí en adelante, siempre lo llamó «¡Me llamo Dalloway!»

En aquella época tenía súbitas revelaciones. Esta en particular -que Clarissa se casaría con Dalloway- era cegadora, abrumadora en ese momento. Había una especie de -cómo podía decirlo?- una especie de familiaridad en su actitud hacia él; algo maternal; algo dulce. Hablaban de política. A lo largo de toda la cena estuvo intentando escuchar lo que decían.

Recordaba que luego se quedó en pie junto al sillón de la vieja señorita Parry, en la sala de estar. Se acercó Clarissa, con sus perfectos modales, como una auténtica anfitriona, y quiso presentarle a alguien, y hablaba como si no se conociesen de nada, lo que le enfureció, y sin embargo, incluso en eso la admiraba. Admiraba su valentía, su instinto social, admiraba su capacidad de llevar las cosas a término. «La perfecta anfitriona», le dijo, palabras que la afectaron visiblemente.

Pero lo había hecho a propósito: quería que acusara el golpe. Hubiera hecho cualquier cosa para hacerle daño, después de verla con Dalloway. Y ella le dejó. Entonces tuvo el presentimiento de que habían formado una conspiración contra él -riendo y hablando- a sus espaldas. Y allí estaba él, de pie junto al sillón de la vieja señorita Parry, como una talla de madera, hablando de florecillas silvestres. ¡Nunca, jamás había pasado por tal infierno! Se olvidó incluso de fingir que prestaba atención. Por fin despertó; vio a la señorita Parry un tanto molesta, un tanto indignada, con sus ojos saltones clavados en él. ¡Poco faltó para que gritara que no podía prestar atención por estar en el Infierno! La gente empezó a salir de la habitación. Los oyó hablar de ir a buscar los abrigos; de que en el agua hacía fresco, y eso. Iban a pasear en barca por el lago bajo luz de la luna -una de las locas ideas de Sally. La oyó describir la luna. Y todos se fueron. Lo dejaron muy solo.

-¿No quieres ir con ellos? -dijo la tía Helena, ¡pobre viejecita!, que había adivinado. Y se dio media vuelta y ahí estaba Clarissa de nuevo. Había vuelto a buscarlo. Estaba abrumado por su generosidad, su bondad.

-Vamos, ven -dijo Clarissa-. Están esperando.

¡Nunca se había sentido tan feliz en toda su vida! Sin una palabra hicieron las paces. Bajaron andando hasta el lago. Tuvo veinte minutos de perfecta felicidad. La voz de Clarissa, su risa, su vestido (flotante, blanco, carmesí), su energía, su espíritu de aventura; los hizo desembarcar a todos y explorar la isla; asustó a una gallina; se rió; cantó. Y en todo momento sabía perfectamente que Dalloway se estaba enamorando de ella; que ella se estaba enamorando de Dalloway; pero eso parecía no tener importancia. Nada tenía importancia. Se sentaron en el suelo y hablaron -Clarissa y el. Entraban y salían cada uno de la mente del otro sin ningún esfuerzo. Y después, en un segundo, se acabó. Cuando se subían a la barca, Peter dijo para sus adentros «Se casará con este hombre», sombrío, sin resentimiento alguno; pero era algo obvio. Dalloway se casaría con Clarissa.

Dalloway los llevó a remo hasta la orilla. No decía nada. Pero, de alguna manera, mientras le miraban marcharse, montado en la bicicleta para recorrer veinte millas a través del bosque, irse por el sendero, saludar con la mano hasta desaparecer, era evidente que sentía, instintiva, tremenda y fuertemente, todo aquello; la noche; el amor; Clarissa. El se la merecía.

En cuanto a él, era absurdo. Sus exigencias respecto de Clarissa (ahora se daba cuenta) eran absurdas. Pedía cosas imposibles. Hacía escenas tremendas. Ella incluso lo hubiera aceptado, quizá, si hubiese sido menos absurdo. Eso pensaba Sally. Durante todo aquel verano, Sally estuvo escribiéndole largas cartas; cuánto y cómo habían hablado de él, lo mucho que ella lo había alabado, ¡cómo Clarissa rompió a llorar! Fue un verano extraordinario -todo cartas, escenas, telegramas- llegando a Bourton de buena mañana, haciendo tiempo hasta que el servicio se levantaba; los horrorosos tête-á-têtes con el viejo señor Parry en el desayuno; la tía Helena imponente pero amable; Sally llevándoselo para charlar con él en el huerto; Clarissa en la cama, con dolores de cabeza.

La escena final, la terrible escena que a su juicio había sido la más importante de toda su vida (puede que sea una exageración, pero bueno, así le parecía ahora), ocurrió a las tres en punto de la tarde de un día muy caluroso. Fue una nimiedad lo que la provocó -durante el almuerzo Sally dijo algo sobre Dalloway y le llamó «¡Me llamo Dalloway!»; a lo que Clarissa reaccionó inmediatamente y con esa forma tan suya de ruborizarse y espetó muy secamente: «Ya está bien de esa broma que no tiene ninguna gracia.» Eso fue todo; pero para Peter fue como si hubiera dicho: «Contigo sólo me divierto; con Richard Dalloway tengo una relación más profunda.» Así se lo tomó. Había pasado varias noches en vela. «Tiene que acabar de una manera o de otra», se dijo. Por medio de Sally, le mandó una nota citándola junto a la fuente a las tres. Con un garabato, la nota concluía: «Ha sucedido algo muy importante.»

La fuente estaba en medio de una glorieta, lejos de la casa, rodeada de arbustos y árboles. Y ahí llegó Clarissa, antes de tiempo, y se quedaron allí de pie, separados por la fuente, con el caño (estaba roto) manando agua sin parar. ¡Cómo quedan las imágenes grabadas en la mente! Por ejemplo, el verde intenso del musgo.

Clarissa no se movía. «Dime la verdad, dime la verdad», repetía él. Peter tenía la impresión de que la frente le fuera a estallar. Ella parecía estar rígida, petrificada. No se movía.

«Dime la verdad», repetía él, cuando de repente el viejo ese, Breitkopf, asomó la cabeza, con el Times en la mano; se los quedó mirando, boquiabierto; y se fue. Ninguno de los dos se movió. «Dime la verdad», repitió. Sintió como si estuviese moliendo algo físicamente duro; ella estaba implacable. Era como el hierro, como el pedernal, rígida. Y cuando Clarissa dijo:

«Es inútil. Es inútil. Esto es el fin» -después de que él hubiera estado horas hablando, con las mejillas bañadas en lágrimas-, fue como si le hubiera dado una bofetada. Clarissa dio media vuelta, lo dejó, se fue.

-¡Clarissa! -gritó-. ¡Clarissa! -pero ella jamás volvió. Había terminado. El se fue aquella noche. Nunca volvió a verla.

Fue terrible, gritó, ¡terrible, terrible!

Pese a todo, el sol calentaba. Pese a todo, uno superaba las cosas. Pese a todo, la vida conseguía que los días se sucedieran. Pese a todo, pensó, bostezando y volviendo en sí gradualmente -Regent's Park había cambiado muy poco desde su infancia, salvo en las ardillas- pese a todo, es posible que la vida tenga sus compensaciones, y entonces la pequeña El es Mitchell, que había estado recogiendo guijarros para la colección que su hermano y ella tenían en la repisa de la chimenea de su cuarto de jugar, dejó un puñado de ellos en las rodillas de la niñera, se puso a correr hasta que acabó chocando de lleno contra las piernas de una señora. Peter Walsh se echó a reír.

Pero Lucrezia Warren Smith se decía: es perverso; ¿por qué tengo que sufrir?, se preguntaba, al tiempo que caminaba por el camino. No; no puedo soportarlo más, decía, después de dejar que Septimus, que ya no era Septimus, dijera cosas duras, crueles y perversas, que hablara solo, que hablara con un muerto, sentado allí; y justo en ese momento la niña chocó de lleno contra sus piernas, se cayó de bruces y se echó a llorar.

Esto la consoló algo. Puso en pie a la niña, le sacudió el polvo del vestido, la besó.

Pero ella, ella no había hecho nada malo; había amado a Septimus; había sido feliz; había tenido un precioso hogar y allí seguían viviendo sus tres hermanas, haciendo sombreros. ¿Por qué tenía que sufrir? ¿Por qué ella?

La niña volvió corriendo junto a su niñera, y Rezia vio cómo la niñera la reñía, la consolaba, la cogía en brazos tras soltar su labor de punto, y cómo aquel señor tan agradable le dejaba el reloj para que jugara con la tapa de resorte y se consolara -pero ¿por qué tenía ella que pasar por este desamparo? ¿Por qué no la dejarían en Milán? ¿Por qué esta tortura? ¿Por qué?

Algo borrosos con las lágrimas, el camino, la niñera, el hombre vestido de gris, el cochecito, le vacilaban en los ojos. Su cruz era verse zarandeada por aquel malvado verdugo. Pero ¿por qué? Ella era como un pájaro que se cobija en el hueco de una hoja delgada, un pájaro que parpadea al sol cuando la hoja se mueve; que se asusta por el crujido de una rama seca. Estaba desamparada; estaba rodeada de enormes árboles, vastas nubes de un mundo indiferente, desamparada, torturada; y ¿por qué tenía ella que sufrir? ¿Por qué?

Frunció el ceño; dio una patada en el suelo. Tenía que volver junto a Septimus porque era casi la hora de ir a ver a Sir William Bradshaw. Tenía que volver y decírselo, volver junto a él que estaba allí sentado en la silla verde bajo el árbol, hablando solo, o con ese hombre muerto, Evans, a quien ella sólo había visto una vez, un instante, en la tienda. Le había parecido un hombre agradable y tranquilo; gran amigo de Septimus, y lo mataron en la guerra. Pero cosas así le pasan a todo el mundo. Todo el mundo tiene amigos que murieron en la guerra. Todo el mundo renuncia a algo cuando se casa. Ella había renunciado a su hogar. Había venido a vivir aquí, a esta horrible ciudad. Pero Septimus se dejaba atrapar por espantosos pensamientos, cosa que ella también podía hacer, si se empeñara. Se había vuelto cada vez más extraño. Decía que había gente hablando detrás de la pared del dormitorio. La señora Filmer lo veía raro. Además, también veía cosas -había visto la cabeza de una vieja en medio de un helecho. Sin embargo, podía ser feliz cuando quería. Fueron a Hampton Court, en lo alto de un autobús, y fueron absolutamente felices. Todas la florecillas rojas y amarillas habían florecido entre la hierba, como lámparas flotantes, dijo él, y hablaron, charlaron y rieron, inventando historias. De repente, dijo «Y ahora, nos mataremos», cuando estaban de pie a la orilla del río, y él lo miraba con una mirada que ya le había visto en sus ojos al pasar

un tren o un ómnibus -como si algo le fascinara y notó que se iba de su lado y lo tuvo que agarrar por el brazo. Pero al volver a casa estuvo absolutamente tranquilo -absolutamente razonable. Intentaba convencerla de suicidarse juntos; y le explicaba lo perversa que era la gente; cómo los veía inventar mentiras a su paso por la calle. Conocía todos sus pensamientos, decía; lo sabía todo. Conocía el significado del mundo, decía.

Luego, cuando llegaron, Septimus casi no podía caminar. Se quedó tumbado en el sofá y le pidió que le cogiera la mano para no caerse ¡abajo, abajo!, gritó, ¡en las llamas! y vio caras que se reían de él, que le lanzaban horribles y asquerosos insultos desde las paredes, y manos que lo señalaban desde detrás del biombo. Y sin embargo, estaban completamente solos. Pero empezó a hablar en voz alta, contestando a la gente, discutiendo, riendo, gritando, excitándose mucho y haciéndola escribir cosas. Todo tonterías integrales; sobre la muerte; sobre la señorita Isabel Pole. Rezia no lo aguantaba más. Quería regresar.

Ahora estaba junto a él y veía cómo miraba al cielo fijamente, sin dejar de murmurar, crispando las manos. Y eso que el doctor Holmes decía que no le ocurría nada. Entonces, ¿qué había pasado? -¿por qué entonces se había ido? ¿por qué, cuando se sentó junto a él, le dio ese extraño sobresalto y la miró enfadado, por qué se apartó, le señaló la mano y la cogió y la miró con ojos aterrados?

¿Acaso fue porque se había quitado el anillo de boda? «Ni¡ mano ha adelgazado mucho», dijo; «lo tengo en el bolso», le dijo.

Septimus le soltó la mano. Su matrimonio había acabado, pensó, angustiado, aliviado. La cuerda se había roto; se sintió crecer; era libre, puesto que se había decretado que él, Septimus, señor de los hombres, debía ser libre; solo (ya que su mujer había tirado su alianza; ya que ella lo había abandonado), él, Septimus, estaba solo, llamado a comparecer ante las masas de los hombres para oír la verdad, para aprender el significado que, ahora, al fin, tras todos los pesares de la civilización -los griegos, los romanos, Shakespeare, Darwin, incluso él mismo-, iba a ser revelado por entero a... «¿a quién?», preguntó en voz alta. «Al Primer Ministro», contestaron las voces que murmuraban por encima de su cabeza. El secreto supremo debía ser comunicado al Consejo de Ministros; primero, que los árboles están vivos; después, que no existe el crimen; después, amor, amor universal, murmuró, jadeando, temblando, llegando con dolor a estas profundas verdades que requerían, de tan profundas, de tan difíciles que eran, un inmenso esfuerzo para expresarlas, pero el mundo con ellas resultaba cambiado del todo y para siempre.

No hay crimen; amor; repitió Septimus, buscando una tarjeta y un lápiz, cuando un Skye terrier le olfateó los pantalones y se sobresaltó con angustioso terror. ¡El perro se estaba convirtiendo en un hombre! ¡No podía soportar ese espectáculo! ¡Era horrible, terrible, ver a un perro convertirse en hombre! Al instante, el perro se alejó, trotando.

Los cielos son divinamente misericordiosos, infinitamente benignos. Lo habían absuelto, perdonado por su debilidad. Pero ¿cuál era la explicación científica (porque, ante todo, hay que ser científico)? ¿Por qué podía ver a través de los cuerpos, adivinar el futuro, cuando los perros se conviertan en hombres? Es probable que fuera por la ola de calor, operando sobre un cerebro al que los eones de evolución han dotado de sensibilidad. Científicamente hablando, la carne se había separado del mundo. Su cuerpo se había macerado hasta el punto de quedarse con sólo las fibras nerviosas. Estaba extendido como un velo sobre una roca.

Se reclinó sobre la silla, agotado pero no vencido. Descansaba, esperando, antes de volver a interpretar con esfuerzo, con angustia, para la humanidad. Estaba recostado a gran altura, sobre el dorso del mundo. La tierra palpitaba debajo. Unas flores rojas brotaban a través de su piel; sus hojas rígidas susurraban junto a su cabeza. La música empezó a tañer en las rocas de aquí arriba. Es la bocina de un automóvil ahí en la calle, murmuró; pero aquí arriba ha resonado como un cañonazo, de roca en roca, se ha dividido y ha vuelto a restallar

en bombazos que se elevan en tersas columnas (que la música fuera visible era un descubrimiento) y se ha convertido en un himno, un himno en el que se enlaza ahora el sonido del caramillo de un pastor (es un viejo tocando la flauta junto a la taberna, murmuró), el cual, si el niño quedaba quieto, salía en burbujas del caramillo pero luego, al elevarse, transmitía su exquisita queja mientras el tráfico pasaba por debajo. La elegía de este muchacho se toca en medio del tráfico, pensó Septimus. Y ahora sube hasta las nieves, y lleva colgantes de rosas -las gruesas rosas rojas que crecen en la pared de mi cuarto, recordó. La música cesó. Ya ha conseguido su penique, dedujo, y se ha ido a la taberna de al lado.

Pero él seguía encaramado en su roca, como un marinero ahogado sobre una roca. Me asomé a la borda de la barca y me caí, pensó. Me fui al fondo del mar. He estado muerto, y sin embargo estoy vivo ahora, pero dejadme descansar en paz, suplicó (una vez más volvía a hablar solo -¡era horrible, horrible!); y, como ocurre antes de despertar, las voces de los pájaros y el sonido de las ruedas chocan y chirrían en una armonía dispar, cobran más y más fuerza, y el que duerme se siente arrastrado hacia las costas de la vida, así Septimus se sintió arrastrado hacia las costas de la vida, con el sol cada vez más cálido, los gritos cada vez más fuertes, algo espantoso a punto de ocurrir.

No tenía más que abrir los ojos, pero un lastre pesaba sobre ellos, un temor. Hizo un esfuerzo; empujó; miró; vio Regent's Park ante sí. Largos haces de sol jugaban con sus pies. Los árboles ondeaban, amenazaban. Damos la bienvenida, parecía decir el mundo; aceptamos; creamos. Belleza, parecía decir el mundo. Y como para demostrarlo (científicamente), dondequiera que él mirase -a las casas, a las verjas, a los antílopes que estiraban el cuello por encima de la empalizada-, la belleza explotaba inmediatamente. Mirar una hoja que temblaba al paso del viento era una delicia exquisita. Arriba en el cielo, las golondrinas trazaban lazos, volaban haciendo curvas y quiebros, se precipitaban de un lado a otro, giraban y giraban, pero siempre con perfecto dominio, como si estuvieran sostenidas por elásticos; y las moscas que subían y bajaban, el sol tocando ahora una hoja, otra después, burlón, deslumbrándola con oro suave en un gesto de buen humor; y de vez en cuando una campana (pudiera ser la bocina de un coche), resonando divinamente en las briznas de hierba... Todo esto, aun siendo tranquilo y razonable, aun estando constituido por cosas ordinarias, era ahora la verdad; la belleza, eso era la verdad. La belleza estaba en todas partes.

-No llegaremos a tiempo -dijo Rezia.

La palabra «tiempo» rompió su cáscara; vertió sus riquezas sobre él, y de sus labios cayeron en capas, en virutas de madera como las del cepillo de un carpintero, sin que él las hiciera, palabras duras, blancas, inmortales, y volaron para colocarse en sus lugares precisos, en una oda al Tiempo; una oda inmortal al Tiempo. Cantó. Evans contestó desde detrás del árbol. Los muertos estaban en Tesalia, cantaba Evans, entre las orquídeas. Allí esperaron hasta que la guerra hubo terminado, y ahora los muertos, ahora el propio Evans.

-¡Por amor de Dios, no vengas! -gritó Septimus. Porque no podía mirar a los muertos.

Pero las ramas se abrieron. Un hombre de gris efectivamente caminaba hacia ellos. ¡Era Evans! Pero no había en su cuerpo barro; ni heridas; no había cambiado. Debo decírselo al mundo entero, gritó Septimus alzando la mano (mientras el hombre muerto vestido de gris se acercaba), alzando la mano como una colosal figura que ha lamentado el destino del hombre durante siglos, solo, en el desierto, las manos en la frente, surcos de desesperación en las mejillas, y que ahora ve en el horizonte del desierto la luz que ilumina y engrandece la figura negra como el hierro, (y Septimus medio se levantó de la silla) y, con legiones de hombres muertos tras él, el gigante en duelo recibe en su rostro, por un momento, todo el...

-Pero soy tan desgraciada, Septimus -dijo Rezia, intentando que se sentara de nuevo.

Los millones se lamentaban; durante siglos habían sufrido. Volvería a contarles dentro de un momento, un momento sólo, este alivio, esta alegría, esta alucinante revelación...

-La hora, Septimus -repitió Rezia-. ¿Qué hora es?

Aquel hombre hablaba, avanzaba, aquel hombre tenía que advertir su presencia. Los estaba mirando.

-Te voy a decir la hora -dijo Septimus, muy despacio, muy adormiladamente, sonriendo misteriosamente al hombre muerto vestido de gris. Mientras Septimus sonreía ahí sentado, sonaron las doce menos cuarto.

Y eso es ser joven, pensó Peter Walsh al pasar junto a ellos. Tener una bronca horrorosa -la pobre muchacha parecía totalmente desesperada- en plena mañana. Pero ¿por qué la tenían?, se preguntaba. ¿Qué le habría dicho el hombre del abrigo para que ella tuviera ese aspecto? ¿En qué terrible circunstancia se habían visto envueltos los dos para parecer tan desesperados, en una espléndida mañana de verano? Lo gracioso de regresar a Inglaterra después de cinco años era cómo, en los primeros días al menos, las cosas te chocaran como si no las hubieras visto nunca; unos enamorados discutiendo bajo un árbol, la vida doméstica de las familias en los parques públicos. Nunca había visto Londres tan agradable -la suavidad de las distancias; la riqueza; el verdor; la civilización, después de la India, pensó, mientras caminaba sobre el césped.

Esta debilidad suya de dejarse llevar por las impresiones había sido la causa de todos sus males, sin duda alguna. A su edad aún tenía, como un muchacho, o incluso una muchacha, estos cambios de humor; días buenos, días malos, sin ninguna razón en particular, alegría ante una cara bonita, absoluta tristeza al ver a una vieja aburrida. Y después de la India, claro, uno se enamoraba de toda mujer que se encontraba. Había cierta frescura en ellas; hasta las más pobres seguramente vestían mejor que hace cinco años; a su parecer, nunca las modas habían sido tan favorecedoras; los largos abrigos negros; la esbeltez; la elegancia; y además la deliciosa costumbre, aparentemente universal, del maquillaje. Todas las mujeres, hasta las más respetables, tenían rosas en la cara, labios tallados a cuchillo, rizos de tinta china; había diseño, arte por todas partes; indudablemente, algún cambio se había producido. ¿En qué pensaban los jóvenes?, se preguntó Peter Walsh.

Aquellos cinco años -de 1918 a 1923- habían sido, sospechaba, muy importantes. La gente tenía otro aspecto. Los periódicos parecían distintos. Ahora, por ejemplo, había un hombre que escribía abiertamente, en uno de los semanarios respetables, sobre retretes. Esto no se podía hacer diez años atrás, escribir abiertamente sobre retretes en un semanario respetable. Ni tampoco sacar una barra de labios o una polvera para maquillarse en público. A bordo del barco que lo trajo de vuelta a casa había muchos chicos y chicas -recordaba a Betty y Bertie en particular- que flirteaban abiertamente; la vieja madre ahí sentada con su labor de punto los miraba, fría como un pepino. La chica se empolvaba la nariz, ahí mismo, de pie, delante de todo el mundo. Y eso que no estaban prometidos; simplemente pasando un buen rato; sin resentimientos por parte de ninguno de los dos. Dura como la piedra, esa chica -Betty como se llame- pero muy buena gente sin duda. Sería una buena esposa cuando cumpliera los treinta -se casaría cuando le conviniera casarse; con un hombre rico y viviría en una casa enorme cerca de Manchester.

Y ¿quién era la que había hecho precisamente esto?, se preguntó Peter Walsh, metiéndose por Broad Walk -¿quién se había casado con un rico y vivía en una casa grande cerca de Manchester? Alguien que recientemente le había escrito una carta larga y afectuosa a propósito de -hortensias azules-. Y fue al ver las hortensias azules cuando se acordó de Peter y los viejos tiempos -¡Sally Seton, por supuesto! Fue Sally Seton, la última persona en el mundo que uno hubiera creído capaz de casarse con un rico y vivir en una casa enorme cerca de Manchester; ¡la indómita, la atrevida, la romántica Sally!

Pero de todo aquel viejo grupo, los amigos de Clarissa -los Whitbread, los Kindersley, los Cunningham, los Kinloch Jones-, Sally probablemente era la mejor. Por lo menos trataba

de tomar las cosas como debían de tomarse. No se dejó engañar por Hugh Whitbread -el admirable Hugh- cuando Clarissa y los demás se postraban a sus pies.

Todavía oía decir a Sally: «¿Los Whitbread? ¿Que quiénes son los Whitbread? Mercaderes de carbón. Comerciantes respetables.»

A Hugh lo detestaba por alguna razón. No pensaba en nada que no fuera su propio aspecto, decía ella. Debería haber sido un Duque. Seguro que se casaba con una de las Princesas reales. Y, por supuesto, Hugh sentía el respeto más extraordinario, más natural, más sublime por la aristocracia británica de todas las personas que Peter había conocido en la vida. Hasta Clarissa tuvo que reconocerlo. ¡Ay!, pero era tan simpático, tan generoso, dejó de cazar para complacer a su anciana madre... se acordaba de los cumpleaños de todas sus tías, y cosas así.

Para ser justos, había que reconocer que a Sally no la engañaban en absoluto. Una de las cosas que recordaba más claramente era una discusión en Bourton un domingo por la mañana sobre los derechos de la mujer (este tema antediluviano), cuando Sally de repente perdió los estribos, estalló y le dijo a Hugh que él representaba todo lo más detestable de la clase media británica. Le dijo que lo consideraba responsable de la situación en que se hallaban «esas pobres muchachas de Piccadilly» -Hugh, el perfecto caballero, ¡pobre Hugh!¡jamás se vio a un hombre más horrorizado! Lo hizo a propósito, según ella misma dijo más tarde (porque solían reunirse los dos en el huerto para intercambiar impresiones). «No ha leído nada, no ha pensado nada, no ha sentido nada», todavía ahora se lo oía decir con aquella voz tan marcada que impresionaba a la gente mucho más de lo que ella misma creía. Los mozos de cuadra tenían más vida que Hugh, decía. Era el perfecto espécimen de escuela privada, decía. Ningún país salvo Inglaterra podría haberlo creado. Estaba verdaderamente resentida por alguna razón; le tenía una rabia especial. Algo había ocurrido -no recordaba el qué- en la sala de fumar. La había insultado -¿quizá besado? ¡Increíble! Por supuesto que nadie se creía nada en contra de Hugh. ¿Quién podría? ¡Besar a Sally en la sala de fumar! Si se hubiese tratado de una Honorable Edith o de una Lady Violet, quizá; pero tratándose de Sally, esa zarrapastrosa, sin un penique a su nombre y con un padre o una madre jugándose el dinero en Monte Carlo, no. Porque de toda la gente que había conocido, Hugh era el mayor snob -el más obsequioso- pero no, no se podía decir que se arrastrara ante los demás. Era demasiado pedante para eso. Un ayuda de cámara de primera clase era lo primero que te venía a la mente: alguien que fuera siguiéndole los pasos a uno llevándole las maletas, alguien en quien se pudiera confiar para mandar telegramas... indispensable para la señora de la casa. Y finalmente encontró su trabajo ideal: se casó con su Honorable Evelyn, consiguió un puesto insignificante en la Corte, cuidaba de las bodegas del Rey, sacaba brillo a las hebillas de los zapatos imperiales, iba de un lado a otro con librea de calza corta y pechera de encaje. ¡Qué despiadada es la vida! ¡Un puesto en la Corte!

Se había casado con aquella mujer, la Honorable Evelyn, y vivían por aquí cerca, según creía (miró los imponentes edificios que dominaban el parque), porque en una ocasión había almorzado en una casa que, como todas las propiedades de Hugh, tenía algo que ninguna otra casa podía tener jamás, por ejemplo, armarios de lencería. Tenías que ir a mirarlos detenidamente, tenías que pasar un buen rato admirando lo que fuera: armarios de lencería, fundas de almohada, muebles antiguos de roble, cuadros que Hugh había conseguido por casi nada. Pero la señora Hugh, en ocasiones, estropeaba la función. Era una de esas oscuras mujeres pequeñas como ratones que admiran a los hombres grandes. Era casi inexistente. Pero de repente, decía algo inesperado, con muy mala idea. Conservaba, quizás, los resabios de los grandes modales de antaño. La calefacción de carbón le resultaba un poco fuerte: cargaba excesivamente el ambiente. Y así seguían viviendo, con sus armarios de lencería y sus cuadros de viejos maestros y sus fundas de almohada bordadas con auténtico

encaje, gastando seguramente cinco o diez mil al año, mientras que él, dos años mayor que Hugh, andaba suplicando algún trabajo.

Con cincuenta y tres años cumplidos, tuvo que ir a pedirles que lo metieran en el despacho de algún ministro, que le consiguieran cualquier chapucilla, dar clases de latín a niños, a las órdenes de algún chupatintas de oficina, algo que le reportara quinientas al año; porque si se casaba con Daisy, aun con su pensión, no podrían salir adelante con menos. Seguro
que Whitbread podía conseguírselo; o quizá Dalloway. No le importaba pedirle algo a Dalloway. Era buena gente de veras; un poco limitado; un poco duro de mollera; sí, pero buena gente de veras. Hiciera lo que hiciera, siempre actuaba de la misma manera sensata y prosaica, sin el menor atisbo de imaginación, sin la menor chispa de brillantez, pero con la inexplicable bondad de los de su clase. Debiera haber sido un hidalgo rural -la política no era lo suyo. El entorno que más le favorecía era el espacio abierto, el estar al aire libre, con caballos y perros: qué bien se portó aquella vez que ese gran perro lanudo de Clarissa quedó atrapado en un cepo que por poco le corta una pata y Clarissa por poco se desmayó y Dalloway lo hizo todo: le vendó la pata, la entablilló, le dijo a Clarissa que no se portara como una tonta. Eso era lo que a ella le gustaba, quizá -eso era lo que necesitaba. «Bueno, querida, no seas tonta. Sujeta esto, ve a buscar aquello», sin dejar de hablar al perro todo el tiempo, como si fuese un ser humano.

Pero ¿cómo pudo tragarse todas esas vaciedades sobre poesía? ¿Cómo pudo dejarle dictar ex-cátedra sobre Shakespeare? Con toda seriedad y solemnidad, Richard Dalloway se puso de patas como un perrito y dijo que ningún hombre decente debería leer los sonetos de Shakespeare porque era como escuchar por el ojo de la cerradura (además, no era un tipo de relación que mereciera su aprobación). Un hombre decente nunca debiera permitirle a su mujer que visitara a la hermana de una esposa fallecida. ¡Increíble! Lo único que cabía hacer era apedrearle con almendras garrapiñadas; fue durante la cena. Pero Clarissa se lo tragó todo; lo encontró tan honesto de su parte; tan independiente; ¡y Dios sabe si no pensó que era la mente más original que había conocido!

Este era uno de los vínculos entre Sally y él. Había un jardín por el que solían pasear, un lugar rodeado por un muro, con rosales y coliflores gigantes; recordaba que Sally arrancó una rosa y se detuvo para alabar la belleza de las hojas de col a la luz de la luna (era extraordinario cómo todo se le venía a la mente, cosas en las que no había pensado desde hacía años), mientras le imploraba -medio en broma, claro está- que se llevara a Clarissa para salvarla de los Hughs, los Dalloways y todos los demás «perfectos caballeros» que iban a «ahogar su alma» (por aquel entonces, Sally escribía poesía a raudales), a hacer de ella una simple dama de sociedad, a fomentar su mundanería. Pero hay que ser justos con Clarissa. Al menos no iba a casarse con Hugh. Tenía perfectamente claro lo que quería. Todas sus emociones eran superficiales. En el fondo era muy taimada: juzgaba mucho mejor la personalidad de la gente que Sally, por ejemplo, y además era puramente femenina; con esa capacidad extraordinaria, capacidad femenina, que le permitía crear un mundo propio allí donde se encontrara. Entraba en una habitación; se quedaba de pie, como él la había visto a menudo, bajo el dintel de una puerta, con un montón de gente a su alrededor. Pero era Clarissa a quien uno recordaba. Y no es que fuese llamativa; ni guapa en absoluto; no había nada de pintoresco en ella; nunca decía nada que fuese especialmente ingenioso... Sin embargo, allí estaba ella; allí estaba.

¡No, no, no! ¡Ya no estaba enamorado de ella! Simplemente, después de verla esa mañana, entre las tijeras y las sedas, preparándose para la fiesta, se sentía incapaz de apartarla de su pensamiento; volvía y volvía hacia él, como cuando en el tren un viajero dormido se sacude en el hombro; al apoyarse; y eso no era estar enamorado, por supuesto; era pensar en ella, criticarla, volver a empezar, después de treinta años, a tratar de explicársela. El

comentario más obvio es que era mundana, que le preocupaba demasiado mantener el rango, la sociedad y seguir prosperando en el mundo -cosa que era cierta de alguna manera: se lo había confesado en una ocasión. (Siempre conseguías que reconociera sus debilidades, si te tomabas la molestia; era honesta). Lo que seguramente diría es que odiaba a las mujeres con aspecto de bruja, a los viejos carcamales, a los fracasados -como él, seguramente; opinaba que nadie tenía derecho a andar por el mundo encorvado y con las manos en los bolsillos; que todo el mundo debía hacer algo, ser algo; y esas gentes de la alta sociedad, esas duquesas, esas venerables y blancas condesas que uno encontraba en el salón de Clarissa, inefablemente distantes, según él, de cuanto tuviera alguna importancia, representaban algo real para ella. Lady Bexborough, dijo en una ocasión, se tenía erguida (y eso mismo hacía Clarissa; jamás se dejaba ir, en ningún sentido de la palabra; iba derecha como una vela, un tanto tiesa, por cierto). Decía que aquella gente tenía una especie de coraje que, con los años, le resultaba
cada vez más respetable. En todo esto había una buena parte de Dalloway, claro está; una buena parte de ese espíritu de servicio público, de imperio británico, de reforma tributaria, de espíritu de la clase gobernante, que había crecido en Clarissa, como suele ocurrir. Con el doble de facultades que su marido, Clarissa tenía que verlo todo a través de los ojos de Dalloway, una de las tragedias de la vida matrimonial. Con una mente que se bastaba a sí misma, tenía que estar siempre citando las palabras de Richard, ¡como si uno no pudiera saber, hasta el mínimo detalle, lo que Richard pensaba gracias a la lectura del Morning Post por la mañana! Estas fiestas, por ejemplo, eran todas para él, o para la idea que ella tenía de él (para hacer justicia a Richard, habría sido más feliz dedicándose al campo en Norfolk). Convertía su cuarto de estar en una especie de lugar de reuniones; tenía especial talento para ello. En múltiples ocasiones, Peter había visto a Clarissa coger a un joven tosco, retorcerlo, darle la vuelta, despertarlo y ponerlo en marcha. Un número infinito de gente aburrida se reunía en torno a ella, ciertamente. Pero algunas personas extrañas e inesperadas aparecían por allí; a veces un artista, a veces un escritor; bichos raros en aquel ambiente. Y detrás de todo ello se encontraba aquella red de visitas, de dejar tarjetas, de ser amable con la gente; ir corriendo de un lado a otro con ramos de flores, pequeños regalos; Fulanito o Menganita se iba a Francia: había que conseguirle una almohadilla; un verdadero derroche de su energía; todo ese tráfico interminable que organizan las mujeres de su clase; pero lo hacía de motu propio, por instinto natural.

Curiosamente, Clarissa era una de las personas más radicalmente escépticas que Peter había conocido, y posiblemente (era una teoría que él utilizaba para hacerse una idea clara de ella, tan transparente en unos aspectos, tan inescrutable en otros), posiblemente se dijera a sí misma: Puesto que somos una raza condenada, encadenada a un buque que se hunde (las lecturas favoritas de cuando era niña eran Huxley y Tyndall, muy aficionados a esa clase de metáforas náuticas),
puesto que todo es una broma pesada, tomemos parte en ello; aliviemos los sufrimientos de nuestros compañeros de prisión (Huxley otra vez); decoremos el calabozo con flores y almohadones; seamos tan decentes como podamos. Esos rufianes, los Dioses, no se saldrán del todo con la suya -porque su idea era que los Dioses, que no perdían nunca la mínima oportunidad de hacer daño, de frustrar y echar a perder las vidas humanas, se desanimaban si te comportabas como una dama a pesar de todo. Esta fase empezó inmediatamente después de la muerte de Sylvia, ese horrible asunto. Ver cómo un árbol se cae y mata a tu propia hermana (toda la culpa la tuvo Justin Parry, por negligente), ante tus propios ojos -una chica, además, con toda la vida por delante, la más dotada de ellas, siempre decía Clarissa-, era suficiente para amargarse. Más tarde, no estaba tan segura, quizá; pensaba que no había Dioses; que nadie tenía la culpa, y por eso desarrolló esta religión atea de hacer el bien por el bien mismo.

Y desde luego que gozaba de la vida inmensamente. Estaba en su propia naturaleza disfrutar (aunque, Dios sabe, tenía sus reservas; sólo era un esbozo, pensaba él a menudo, lo que, después de tantos años, podía trazar de Clarissa). Con todo, no había amargura en ella; ni ese sentido de virtud moral que resulta tan repelente en las mujeres buenas. Disfrutaba prácticamente con todo. Si caminabas con ella por Hyde Park, aquí un arriate de tulipanes, ahí un niño en un cochecito, allá un pequeño drama que ella misma se inventaba sobre la marcha. (Es muy probable que hubiera hablado con aquella pareja de enamorados si hubiese pensado que no eran felices.) Tenía un sentido de la comedia que era verdaderamente exquisito, pero necesitaba gente, siempre gente, para que este sentido se manifestara, con el inevitable resultado de desperdiciar su tiempo en almuerzos, cenas, en estas incesantes fiestas suyas, diciendo tonterías, cosas que no pensaba, mellando su agudeza mental, perdiendo su espíritu crítico. Se sentaba a la cabecera de la mesa, tomándose infinitas molestias con un viejo pelmazo que pudiera ser de alguna utilidad para Dalloway -conocían a los personajes más espantosamente aburridos de Europa-, o sino ahí venía Elizabeth, y entonces todo tenía que dejarle paso a ella. Estaba en el colegio, en esa etapa de inexpresividad, la última vez que pasó por allí, una chica de ojos redondos, tez pálida, sin ningún rasgo de su madre, una criatura callada, seria, que no reaccionaba ante nada, que dejaba que su madre montara todo un espectáculo con ella y luego decía «Puedo irme ya?», como una cría de cuatro años. «Se va», explicaba Clarissa, con esa mezcla de sonrisa y orgullo que hasta el propio Dalloway parecía despertar en ella, «a jugar al hockey». Y ahora seguramente Elizabeth se había puesto de largo ya; lo creía un viejo desquiciado, se reía de los amigos de su madre. Pues bien, que así sea. La compensación de hacerse viejo, pensó Peter Walsh saliendo ya de Regent's Park con el sombrero en la mano, era solamente esto: las pasiones mantienen la misma fuerza de siempre, pero se gana -¡al fin!- el poder que añade el sabor supremo a la existencia, el poder de dominar la experiencia, de darle la vuelta, lentamente, a la luz.

Una confesión terrible sin duda (volvió a ponerse el sombrero), pero ahora, a los cincuenta y tres años, ya no se necesitaba apenas a la gente. La vida misma, cada uno de sus momentos, cada gota, aquí, este instante, ahora, al sol, en Regent's Park, era suficiente. Demasiado, en realidad. Una vida entera era demasiado corta para sacarle, ahora que uno había adquirido el dominio, la plenitud del sabor; para extraer hasta la última onza de placer, hasta el último matiz de significado; y ambos eran mucho más sólidos que antes, mucho menos personales. Ya era imposible que Clarissa le hiciera sufrir más de lo que ya le había hecho sufrir. Durante horas y horas (¡ojalá uno diga estas cosas sin que nadie las oiga!), durante horas y días seguidos no había pensado en Daisy.

Entonces, ¿pudiera ser que estuviera enamorado de ella, teniendo en cuenta la tristeza, la tortura, la extraordinaria pasión de aquellos días? Era una cosa completamente distinta -mucho más agradable-, pues ahora, por supuesto, la verdad era que ella estaba enamorada de él. Y quizá ésa fue la razón por la que, cuando el barco zarpó, sintió un alivio extraordinario, y no deseaba otra cosa sino estar solo; le molestó encontrarse con todos sus pequeños detalles -puros, notas, una alfombra para el viaje- en su camarote. Si todos fuesen honestos, dirían lo mismo: cumplidos los cincuenta, no se necesita a los demás; no se tienen ganas de seguir diciendo a las mujeres que son bellas; esto es lo que dirían la mayoría de los hombres de cincuenta años, pensó Peter Walsh, si fuesen honestos.

Pero estos sorprendentes ataques de emoción -romper a llorar esta mañana- ¿qué significaban? ¿Qué habría pensado Clarissa de él? Que era un necio, seguro, y no era la primera vez. Eran celos lo que subyacía a todo ello, los celos que sobreviven a todas las pasiones de la humanidad, pensó Peter Walsh, extendiendo el brazo con su cortaplumas en la mano. Había estado viendo al Mayor Orde, decía Daisy en su última carta; lo dijo con toda la intención, lo sabía; lo dijo para darle celos; se la imaginaba arrugando la frente mientras escribía, pensándose lo que podía decir para herirlo; y sin embargo, no tenía importancia;

¡estaba furioso! Todo ese follón de venir a Inglaterra para consultar a los abogados no era para casarse con ella, sino para evitar que se casara con otro hombre. Esto era lo que lo torturaba, este era el sentimiento que lo invadió al ver a Clarissa tan tranquila, tan fría, tan centrada en su vestido o lo que fuese; dándose cuenta de lo que ella podría haberle evitado, a qué lo había reducido: a un deleznable y achacoso borrico. Pero las mujeres, pensó Peter cerrando su cortaplumas, no saben qué es la pasión. No saben lo que significa para los hombres. Clarissa era fría como un témpano: ahí estaba ella, sentada a su lado en el sofá, dejándose coger la mano, dándole un beso en la mejilla. Y ahí estaba él: había llegado al cruce.

Un sonido le interrumpió; un sonido frágil y vacilante, una voz que burbujeaba sin rumbo, sin vigor, principio ni fin, y que cantaba débil, aguda y carente de todo significado humano

i am fa am so
fu sui tu im u...

una voz sin edad ni sexo, la voz de una vieja fuente brotando de la tierra; una voz que salía, justo enfrente de la estación de metro de Regent's Park, de una alta forma temblorosa, como una chimenea, como una bomba oxidada, como un árbol, batido por el viento y privado para siempre de sus hojas, que deja que el viento suba y baje por sus ramas, arriba y abajo, cantando

i am fa am so
fu sui tu im u...

y se mece, cruje y gime en la brisa eterna.

A través de todos los tiempos -cuando la calzada era hierba, cuando era ciénaga, a través de la era del colmillo y del mamut, a través de la era del amanecer silencioso- la vieja mendiga -llevaba falda-, con la mano derecha extendida y con la izquierda agarrándose el costado, insistía en cantar una canción de amor, de un amor que ha durado un millón de años -cantaba-, amor que prevalece, y hace un millón de años que había paseado con su amante muerto hace siglos, canturreaba, en el mes de mayo. Pero en el transcurso de los tiempos, largos como los días de verano y con el único color, canturreaba, del fuego de los ásteres rojos, él se había ido; la enorme guadaña de la muerte había segado aquellas tremendas colinas, y cuando por fin reposó su cabeza cana e inmensamente vieja sobre la tierra, convertida ahora en simples cenizas de hielo, suplicó a los Dioses que dejaran a su lado un ramo de brezo púrpura, allí en su tumba, que acariciaban los últimos rayos del sol; porque para entonces el espectáculo del universo habría terminado.

Mientras la vieja canción burbujeaba frente a la estación de metro de Regent's Park, la tierra seguía siendo verde y florida; y todavía, a pesar de que brotaba de una boca tan ruda, un simple agujero en la tierra, fangoso además, cubierto de raíces fibrosas y de hierbajos, todavía las burbujas de la vieja canción, empapando las raíces nudosas de tiempos infinitos, y los esqueletos y también los tesoros, seguían fluyendo en arroyos que se perdían por la calzada a lo largo de Marylebone Road y en dirección a Euston, fertilizando, dejando una mancha húmeda.

Recordando todavía que en algún mayo primitivo había paseado con su amante, esta bomba oxidada, esta vieja mendiga, con una mano extendida para recoger las monedas y la otra apoyada en el costado, seguiría ahí dentro de diez millones de años, recordando que en otros tiempos había paseado en mayo, allí donde ahora fluye el mar, no importaba con quién... Era un hombre, sí, un hombre que la había amado. Pero el transcurrir de los tiempos había empañado la claridad de ese viejo día de mayo; las flores de pétalos brillantes estaban ya canas y cubiertas de plata; y ya no veía, cuando le suplicaba (como muy claramente estaba haciendo ahora) «mira bien mis ojos con tus dulces ojos», ya no veía los ojos castaños, las patillas negras ni la cara quemada por el sol, sino una forma acechante, una sombra, a la que, con esa frescura como de pájaro de los ancianos, seguía cantineando «dame tu mano y deja que la coja suavemente» (Peter Walsh no pudo por menos de darle una moneda a la pobre criatura antes de meterse en el taxi), «y si alguien nos ve, ¿qué importa?», preguntaba; y con el puño cerrado contra la cadera, sonreía, metiéndose el chelín en el bolsillo, y todos los ojos que la escrutaban parecieron borrarse, y las generaciones que pasaban -la acera estaba atestada de ajetreados individuos de clase media- se desvanecieron como las hojas, para ser pisoteadas, para quedar empapadas, inundadas y convertidas en-mantillo por ese eterno manantial...

i am fa am so
fu sui tu im u.

-Pobre vieja -dijo Rezia Warren Smith.

-¡Oh, pobre desgraciada! -dijo mientras esperaba el momento de cruzar.

¿Y si llovía por la noche? ¡Imagínate si tu padre, o alguien que te hubiera conocido en otros tiempos mejores, pasara por allí y te viese ahí, de pie, en el arroyo! ¿Y dónde pasaba la noche?

Con ánimo, casi alegre, el hilo invencible de sonido dio vueltas en el aire como el humo de la chimenea de una cabaña, ascendiendo entre limpias hayas y surgiendo como una mata de humo azul por entre las hojas más altas. «Y si alguien nos ve, ¿qué importa?»

Como era tan desgraciada, durante semanas y semanas, Rezia había ido dando significado a las cosas que ocurrían, y a veces estaba casi convencida de que debía parar a la gente en la calle, si tenían buena pinta y parecían amables, para decirles, simplemente, «soy desgraciada»; y esta vieja, en la calle, cantando «si alguien nos ve, ¿qué importa?», le hizo estar repentinamente segura de que todo iba a salir bien. Iban a ver a Sir William Bradshaw; pensaba que este nombre sonaba bien; curaría a Septimus enseguida. Y entonces pasó un carro de cerveza, y los caballos grises llevaban briznas de paja en la cola; había carteles de periódicos. Era un sueño tonto, muy tonto, el ser desgraciada.

Así pues, el señor y la señora Septimus Warren Smith cruzaron la calle, y ¿es que había algo en ellos que llamara la atención, algo que hiciera sospechar a algún transeúnte que ahí había un joven que llevaba consigo el mensaje más importante del mundo y que era, además, el hombre más feliz del mundo y el más desdichado? Quizá anduvieran más despacio que otros y hubiera algo vacilante y cansino en el caminar de este hombre, pero qué cosa tan natural para un empleado, que lleva años sin poner los pies en el West End entre semana y a estas horas, que mirar insistentemente al cielo, mirar aquí, allá y a lo de más allá, como si Portland Place fuese una habitación donde hubiese entrado en ausencia de la familia, con las lámparas de araña envueltas en gasa, y el ama de llaves, al levantar una esquina de las largas cortinas, dejase entrar largos haces de luz polvorienta que caen sobre unos extraños

sillones vacíos, y explicase a los visitantes lo maravilloso que es el lugar; qué maravilloso pero, al mismo tiempo, qué extraño.

Por su aspecto, bien podía ser un empleado, pero de los mejores, porque calzaba botas marrones, sus manos eran cultas, así como su perfil -su perfil anguloso, nasón, inteligente y sensible-, pero no así sus labios, porque eran fláccidos; en cuanto a sus ojos (como suelen ser los ojos), eran ojos sin más: color avellana, grandes; así, en conjunto, el hombre era un caso indeterminado, ni una cosa ni otra; podía muy bien terminar con una casa en Purley y un automóvil, o seguir toda su vida alquilando pisos en callejuelas laterales; era uno de esos hombres medio-cultos, autodidactas, cuya cultura proviene íntegramente de libros sacados de bibliotecas públicas, leídos por la noche, después de la jornada de trabajo, por indicación de conocidos escritores consultados por correspondencia.

En cuanto a las demás experiencias, las solitarias, las que la gente vive a solas, en sus dormitorios, en sus despachos, caminando por los campos y calles de Londres, él las tenía; había dejado su casa siendo aún un muchacho, por culpa de su madre: ella mentía; porque era la quincuagésima vez que bajaba a cenar sin lavarse las manos, porque no veía que un poeta tuviera ningún porvenir en Stroud. Así, tomando a su hermana pequeña como confidente, se fue a Londres, dejando tras él una nota absurda, como las que grandes personajes han escrito y el mundo ha leído más tarde, cuando se ha hecho famosa la historia de sus conflictos.

Londres se ha tragado muchos millones de jóvenes llamados Smith; no ha concedido ninguna importancia nombres tan raros como Septimus, con los que sus padres habían pensado singularizarlos. Vivir en una pensión, en una bocacalle de Euston Road, comportaba experiencias -experiencias otra vez- como la de transformar una cara en dos años: una inocente cara ovalada y rosa en otra contraída y enjuta. Pero de todo lo dicho, qué hubieran podido decir los amigos más observadores, salvo lo que dice un jardinero cuando abre la puerta del invernadero y se encuentra una nueva flor en su planta: Ha florecido; florecido por vanidad, ambición, idealismo, pasión, soledad, valor, pereza, las semillas habituales que, revueltas todas ellas (en una habitación junto a Euston Road), hicieron de él un hombre tímido y tartamudo, ansioso de superarse a sí mismo, le hicieron enamorarse de la señorita Isabel Pole, que daba lecciones sobre Shakespeare en Waterloo Road.

¿Acaso no se parecía a Keats?, preguntaba ella; y reflexionaba sobre el modo de aficionarlo a Antonio y Cleopatra y todo lo demás. Le prestaba libros, le mandaba notas y prendió en él un fuego de ésos que sólo arden una vez en la vida, sin calor, con una llama vacilante, de un rojo dorado, infinitamente etérea e insustancial que ardía por la señorita Pole, por Antonioy Cleopatra y por Waterloo Road. El pensaba que era guapa, la creía impecablemente sabia, soñaba con ella, le escribía poemas que, como ella no sabía de qué iban, corregía con tinta roja. Él la vio, una tarde de verano, caminando por una plaza con un vestido verde. «Ha florecido», podría haber dicho el jardinero, si hubiese abierto la puerta, si hubiese entrado, es decir, si lo hubiese hecho cualquier noche a esta hora, y lo hubiese encontrado escribiendo; lo hubiese encontrado rompiendo lo que había escrito; lo hubiese encontrado terminando una obra maestra a las tres de la mañana y saliendo después a callejear, a visitar iglesias, y ayunar un día, beber otro día, devorando a Shakespeare, a Darwin, La historia de la civilización y a Bernard Shaw.

Algo estaba pasando, el señor Brewer lo sabía; el señor Brewer, gerente de Sibleys & Arrowsmiths, subastadores, tasadores, agentes de la propiedad inmobiliaria; algo estaba pasando, pensaba. Y, como era muy paternal con sus jóvenes empleados y tenía un alto concepto de la capacidad de Smith, profetizaba que, en diez o quince años, le sucedería en el sillón de cuero, en la sala interior bajo la luz cenital, con las cajas de títulos de propiedad a su alrededor, «si conserva su salud», dijo el señor Brewer. Y ése era el peligro: Smith parecía débil; le aconsejó el fútbol; le invitaba a cenar y, cuando estaba considerando la manera de recomendarlo para un aumento de sueldo, ocurrió algo que vino a estropear gran parte de sus

planes, algo que se llevó a sus empleados más cualificados y, finalmente -así de entrometidos e insidiosos son los dedos de la Guerra Europea- hizo trizas una estatua de yeso de Ceres, cavó un hoyo en los arriates de geranios y destrozó los nervios de la cocinera, en la casa del señor Brewer, en Muswell Hill.

Septimus fue uno de los primeros en presentarse voluntario. Se fue a Francia a salvar una Inglaterra que consistía, casi en su integridad, en las obras de Shakespeare y en la señorita Isabel Pole aseando por una plaza con su vestido verde. Allá en las trincheras, el cambio que el señor Brewer deseaba al aconsejar el fútbol se produjo instantáneamente: desarrolló su hombría, obtuvo un ascenso, despertó el interés, incluso el afecto de su oficial, llamado Evans. Eran como dos perros jugando sobre la alfombrilla frente a la chimenea, uno de ellos entretenido con un papel, gruñendo, lanzando bocados al aire, mordisqueando de vez en cuando la oreja del perro viejo, mientras el otro yace adormilado, parpadeando ante el fuego, levantando una pata, dándose la vuelta y gruñendo de buenas. Tenían que estar juntos, compartir, luchar el uno con el otro, discutir el uno con el otro. Pero cuando Evans (Rezia, que sólo lo había visto una vez, lo llamaba un «hombre tranquilo», un robusto pelirrojo, poco expresivo en presencia de mujeres), cuando Evans murió -inmediatamente antes del Armisticio, en Italia-, Septimus, lejos de mostrar ninguna emoción o de reconocer que era el fin de una amistad, se felicitó por sentir tan poco y de forma tan razonable. La guerra le había enseñado. Era sublime. Había pasado por todo el espectáculo: la amistad, la Guerra Europea, la muerte, se había ganado un ascenso, todavía no había cumplido los treinta y estaba destinado a sobrevivir. En eso tenía razón. Las últimas bombas no cayeron sobre él. Las vio explotar con indiferencia. Cuando llegó la paz, estaba en Milán, alojado en casa de un tabernero, con un patio interior, flores en tiestos, mesitas al aire libre, hijas que hacían sombreros, y con Lucrézia, la menor, se comprometió una tarde en que le sobrevino el pánico -pánico de no poder sentir.

Porque ahora que todo había terminado, que la tregua estaba firmada y los muertos enterrados, tenía, sobre todo por la noche, estos repentinos ataques de miedo. No podía sentir. Cuando abría la puerta del cuarto donde las chicas italianas hacían sombreros, las veía, las oía; pasaban alambres por unas cuentas de colores que guardaban en unos platillos, daban diversas formas a las telas de bocací; la mesa estaba sembrada de plumas, lentejuelas, sedas y cintas; las tijeras golpeaban la mesa; pero algo le faltaba: no podía sentir. Los golpes de las tijeras, las risas de las muchachas, la fabricación de los sombreros lo protegían, le daban seguridad, le daban refugio.

Pero no podía pasarse la noche sentado allí. Había momentos en que se despertaba a altas horas de la madrugada. La cama se caía; él se caía. ¡Ay, las tijeras, la lámpara y las formas del bocací! Le pidió a Lucrezia que se casara con él, a la más joven de las dos, la alegre, la frívola, con esos deditos de artista que ella extendía y mostraba diciendo: «Todo es gracias a ellos.» Seda, plumas, lo que fuera, le debían la vida a ellos.

-El sombrero es lo más importante -decía Lucrezia cuando salían de paseo juntos. Todos los sombreros que veía pasar, los examinaba; así como la capa, el vestido y el porte de la mujer en cuestión-. Mal vestida..., recargada... -criticaba Lucrezia, no con ensañamiento, sino más bien con gestos impacientes de las manos, como los de un pintor que echa a un lado alguna impostura explícita, evidente y bien intencionada; y luego, con generosidad, pero sin dejar de ser crítica, aclamaba a la dependienta de una tienda por saber vestir su modesta ropa con elegancia, o elogiaba, sin reservas, con conocimiento entusiasta y profesional, a una señora francesa que se apeaba de su coche, luciendo pieles de chinchilla, túnica y perlas.

-¡Precioso! -murmuraba, dando un codazo a Septimus para que viera. Pero la belleza estaba detrás de un cristal. Ni siquiera el gusto (a Rezia le gustaban los helados, los bombones, las cosas dulces) le producía placer. Dejó su taza sobre la mesita de mármol. Miró a la gente de fuera, que parecía feliz, reuniéndose en medio de la calle, gritando, riendo, discu-

tiendo sin motivo. Pero no podía saborear, no podía sentir. En el salón de té, entre las mesas y los camareros que charloteaban, aquel miedo espantoso le sobrevino: no podía sentir. Podía razonar, podía leer, a Dante, por ejemplo, sin dificultad (-Septimus, deja ya el libro -dijo Rezia cerrando suavemente el Interno) podía sumar la cuenta; su cerebro estaba perfectamente; por tanto, tenía que ser culpa del mundo -la culpa de que no pudiera sentir.

-Los ingleses son tan callados... -dijo Rezia. Le gustaba, decía. Respetaba a estos ingleses y quería conocer Londres, los caballos ingleses y los trajes de sastrería, y también recordaba haberle oído comentar lo maravillosas que eran las tiendas a una tía que se había casado y vivía en el Soho.

Bien pudiera ser, pensó Septimus, mirando a Inglaterra por la ventanilla del tren al salir de Newhaven; bien pudiera ser que el mundo mismo careciera de significado.

En la oficina lo ascendieron a un puesto de considerable responsabilidad. Estaban orgullosos de él; había ganado medallas.

-Usted ha cumplido con su deber, y de nosotros depende... -empezó el señor Brewer; y no pudo acabar, embargado como estaba por la emoción. Se alojaron en un lugar estupendo cerca de Tottenham Court Road.

En ese momento volvió a abrir a Shakespeare. Aquella preocupación juvenil de la intoxicación del lenguaje -Antonio y Cleopatra- se había consumido por completo. ¡Cuánto detestaba Shakespeare a la humanidad, el ponerse la ropa, el tener hijos, la sordidez de la boca y de la barriga! Esto se le revelaba ahora a Septimus: el mensaje oculto en la belleza de las palabras. La contraseña secreta que cada generación trasmite, disimuladamente, a la siguiente, es el aborrecimiento, el odio, la desesperación. Lo mismo cabía decir de Dante. De Esquilo (traducido), otro tanto. Ahí estaba Rezia, sentada ante la mesa, arreglando sombreros. Arreglaba sombreros para las amigas de la señora Filmer; arreglaba sombreros por horas. Estaba pálida, misteriosa, como un lirio, ahogada, bajo el agua, pensó.

-Los ingleses son muy serios -decía, abrazando a Septimus, poniendo la mejilla contra la suya.

A Shakespeare le repelía el amor entre hombre y mujer. La cuestión de la cópula le resultaba una porquería antes del final. Pero Rezia decía que tenían que tener hijos. Llevaban cinco años casados.

Fueron juntos hasta la Torre, al Victoria & Albert Museum, se mezclaron con el gentío para ver al Rey inaugurar el Parlamento. Y ahí estaban las tiendas: sombrererías, tiendas de ropa, tiendas con bolsos de cuero en el escaparate, ante los cuales Rezia quedaba de pie, fascinada. Pero tenía que tener un niño.

Tenía que tener un hijo como Septimus, decía Rezia. Pero nadie podía ser como Septimus, tan dulce, tan serio, tan inteligente. ¿Acaso ella no podía leer a Shakespeare también? ¿Era Shakespeare un autor difícil?, preguntaba ella.

No se puede traer niños a un mundo como éste. No se puede perpetuar el sufrimiento ni aumentar la raza de estos lujuriosos animales, que no tienen emociones duraderas, sino sólo caprichos y vanidades que los llevan hacia un lado, hacia el otro.

Septimus la miraba cortar, hacer formas, como quien mira a un pájaro dar saltitos y picotear en el césped, sin atreverse a mover un dedo. Porque la verdad (dejemos que ella la ignore) es que los seres humanos no tienen ni bondad, ni fe, ni caridad, más allá de aumentar el placer del momento. Cazan en manada. Sus manadas peinan el desierto y desaparecen en la selva chillando. Abandonan a los caídos. Sus rostros están cubiertos de muecas. Ahí estaba Brewer en la oficina, con su bigote engominado, su alfiler de coral en la corbata, pañuelo blanco y sus emociones placenteras -todo frialdad y humedad- sus geranios destrozados durante la guerra, los nervios de su cocinera destrozados; o Amelia Como se llame sirviendo tazas de té a las cinco en punto, una pequeña harpía obscena de burlona sonrisa lasciva; y los Toms y los Berties con sus pecheras almidonadas rezumando espesas gotas de vicio. Nunca

lo vieron dibujar retratos de ellos, desnudos y haciendo bufonadas, en su libreta de apuntes. En la calle, los camiones pasaban rugiendo junto a él; la brutalidad berreaba en los carteles: hombres atrapados en las minas, mujeres abrasadas vivas. Y en cierta ocasión, una fila de locos mutilados, que alguien decidió sacar a hacer ejercicio o exhibirlos para divertir al populacho (que reía abiertamente), desfiló saludando y sonriendo al pasar junto a él, en Tottenham Court Road, cada uno de ellos medio disculpándose, aunque con aire triunfal, imponiéndole su desesperado destino. Y ¿acaso iba él a volverse loco?

A la hora del té, Rezia le dijo que la hija de la señora Filmer esperaba un hijo. ¡Ella no podía hacerse vieja sin tener hijos! ¡Estaba muy sola, era muy desgraciada! Lloró por primera vez desde que se casaron. A lo lejos la oyó llorar; lo oyó con precisión, con claridad; lo comparó con las percusiones de un pistón. Pero no sintió nada.

Su mujer lloraba y él no sentía nada. Sólo que, a cada sollozo, tan profundo, silencioso y desesperado, se hundía un paso más en el pozo.

Finalmente, con un gesto melodramático que asumió mecánicamente y con perfecta conciencia de su insinceridad, dejó caer la cabeza entre las manos. Ya se había rendido.
Ahora eran los demás los que debían acudir en su ayuda. Había que llamar a la gente. Había cedido.

No hubo manera de levantarlo. Rezia lo metió en la cama. Llamó a un médico, el doctor Holmes, el de la señora Filmer. El doctor Holmes lo examinó. No le pasaba nada, dijo el doctor Holmes. ¡Oh, qué alivio! ¡Qué hombre tan amable, qué hombre tan bueno! pensó Rezia. Cuando él se sentía así, dijo el doctor Holmes, se iba al music hall. Se tomaba un día libre, con su mujer, y se iba a jugar al golf. ¿Por qué no probar un par de pastillas de bromuro disueltas en un vaso de agua al acostarse? Estas viejas casas de Bloomsbury, dijo el doctor Holmes toqueteando la pared, a menudo tienen unos hermosos paneles de madera, y los caseros cometen la locura de empapelarlos. El otro día, sin ir más lejos, cuando iba a visitar a un paciente, Sir Fulano de Tal, en Bedford Square...

Así pues, no había excusa; no le pasaba nada en absoluto, salvo el pecado por el que la naturaleza humana lo había condenado a muerte: que no sentía. No se había inmutado cuando Evans murió, eso era lo peor; pero todos los demás crímenes levantaban la cabeza, agitaban los dedos, gritaban y se burlaban, a los pies de la cama, a primeras horas de la madrugada, del postrado cuerpo que yacía consciente de su degradación; se había casado con su mujer sin amarla; le había mentido, la había seducido, había ultrajado a la señorita Pole, y estaba tan manchado y marcado de vicio que las mujeres se estremecían cuando lo veían en la calle. El veredicto de la naturaleza humana sobre semejante despojo era la muerte.

El doctor Holmes volvió. Grande, lozano, apuesto, con sus botas relucientes, mirándose en el espejo, lo echó todo a un lado -migrañas, insomnio, temores, sueños-, síntomas de nervios y nada más, dijo. Si el doctor Holmes se veía tan sólo un cuarto de kilo por debajo de los setenta y dos kilos y medio, le pedía a su mujer otro plato de porridge para desayunar. (Rezia aprendería a hacer porridge.) Pero, prosiguió, la salud depende en buena medida de nuestro propio cuidado. Interésese por asuntos que escapen de lo habitual, búsquese algún hobby. Abrió el libro de Shakespeare, Antonio y Cleopatra, lo echó a un lado. Algún hobby, dijo el doctor Holmes, porque ¿acaso no debía su propia excelente salud (y eso que trabajaba tan duro como cualquiera en Londres) al hecho de que en cualquier momento podía olvidarse de sus pacientes y dedicarse a los muebles antiguos? Pero ¡qué preciosa peineta, si Vd. me lo permite, llevaba la señora de Warren Smith!

Cuando el maldito idiota volvió, Septimus se negó a verlo. ¿De veras? preguntó el doctor Holmes, con una afable sonrisa. Por cierto que tuvo que darle un empujoncito amistoso a esta encantadora mujercita, la señora Smith, para poder pasar al dormitorio de su marido.

-Así que estamos pasando por un bache, ¿no? -dijo afablemente, sentándose a la vera de su paciente. Por cierto que había hablado con su mujer de suicidarse. Una muchacha estupenda, la señora. Extranjera, ¿verdad? Y ¿no le iba a dar esto una extraña idea de cómo eran los esposos ingleses? ¿Acaso no tenía uno ciertos deberes para con su esposa? ¿No sería mejor hacer algo en lugar de quedarse en la cama? Porque tenía en su haber cuarenta años de experiencia, y Septimus podía confiar en su palabra: no le pasaba absolutamente nada. Y la próxima vez que viniera, esperaba encontrar al señor Smith levantado y no causándole preocupaciones a esa encantadora mujercita que era su esposa.

En resumen, la naturaleza humana lo perseguía: el bruto repelente con las narices* sanguinarias. Holmes lo perseguía. El doctor Holmes venía a diario, con regularidad. Una vez que caes, escribió Septimus detrás de una postal, la naturaleza humana te persigue. Holmes te persigue. La única posibilidad que tenían era escaparse, sin que el doctor Holmes lo supiera; a Italia -a cualquier sitio, cualquiera, huyendo del doctor Holmes.

Pero Rezia no entendía a Septimus. El doctor Holmes era un hombre muy amable. Se tomaba mucho interés con Septimus. Tenía cuatro niños pequeños y la había invitado a tomar el té, le dijo a Septimus.

Así pues, lo habían abandonado. El mundo entero clamaba: Mátate, mátate, hazlo por nosotros. Pero ¿por que iba él a matarse por ellos? La comida era buena, el sol calentaba, y eso de suicidarse, ¿cómo se hacía? -¿con un cuchillo de mesa, feamente, con ríos de sangre?... ¿chupando el tubo del gas? Estaba demasiado débil, apenas si podía levantar la mano. Además, ahora que se encontraba tan solo, condenado, abandonado, como aquéllos que están a punto de morir en soledad, veía cierto lujo en ello, un aislamiento lleno de sublimidad, una libertad que las personas que tienen relaciones nunca podían llegar a conocer. Holmes había vencido, por supuesto; el bruto de las narices rojas había vencido. Pero ni el mismo Holmes podía tocar este último resquicio perdido en los confines del mundo, a este proscrito que echaba la vista atrás, hacia las regiones habitadas, que yacía, como un marinero ahogado, en la costa del mundo.

Fue en ese preciso instante (Rezia se había ido de compras) cuando se produjo la gran revelación. Una voz que venía de detrás del biombo se dejó oír. Evans era el que hablaba. Los muertos estaban con él.

-¡Evans, Evans! -gritó Septimus.

El señor Smith estaba hablando solo, en voz alta, gritó la doncella, Agnes, a la señora Filmer que estaba en la cocina-. ¡Evans, Evans! -decía él cuando entraba con la bandeja. Dio un brinco, ¡vaya que sí! y bajó las escaleras a la carrera.

Y Rezia entró, con sus flores, y cruzó la habitación, y puso las flores en un jarrón, sobre el cual el sol caía de lleno, y se echó a reír, dando brincos alrededor de la habitación.

Tuvo que comprarle las rosas, dijo Rezia, a un pobre hombre de la calle. Pero casi estaban ya muertas, dijo, arreglándolas.

Así que había un hombre ahí afuera; Evans seguramente; y las rosas que, según Rezia, estaban medio muertas, habían sido recogidas por él en los campos de Grecia. La comunicación es salud; la comunicación es felicidad. Comunicación, masculló.

-¿Qué estás diciendo, Septimus? -preguntó Rezia aterrada, porque estaba hablando solo.

Mandó a Agnes que fuera corriendo a por el doctor Holmes. Su marido, dijo, estaba loco. Apenas la conocía.

-¡Bruto! ¡Bruto! -gritó Septimus al ver la naturaleza humana, es decir, al doctor Holmes, entrar en la habitación.

-Pero ¿qué es todo esto? ¿Diciendo tonterías para asustar a su mujer? -dijo el doctor Holmes del modo más amigable que exista. Pero iba a darle algo para dormir. Y si tenían dinero, dijo el doctor Holmes, mirando la habitación con ironía, no debían dudar en ir a Harley

Street; si no confiaban en él, dijo el doctor Holmes, ya no tan amable como antes. Eran exactamente las doce; las doce en el Big Ben, cuyas campanadas viajaron por toda la parte norte de Londres, se confundieron con las de otros relojes, se mezclaron sutilmente con las nubes y con el humo hasta morir en las alturas, entre las gaviotas -las doce daban cuando Clarissa Dalloway dejaba su vestido verde sobre la cama y los Warren Smith iban andando por Harley Street. Las doce era la hora de la cita que les habían dado. Probablemente, pensó Rezia, ésa era la casa de Sir William Bradshaw, con el automóvil gris en la puerta. (Los círculos de plomo se disolvieron en el aire.)

Y por cierto que era el automóvil de Sir William Bradshaw: bajo, poderoso, gris y con simples iniciales entrelazadas en la chapa, como si la pompa de la heráldica fuese incongruente, ya que este hombre era la ayuda espectral, el sacerdote de la ciencia; y como el coche era gris, así también para armonizar con su sobria suavidad, había un montón de pieles grises y mantas gris plateado, para que la señora pudiese esperar sin pasar frío. Porque a menudo Sir William se desplazaba a noventa kilómetros o más, en pleno campo para visitar a los ricos, a los afligidos, que podían permitirse pagar los elevadísimos honorarios que Sir William muy apropiadamente cobraba por sus consejos. Lady Bradshaw esperaba con las pieles sobre las rodillas durante una hora o más, recostándose, algunas veces pensando en el paciente, y otras, cosa excusable, en el muro de oro que aumentaba minuto a minuto mientras esperaba; el muro de oro que aumentaba entre ellos y todas las penas y ansiedades (las había llevado con valor; habían tenido sus más y sus menos), hasta que se veía flotar en un manso océano donde sólo soplan brisas perfumadas; respetada, admirada, envidiada, sin apenas nada más que desear, aunque lamentaba estar tan gruesa; grandes cenas todos los jueves para los colegas de profesión; de vez en cuando la inauguración de una tómbola benéfica; los saludos a la Realeza; demasiado escaso, por desgracia, el tiempo que pasaba con su marido, cuyo trabajo no paraba de aumentar; un hijo que estudiaba con éxito en Eton; también le hubiera gustado tener una hija. Y eso que no le faltaba tarea: fundaciones benéficas infantiles, cuidados permanentes para los epilépticos, y la fotografía, porque si había una iglesia en construcción o en franco deterioro, sobornaba al sacristán, conseguía la llave y tomaba fotografías, que apenas si podían distinguirse del trabajo de los profesionales. Todo ello mientras esperaba.

Por su parte, Sir William Bradshaw ya no era joven. Había trabajado mucho; se había ganado su posición por pura y simple competencia (era hijo de un tendero); amaba su profesión; era todo un personaje en los acontecimientos sociales, hablaba bien -todo lo cual le había dado un aspecto, para cuando le concedieron el título nobiliario, de pesadumbre y fatiga (el caudal de clientes era tan incesante y tan onerosos las responsabilidades y los privilegios de su profesión), una fatiga que, junto con sus canas, incrementó la extraordinaria distinción de su presencia y le confirió la reputación (sumamente importante cuando se atienden casos nerviosos), no sólo de fulminante destreza y de precisión casi infalible en el diagnóstico, sino también de simpatía, tacto, comprensión del alma humana. Lo vio en cuanto entraron en la habitación (se llamaban Warren Smith); estuvo seguro en el preciso instante en que vio al hombre: era un caso de extrema gravedad. Era un caso de total desmoronamiento, de total desmoronamiento físico y nervioso, con todos los síntomas en estado avanzado, según evaluó en dos o tres minutos (apuntando las respuestas a las preguntas, murmuradas discretamente, en una tarjeta rosa).

¿Cuánto tiempo llevaba el doctor Holmes ocupándose de él?

Seis semanas.

¿Prescribió un poco de bromuro? ¿Dijo que no le pasaba nada? Sí, claro (¡estos médicos de cabecera! pensó Sir William. Pasaba la mitad de su tiempo enmendando sus desatinos. Algunos eran irreparables).

-¿Se distinguió usted mucho en la Guerra?

El paciente repitió la palabra -guerra- en tono interrogativo.

Otorgaba significado a las palabras de tipo simbólico. Un grave síntoma que apuntar en la tarjeta.

-¿La Guerra? -preguntó el paciente. ¿La Guerra Europea?, ¿esa pequeña agarrada de colegiales con pólvora? ¿Que si se había distinguido? De verdad que lo había olvidado. En la Guerra propiamente dicha había fracasado.

-Sí, prestó sus servicios con la máxima distinción -aseguró Rezia al doctor-; obtuvo un ascenso.

-¿Y tienen el más alto concepto de usted en la oficina? -murmuró Sir William, echando una ojeada a la carta del señor Brewer, redactada en términos muy generosos-. ¿Así que no tiene nada de qué preocuparse, problemas económicos, nada?

Había cometido un crimen horrendo y la naturaleza humana le había condenado a muerte.

-He... He... -empezó- ...cometido un crimen...

-No ha hecho nada malo en absoluto -le aseguró Rezia al doctor. Si el señor Smith tenía la bondad de esperar, dijo Sir William, hablaría con la señora Smith en la habitación contigua. Su marido estaba muy gravemente enfermo, dijo Sir William. ¿Había amenazado con suicidarse?

Oh, sí, sí, gritó ella. Pero no lo decía en serio, dijo. Por supuesto que no. Sólo era cuestión de reposo, dijo Sir William; de reposo, reposo y reposo; un largo reposo en cama. Había un encantador sanatorio allá en el campo donde atenderían perfectamente a su esposo. ¿Separado de ella? preguntó Rezia. Por desgracia, sí; las personas a quienes más apreciamos no nos convienen cuando estamos enfermos. Pero no estaba loco, ¿verdad? Sir William dijo que él nunca hablaba de «locura», sino que lo llamaba «carecer del sentido de la proporción». Pero a su marido no le gustaban los médicos. Se negaría a ir allí. En pocas palabras y con amabilidad, Sir William le explicó el estado de la cuestión. Había amenazado con suicidarse. No tenían alternativa. Era una cuestión legal. Estará en la cama en una casa grande, en el campo. Las enfermeras eran admirables. Sir William lo visitaría una vez por semana. Si la señora Warren Smith estaba segura de que no tenía más preguntas que hacer -él nunca metía prisa a sus pacientes- volverían junto a su marido. No tenía nada más que preguntar, por lo menos a Sir William.

Así pues, regresaron junto al más digno elemento del género humano; el criminal enfrentado a sus jueces; la víctima abandonada a su suerte en las alturas; el fugitivo; el marinero ahogado; el poeta de la oda inmortal; el Señor que había ido de la vida a la muerte; regresaron junto a Septimus Warren Smith, sentado en el sillón bajo la luz cenital, la vista clavada en una fotografía de Lady Bradshaw con su vestido de Corte, mascullando mensajes sobre la belleza.

-Hemos tenido nuestra pequeña charla -dijo Sir William.

-Dice que estás muy enfermo -exclamó Rezia.

-Nos hemos puesto de acuerdo sobre la conveniencia de su ingreso en un sanatorio -dijo Sir William.

-¿Uno de esos sanatorios de Holmes? -preguntó Septimus con sorna.

Aquel individuo causaba una impresión desagradable. Porque había en Sir William, que era hijo de un comerciante, un respeto natural hacia los modales y el vestir, que aquel desaliño ofendía; y además, y con mayor profundidad, había en Sir William, que nunca había tenido tiempo para la lectura, un rencor hondamente arraigado en contra de la gente culta, que entraba en su consulta e insinuaba que los médicos, cuya profesión es una tensión constante sobre las más elevadas facultades, no son hombres cultos.

-En uno de mis sanatorios, señor Warren Smith -dijo-, donde le enseñaremos a descansar.

Y una cosa más.

Estaba convencido de que cuando el señor Warren Smith se encontraba bien, sería la última persona del mundo capaz de asustar a su mujer. Pero había hablado de suicidarse.

-Todos tenemos nuestros momentos de depresión -dijo Sir William.

Una vez que caes, repetía Septimus para sus adentros, la naturaleza humana se ceba en ti. Holmes y Bradshaw te persiguen. Peinan el desierto. Se lanzan gritando a la espesura salvaje. Te aplican el tormento del potro y las empulgueras. La naturaleza humana es implacable.

-¿Le daban ataques alguna vez? -preguntó Sir William, con el lápiz sobre la cartulina rosa.

Eso era asunto suyo, dijo Septimus.

-Nadie vive sólo para sí -dijo Sir William, echando una mirada a la fotografía de su mujer en vestido de Corte.

-Y tiene usted una brillante carrera por delante -dijo Sir William. Ahí, sobre la mesa, estaba la carta del señor Brewer-. Una carrera excepcionalmente brillante.

Pero, ¿y si confesaba? ¿Y si comunicara? ¿Le dejarían marchar entonces, Holmes, Bradshaw?

-Yo... yo... -balbuceó.

Pero ¿cuál era su crimen? No lo recordaba.

-¿Sí? -instó Sir William. (Pero se estaba haciendo tarde.)

Amor, árboles, no existe el crimen... ¿cuál era su mensaje?

No lo recordaba.

-Yo... yo... -balbuceó Septimus.

-Intente pensar en usted lo menos posible -dijo Sir William amablemente. Realmente, no estaba en condiciones de andar por ahí.

¿Había algo más que desearan preguntarle? Sir William se encargaría de todo (murmuró a Rezia) y le daría noticias entre las cinco y las seis de esa misma tarde.

-Déjelo todo en mis manos -dijo, y se despidió de ellos.

¡Nunca, jamás Rezia había sufrido semejante angustia en su vida! ¡Había pedido ayuda y la habían abandonado! ¡Sir William Bradshaw los había traicionado! No era un buen hombre.

Sólo el mantenimiento de ese coche debe costarle bastante dinero, dijo Septimus cuando salieron a la calle.

Rezia se agarró a su brazo. Los habían abandonado. Pero ¿qué más quería ella?

A sus pacientes les concedía tres cuartos de hora; y, si en esta ciencia rigurosa que se ocupa de lo que, a fin de cuentas, no sabemos nada -el sistema nervioso, el cerebro humano-, el médico pierde su sentido de la proporción, fracasa en tanto que médico. Salud, debemos tenerla; y la salud es proporción; de tal manera, cuando un hombre entra en tu consulta diciendo que es Cristo (un delirio común) y que tiene un mensaje, como así suele ser, y amenaza, como a menudo ocurre, con suicidarse, invocas la proporción, mandas reposo en cama, reposo en soledad, silencio y reposo, reposo sin amigos, sin libros, sin mensajes; un reposo de seis meses; de modo que el hombre que entraba con cuarenta y siete kilos salía pesando setenta y seis.

La proporción, proporción divina, la diosa de Sir William, la adquirió Sir William a base de patearse los hospitales, de pescar salmón, de tener un hijo de Lady Bradshaw en Harley Street, que también pescaba salmón y sacaba fotografías que apenas si podían distinguirse del trabajo de los profesionales. Gracias al culto que Sir William le rendía a la proporción, prosperaba no sólo él sino que hacía prosperar a Inglaterra, recluía a sus locos, prohibía la natalidad, penalizaba la desesperación, impedía que los ineptos propagasen sus opiniones hasta lograr que ellos también participaran de ese concepto suyo de la proporción -

el suyo, tratándose de hombres, el de Lady Bradshaw si se trataba de mujeres (ella bordaba, hacía punto, pasaba cuatro de cada siete noches en casa con su hijo), de tal manera que no sólo lo respetaban sus colegas y lo temían sus subordinados, sino que los amigos y conocidos de sus pacientes le estaban profundamente agradecidos por insistir en que estos proféticos Cristos y Cristas, que vaticinaban el fin del mundo o el advenimiento de Dios, debían beber leche en la cama, tal y como mandaba Sir William. Sir William, con sus treinta años de experiencia en esta clase de casos, y su instinto infalible: esto es locura, aquello cordura; su concepto de la proporción.

Pero la Proporción tiene una hermana, menos sonriente, más formidable, una Diosa que incluso ahora está entregada -en el calor y las arenas de la India, en el barro y fango de África, en los alrededores de Londres, dondequiera que, en pocas palabras, el clima o el diablo tiente a los hombres a apartarse de este credo verdadero que es el de esta Diosaque incluso ahora está entregada a derribar tronos, a destrozar ídolos, y colocar en lugar de éstos su propio severo semblante. Se llama Conversión y se ceba en la voluntad de los débiles, ya que le gusta impresionar, imponer, adorar Sus propios rasgos, estampados en las caras del populacho. En Hyde Park Corner, subida en un barril, se dedica a predicar; se viste con un sudario blanco y camina como un penitente disfrazada de amor fraterno, por fábricas y parlamentos; ofrece ayuda, pero desea poder; aparta brutalmente de Su camino a los disidentes y a los insatisfechos; otorga Sus bendiciones a aquéllos que, mirando a lo alto, sumisamente captan de Sus ojos la luz que les pertenece. Esta señora también (Rezia Warren Smith lo había adivinado) moraba en el corazón de Sir William, aunque oculta, como suele estarlo, bajo algún disfraz plausible, bajo algún nombre venerable: amor, deber, sacrificio. Cómo trabajaba Sir William, cuánto se esforzaba en recaudar fondos, propagar reformas, crear instituciones. Pero la conversión, Diosa exigente, prefiere la sangre a los ladrillos, y se ceba de lo más sutilmente en la voluntad humana. Lady Bradshaw, por ejemplo. Hace quince años estuvo a su merced. No era nada tangible; no se había producido ninguna escena, ninguna ruptura; solamente el lento hundimiento de su voluntad, como anegada de agua, en la de su marido. Dulce era su sonrisa, rápida su sumisión; la cena en Harley Street, de ocho a nueve platos, con diez o quince invitados de profesiones liberales, era suave y civilizada. Sólo que a medida que la velada avanzaba, un levísimo aburrimiento, o quizá incomodidad, un tic nervioso, una vacilación, un tropiezo y una especie de confusión indicaban -lo cual era verdaderamente doloroso de creer- que la pobre señora mentía. Hubo una época, hace tiempo, en que Lady Bradshaw pescaba el salmón libremente, ahora, rauda en servir las ansias de dominio y de poder que de forma tan servil iluminaban los ojos de su marido, se encogía, se empequeñecía, se recortaba, retrocedía, miraba a hurtadillas, de modo que, sin saber exactamente qué era lo que hacía la velada desagradable y causaba esta presión en la cabeza (que bien podía imputarse a la conversación profesional o también a la fatiga de un gran médico cuya vida, según decía Lady Bradshaw, «no le pertenece a él, sino a sus pacientes»), resultaba verdaderamente desagradable y por ello los invitados, cuando el reloj daba las diez, respiraban el aire de Harley Street incluso con alivio, un alivio que les negaba a sus pacientes.

Ahí en la habitación gris, con los cuadros en la pared y el valioso mobiliario, bajo la claraboya de vidrio esmerilado, tomaban plena conciencia de la gravedad de sus transgresiones: encogidos en los sillones, miraban cómo, en beneficio suyo llevaba a cabo una curiosa gimnasia con los brazos, extendiéndolos y recogiéndolos bruscamente hacia las caderas, para demostrar (si el paciente era obstinado) que Sir William era dueño de sus propios actos, cosa que el paciente no era. En este punto los más débiles se derrumbaban, sollozaban, se rendían; otros, animados por Dios sabe qué locura, llamaban condenado farsante a Sir William, en su propia cara; ponían en tela de juicio, con más atrevimiento si cabe, a la vida misma. ¿Por qué vivir?, preguntaban. Sir William contestaba que la vida era buena. Sin duda Lady Bradshaw con sus plumas de avestruz colgaba encima de la repisa de la chimenea, y en cuanto a los

ingresos de su marido, pasaban de las doce mil al año. Pero con nosotros, protestaban, la vida no ha sido tan espléndida. Estaba de acuerdo. Carecían del sentido de la proporción. ¿Y si después de todo no hubiera Dios? Se encogía de hombros. En resumen, vivir o dejar de vivir ¿es asunto nuestro? Pero estaban equivocados. Sir William tenía un amigo en Surrey donde enseñaban lo que Sir William reconocía como un difícil arte: el sentido de la proporción. Allí había, además, afecto familiar, honor, valentía, y una brillante carrera. Todas estas cosas tenían en Sir William Bradshaw un seguro defensor. Si fallaban, le quedaba el amparo de la policía y del bien de la sociedad que, según recalcaba con gran serenidad, se encargarían allá en Surrey de que esos impulsos asociales, nacidos sobre todo de la falta de buena sangre, fueran mantenidos bajo control. Y entonces salía de su escondrijo y montaba en su trono esa Diosa, cuya pasión consistía en aplastar toda oposición, en estampar indeleblemente su imagen en los santuarios de los demás. Desnudos, indefensos, los exhaustos, los carentes de amigos recibían la impronta de la voluntad de Sir William. Atacaba, devoraba. Encerraba a la gente. Era esta mezcla de decisión y de humanidad la que atraía hacia Sir William el aprecio de los familiares de sus víctimas.

Pero Rezia Warren Smith gritaba, caminando por Harley Street, que no le gustaba ese hombre.

Cortando y rebanando, dividiendo y subdividiendo, los relojes de Harley Street mordisqueaban el día de junio, aconsejaban sumisión, apoyaban la autoridad y señalaban a coro las supremas ventajas del sentido de la proporción, hasta que el montículo del tiempo quedó tan mermado que un reloj comercial, colgado sobre una tienda de Oxford Street anunció, alegre y fraternal, como si fuese un placer para los señores Rigby y Lowndes dar información gratis, que era la una y media.

Si se miraba hacia arriba, se daba uno cuenta de que cada letra de sus apellidos sustituía a cada una de las horas; inconscientemente, uno quedaba agradecido a Rigby y Lowndes por darle a uno la hora ratificada por Greenwich. Y esta gratitud (así cavilaba Hugh Whitbread, detenido ante el escaparate de la tienda), más tarde llevaba, con naturalidad, a comprar en Rigby y Lowndes calcetines o zapatos. Así cavilaba. Era su costumbre. No profundizaba. Rozaba superficies; las lenguas muertas, las vivas, la vida en Constantinopla, París, Roma; montar a caballo, tiro al blanco, jugar al tenis, eso fue en otros tiempos. Las malas lenguas afirmaban que ahora montaba guardia en el palacio de Buckingham, con medias de seda y librea de calza corta, si bien nadie sabía qué es lo que guardaba. Pero lo hacía con extremada eficiencia. Llevaba cincuenta y cinco años navegando con la crema de la sociedad inglesa. Había conocido a Primeros Ministros. Se estimaba que sus afectos eran profundos. Y si bien era cierto que no había participado en ninguno de los grandes movimientos del momento ni ocupado ningún puesto importante, también lo era que se debían a él una o dos humildes reformas: una, la mejora de los albergues de beneficencia; otra, la protección de los búhos en Norfolk; las muchachas del servicio tenían motivos para estarle agradecido; y su nombre al pie de las cartas al Times, pidiendo fondos, haciendo llamamientos al público para proteger, conservar, limpiar la basura de las calles, eliminar humos y acabar con la inmoralidad en los parques, imponía respeto.

Y menudo porte que tenía, detenido allí un momento (mientras el sonido de la media hora se desvanecía) a mirar, con aire crítico y magistral, calcetines y zapatos; impecable, rotundo, como si contemplase el mundo desde la altura y sus ropas fuesen acordes con ello; pero también se daba cuenta de la obligaciones que la grandeza, la riqueza y la salud conllevan, y seguía puntillosamente, incluso cuando no era absolutamente necesario, las pequeñas cortesías, las trasnochadas ceremonias, que daban a su carácter un toque especial, algo a imitar, algo por lo que recordarlo, porque nunca iría a almorzar -por ejemplo-, con Lady Bruton, a quien conocía desde hacía veinte años, sin llevarle en la mano un ramo de claveles, y sin preguntarle a la señorita Brush, secretaria de Lady Bruton, por su hermano de

Sudáfrica, cosa que, por alguna razón, molestaba sobremanera a la señorita Brush, carente como era de cualquier encanto femenino, porque respondía: «Gracias, le van muy bien las cosas en Sudáfrica», cuando en realidad estaba en Portsmouth y le iba muy mal desde hacía seis años.

Por su parte, Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, que llegó al mismo tiempo. En efecto, coincidieron en el portal.

Lady Bruton prefería a Richard Dalloway, por supuesto. Estaba hecho de material más fino. Pero no les habría permitido avasallar a su pobrecito Hugh. Nunca olvidaría su amabilidad -de verdad que había sido especialmente amable-, aun cuando no recordaba exactamente en qué ocasión. Pero sí, especialmente amable. De todos modos, la diferencia entre uno y otro hombre no es mucha. Ella nunca le había encontrado sentido al hecho de despedazar a la gente, como hacía Clarissa Dalloway, despedazarla y volver a pegar los pedazos; al menos no cuando una tenía sesenta y dos años. Recibió los claveles de Hugh con su sonrisa triste y dura. No iba a venir nadie más, dijo. Los había engañado con esta invitación para que la ayudaran a resolver una dificultad...

-Pero vamos a comer primero -dijo.

Y así, con batiente de puertas, empezó un exquisito vaivén silencioso de doncellas con delantales y cofias blancas, doncellas no por necesidad sino porque forman parte del misterio o mejor del gran engaño que las damas de Mayfair practican de una y media a dos cuando, con un gesto de la mano, cesa el tráfico y surge en su lugar esta profunda mentira, la comida en primer lugar, que nadie paga; y luego la mesa que parece cubrirse como por voluntad propia de vidrio y de plata, de manteles individuales, de cuencos de fruta roja, de filetes de rodaballo cubiertos de salsa oscura, de pollos troceados nadando en sus cazuelas; el fuego arde todo color y fiesta y con el vino y el café (que nadie ha pagado) nacen visiones alegres en ojos preocupados; ojos ante los que ahora la vida es musical y misteriosa; ojos encendidos ahora para observar animados los claveles rojos que Lady Bruton (cuyos gestos eran siempre duros) había depositado junto a su plato, de forma que Hugh Whitbread, en paz con el universo entero y al mismo tiempo completamente seguro de su categoría, dejó su tenedor y dijo:

-¿No crees que resultarían encantadores sobre tu encaje?

A la señorita Brush le molestaba intensamente esta familiaridad. Lo consideraba un maleducado, cosa que hacía reír a Lady Bruton.

Lady Bruton cogió los claveles y los sujetó de manera un tanto rígida, un ademán parecido al del General que sostenía el rollo de pergamino en el cuadro detrás de ella. Se quedó inmóvil, en trance. ¿Qué era ella, ahora, la bisnieta del General? ¿La tataranieta? se preguntó Richard Dalloway. Sir Roderick, Sir Miles, Sir Talbot... eso era. Era impresionante cómo conservaban el parecido las mujeres de esa familia. Ella misma debería de haber sido general de los Dragones. Richard hubiera servido a sus órdenes con ilusión; le profesaba el máximo respeto; le encantaban esas ideas románticas sobre las viejas señoras de buen porte, de buena cuna, y le habría gustado, con su buen talante de siempre, traerse a algunos jóvenes exaltados que conocía, para almorzar con ella, ¡como si un elemento como ella pudiera haberse criado entre gente exaltada de ese tipo que pasan el tiempo tomando té! Conocía bien la tierra de Lady Bruton; conocía a su gente.

Había una parra, que todavía daba fruta, bajo la cual Lovelace, o Herrick, uno u otro -ella nunca leía una palabra de poesía, pero así iba la historia- se había sentado. Mejor esperar un poco antes de plantearles la cuestión que la tenía preocupada (sobre si apelar al público o no y, en caso afirmativo, en qué términos, etcétera), mejor esperar hasta que se hayan tomado el café, pensó Lady Bruton; y dejó los claveles junto a su plato.

-¿Cómo está Clarissa? -preguntó bruscamente.

Clarissa siempre decía que Lady Bruton no la apreciaba. Es más, Lady Bruton tenía fama de interesarse más por la política que por las personas; fama de hablar como un hombre; de haber tenido algo que ver con un turbio asunto en los años ochenta, que empezaba a mencionarse ahora en algunas Memorias. Ciertamente, en su sala de estar había una alcoba donde se encontraba una mesa, encima de la cual se encontraba una fotografía del General Talbot Moore, hoy fallecido, quien había escrito allí (una noche, en los años ochenta) en presencia de Lady Bruton, con su conocimiento, quizá consejo, un telegrama dando la orden de avanzar a las tropas británicas, en una ocasión histórica. (Conservaba la pluma y contaba la historia.) Así, cuando decía en su tono casual «¿Cómo está Clarissa?», los maridos tenían grandes dificultades para convencer a sus esposas, e incluso, por fieles que fueran, ellos mismos lo ponían secretamente en duda, del interés de Lady Bruton por las mujeres que frecuentemente interferían en la vida de sus maridos, les impedían aceptar destinos en el extranjero, y a las que había que llevar a la costa, en pleno período de sesiones, para cuidarse la gripe. A pesar de ello, su pregunta «¿Cómo está Clarissa?», la reconocían siempre las mujeres como una señal de buena voluntad, de una compañera casi callada cuyas expresiones (quizá media docena en toda una vida) reconocían cierta camaradería femenina que discurría por debajo de los almuerzos masculinos y unía a Lady Bruton y a la señora Dalloway, que rara vez se veían, y que daban la impresión, cuando en efecto llegaban a verse, de indiferencia y aun de hostilidad, en un singular vínculo.

-Me encontré a Clarissa en el parque esta mañana -dijo Hugh Whitbread, metiendo la cuchara en la cazuela, ansioso de hacer este pequeño alarde, porque le bastaba llegar a Londres para encontrarse a todo el mundo a la vez; pero lo dijo con codicia, era el hombre más codicioso que había conocido nunca, pensó Milly Brush, que observaba a los hombres con implacable rectitud, y era capaz de eterna devoción, sobre todo a las de su propio sexo, ya que era nudosa, seca, angular, y totalmente desprovista de encanto femenino.

-¿Sabéis quién está en la ciudad? -preguntó Lady Bruton, acordándose de repente-. Nuestro viejo amigo, Peter Walsh.

Todos sonrieron. ¡Peter Walsh! Dalloway se ha alegrado sinceramente, pensó Milly Brush; y Whitbread sólo pensaba en su pollo.

¡Peter Walsh! Los tres -Lady Bruton, Hugh Whitbread y Richard Dalloway- se acordaron de lo mismo: lo apasionadamente que Peter había estado enamorado, cómo había sido rechazado, cómo se había marchado a la India, el fracaso que había sufrido, el lío que había formado con su vida; y Richard Dalloway le tenía un grandísimo aprecio a su querido y viejo amigo. Milly Brush se dio cuenta de eso; vio cierta profundidad en el color de los ojos castaños de Richard; lo vio dudar, pensar, lo que te interesó, pues Dalloway siempre la interesaba, porque ¿qué estaría pensando -se preguntaba- de Peter Walsh?

Que Peter Walsh había estado enamorado de Clarissa; que iba a volver directamente a casa después del almuerzo para ver a Clarissa; que le diría, con estas palabras, que la amaba. Sí, eso iba a decirle.

Milly Brush hubiera podido enamorarse, alguna vez, de estos silencios; y Dalloway era una persona de quien siempre podías fiarte, y tan caballeroso además. Ahora, a sus cuarenta años, Lady Bruton no tenía más que hacer un gesto con la cabeza, o girarla un poco bruscamente para que Milly Brush captase la seña, por muy profundamente sumergida que estuviera en sus reflexiones de espíritu libre, de alma incorrupta a la que la vida no podía engañar, porque la vida no la había dotado de nada que tuviese el más mínimo valor: ni un rizo, sonrisa, labio, mejilla, nariz; nada en absoluto. Lady Bruton no tenía más que mover la cabeza, y Perkins recibía la orden de apresurarse a servir el café.

-Sí, Peter Walsh ha vuelto -dijo Lady Bruton. Era algo vagamente halagador para todos. Había vuelto, maltratado, fracasado, a sus costas seguras. Pero ayudarlo, reflexionaron, era imposible: algo fallaba en su carácter. Hugh Whitbread dijo que uno sin duda podía

mencionar su nombre a Fulanito de Tal. Frunció el ceño con aire lúgubre, consecuentemente, ante la idea de las cartas que tendría que escribir a los jefes de despachos gubernamentales respecto de «mi viejo amigo Peter Walsh», y demás. Pero no serviría de nada -nada definitivo-, por culpa de su carácter.

-Problemas con una mujer -dijo Lady Bruton. Todos habían intuido que eso era lo que había en el fondo del asunto. -Sin embargo -dijo Lady Bruton, ansiando dejar el tema-, oiremos la historia completa de boca del propio Peter.

(El café tardaba mucho en llegar.)

-¿Las señas? -murmuró Hugh Whitbread. E inmediatamente se produjo un fino oleaje en la marea gris del servicio que hervía alrededor de Lady Bruton día sí, día no, recogiéndola, interceptándola, envolviéndola en un fino tejido que rompía los golpes, mitigaba las interrupciones, y extendía por toda la casa de Brook Street una fina retícula donde las cosas quedaban alojadas para ser recogidas con precisión, instantáneamente, por el canoso Perkins, que llevaba treinta años con Lady Bruton y que en ese momento anotaba las señas; se las entregó a Hugh Whitbread, que sacó su libreta, alzó las cejas y, deslizándolas entre documentos de la mayor importancia, dijo que le diría a Evelyn que lo invitara a almorzar.

(Estaban esperando a que el señor Whitbread terminara para servir el café.)

Hugh era muy lento, pensó Lady Bruton. Estaba engordando, observó. Richard siempre mantenía su mejor forma. Se estaba impacientando; todo su ser, estaba preparándose -de forma tajante, innegable, dominante-, dejando de lado todas estas preocupaciones innecesarias (Peter Walsh y sus líos), para abordar este asunto que acaparaba su atención, y no sólo su atención, sino esa fibra que constituía su alma, esta parte esencial de su ser sin la cual Millicent Bruton no sería Millicent Bruton: ese proyecto de organizar la emigración al Canadá de jóvenes de ambos sexos, de familias respetables, y asentarlos con buenas posibilidades de prosperar. Exageraba. Quizá hubiese perdido su sentido de la proporción. La emigración no era, para los demás, el remedio evidente, la idea sublime. Para ellos no suponía (para Hugh, ni para Richard, ni siquiera para la fiel señorita Brush) la liberación del intenso egotismo que una mujer fuerte, marcial, bien alimentada, de buena cuna, de impulsos directos, sentimientos rectos y con poca capacidad de introspección (abierta y sencilla: ¿por qué no podía ser todo el mundo abierto y sencillo?, se preguntaba), siente bullir en su interior, pasada ya la juventud, y que tiene que concentrar sobre algún objeto: puede ser la Emigración, la Emancipación; pero sea lo que fuere, este objeto alrededor del cual la esencia de su alma se derrama a diario se vuelve inevitablemente prismático, reluciente, medio espejo, medio piedra preciosa; a veces cuidadosamente oculto para evitar las burlas de la gente, otras orgullosamente expuesto. En pocas palabras, la Emigración se había convertido, en gran parte, en Lady Bruton.

Pero tenía que escribir. Y una carta al Times, solía decirle a la señorita Brush, le costaba más que organizar una expedición a Sudáfrica (lo cual había hecho durante la guerra). Después de una mañana batallando, a base de empezar, romper el papel, volver a empezar, solía sentir la futilidad de su condición femenina como en ninguna otra ocasión y recurría con agradecimiento al recuerdo de Hugh Whitbread, que poseía -nadie podía dudarlo- el arte de escribir cartas al Times.

Un ser tan diferente a ella, con tal dominio del lenguaje, capaz de presentar las cosas tal y como a los editores les gustaba verlas presentadas; tenía pasiones que no se podían calificar simplemente de codicia. Lady Bruton a menudo reservaba su juicio sobre los hombres en deferencia a esa misteriosa concordia que ellos, pero no las mujeres, mantenían con las leyes del universo. Sabían cómo presentar las cosas, sabían lo que se decía; por eso, si Richard la aconsejaba y Hugh escribía la carta, estaba segura de no equivocarse. Así
pues, dejó que Hugh se comiera el soufflé, se interesó por la pobre Evelyn, esperó hasta que estuvieron fumando y entonces dijo:

-Milly, ¿te importaría ir a buscar los papeles?

La señorita Brush salió, volvió, puso unos papeles sobre la mesa, y Hugh sacó su pluma estilográfica, su estilográfica de plata, que llevaba cumplidos veinte años de servicio, dijo desenroscando el capuchón. Estaba en perfecto estado; se la había enseñado a los fabricantes: no había razón, dijeron, por la que tuviera que estropearse; lo cual decía mucho en favor de Hugh y de los sentimientos que su pluma expresaba (así lo entendió Richard), mientras Hugh empezó a escribir cuidadosamente letras mayúsculas con un círculo alrededor, en el margen, reduciendo así, maravillosamente, el desbarajuste de Lady Bruton a la sensatez, a la gramática que el editor del Times, pensó Lady Bruton a la vista de tan maravillosa transformación, debía respetar. Hugh era lento. Hugh era pertinaz. Richard decía que era preciso correr riesgos. Hugh proponía modificaciones en deferencia a los sentimientos de la gente, que -dijo, un tanto cáustico ante las risas de Richard«debían ser considerados», y leyó en voz alta «cómo, en consecuencia opinamos que el momento oportuno ha llegado ... la superflua juventud de nuestra población en constante crecimiento ... lo que debemos a los caídos ... », frases que Richard consideraba paja y tonterías, pero inofensivas sin duda y Hugh siguió trazando sentimientos por orden alfabético, de la mayor nobleza, sacudiendo de su chaleco la ceniza del puro, repasando de vez en cuando todo lo que habían progresado hasta que, finalmente, leyó en alto el borrador de una carta que -Lady Bruton estaba segura- era una obra de arte. ¿Era posible que sus propias ideas sonaran así?

Hugh no garantizaba que el editor fuese a publicarla, pero iba a almorzar con cierta persona.

A lo que Lady Bruton, que rara vez prodigaba gestos garbosos, se metió todos los claveles de Hugh en el escote y, abriendo los brazos de par en par, lo llamó «¡Mi Primer Ministro!» No sabía qué habría hecho sin ellos dos. Se levantaron. Y Richard Dalloway se acercó como de costumbre, a echar un vistazo al retrato del General, porque tenía la intención, en cuanto tuviera un rato libre, de escribir la historia de la familia de Lady Bruton.

Y Millicent Bruton estaba muy orgullosa de su familia. Pero podía esperar, podía esperar, dijo, mirando el cuadro. Con ello quería decir que su familia, de militares, administradores, almirantes, habían sido hombres de acción que cumplieron con su deber; y el primer deber de Richard era su país, pero sin duda que era un rostro interesante, dijo ella; y todos los papeles estaban a disposición de Richard en Aldmixton, en cuanto llegara el momento; el gobierno laborista , quería decir. «¡Ah, las noticias de la India!», gritó.

Y entonces, mientras estaban de pie en el vestíbulo cogiendo los guantes amarillos del cuenco que estaba sobre la mesa de malaquita y Hugh le ofrecía a la señorita Brush, con una más que innecesaria cortesía, alguna entrada de teatro que él no iba a usar o algún que otro obsequio, cosa que ella odiaba desde lo más hondo de su corazón, la hacía enrojecerse vivamente, Richard se volvió hacia Lady Bruton, con el sombrero en la mano, y dijo:

-¿Te veremos en nuestra fiesta esta noche? -ante lo que Lady Bruton recobró la magnificencia que la redacción de la carta le había echado por tierra. Puede ser que vaya, y puede que no. Clarissa tenía una energía maravillosa. Las fiestas aterrorizaban a Lady Bruton. Por otra parte, se estaba haciendo vieja. Eso dejaba entender, en pie ante la puerta, guapa, muy erguida, mientras su chow-chow se estiraba tras ella y la señorita Brush desaparecía entre bastidores con las manos llenas de papeles.

Y Lady Bruton subió, lenta y majestuosa a su habitación, se tumbó, con el brazo apoyado en el sofá. Suspiró, dio un ronquido, no es que estuviera dormida, sólo abotargada y pesada, como un campo de tréboles al sol de este cálido día de verano, con las abejas zumbando aquí y allá, v las mariposas amarillas. Siempre volvía a esos campos de Devonshire, donde había saltado por los arroyos con Patty, su pony, con Mortimer y Tom, sus hermanos. Y había perros, y había ratas, y su padre y su madre, en el césped bajo los árboles, con el servicio de té, y los arriates de dalias, las malvarrosas, la grama; y ellos, pequeños monstruos, ¡siempre inventando maldades!, volviendo a escondidas por entre los

arbustos para que no los vieran, todos pringados de barro, después de hacer alguna barrabasada. Y ¡las cosas que solía decir la niñera a la vista de sus vestidos!

¡Ay! cómo se acordaba... Era miércoles en Brook Street. Y aquellos tipos tan amables, Richard Dalloway, Hugh Whitbread habían salido con este calor a la calle, cuyo ruido llegaba hasta ella, tumbada en el sofá. Tenía poder, posición social y dinero. Había vivido en la vanguardia de su tiempo. Había tenido buenos amigos; había conocido a los hombres más capaces de su época. El murmullo de Londres subía hasta ella, y su mano, descansando en el respaldo del sofá, se cerró sobre un bastón de mando imaginario, como el que sus antepasados hubieran podido blandir, y con el bastón parecía, aun abotargada y pesada, que mandara batallones en marcha hacia Canadá, y a estos buenos hombres que caminaban por Londres, ese territorio suyo, ese trocito de alfombra, Mayfair.

Se alejaban de ella más y más, unidos a ella por un hilo fino (ya que habían almorzado con ella) que iba estirándose y estirándose, volviéndose cada vez más fino a medida que iban caminando por Londres; como si tus amigos quedaran unidos a tu cuerpo después de haber almorzado con ellos, unidos por un hilo fino que (se estaba adormeciendo) se volvía difuso con el sonido de las campanas dando la hora o llamando a misa, como el hilo único de una araña que se manchara de gotas de lluvia y, lastrado, termina cediendo. Así se quedó dormida.

Richard Dalloway y Hugh Whitbread dudaron al llegar a la esquina de Conduit Street, en el preciso instante que Millicent Bruton, tumbada en el sofá, dejaba que el hilo se rompiera: empezó a roncar. Vientos contrarios chocaban en la esquina. Se quedaron mirando un escaparate; no deseaban comprar o hablar, sino separarse, sólo que, con vientos contrarios chocando en la esquina, con esa especie de lapso de las mareas del cuerpo, mañana y tarde, dos fuerzas cuyo encuentro forma un remolino, hicieron una pausa. Un cartel de periódico voló por los aires, con elegancia, como una cometa al principio, luego se detuvo, giró, vibró. Un velo de señora quedó colgando. Los toldos amarillos temblaban. La velocidad del tráfico matutino se atenuaba, y algunas carretas aisladas traqueteaban despreocupadas por unas calles medio vacías. En Norfolk, cuyo recuerdo medio volvía a la memoria de Richard, un suave y tibio viento echaba los pétalos hacia atrás, llenaba las aguas de confusión, ondulaba las hierbas en flor. Los segadores, que se habían tumbado a dormir bajo unos setos para descansar la dura tarea de la mañana, abrieron cortinas de hojas verdes, apartaron temblorosas bolas de perifollo para ver el cielo: el cielo estival, azul, diáfano y ardiente.

Consciente de estar mirando una jarra jacobina de doble asa, y de que Hugh Whitbread admiraba con condescendencia, dándoselas de entendido, un collar español cuyo precio pensó en preguntar, por si le gustara a Evelyn, Richard seguía aletargado; era incapaz de pensar o de moverse. La vida había echado allí aquellos pecios: escaparates llenos de baratijas multicolores, y uno se quedaba de pie, paralizado, con el letargo de los viejos, mirando. Puede que Evelyn Whitbread quisiera comprar ese collar español -pudiera ser. Tenía que bostezar. Hugh iba a entrar en la tienda.

-¡Buena idea! -dijo Richard, siguiéndole.

Dios sabe que no quería andar comprando collares con Hugh. Pero hay mareas en el cuerpo. La mañana se junta con la tarde. Transportado como si fuera una frágil chalupa en aguas profundas, muy profundas, el bisabuelo de Lady Bruton y sus memorias y también sus campañas en América del Norte naufragaron y se hundieron. Y Millicent Bruton también. Se hundió. A Richard le importaba un bledo lo que pasara con la Emigración, con aquella carta, si el editor la publicaba o no. El collar extendido colgaba de los admirables dedos de Hugh. Que se lo diera a una chica, si es que tiene que comprar joyas, a cualquier chica, cualquiera que pasara por la calle. Porque la inutilidad de esta vida impresionaba a Richard con fuerza: comprar collares para Evelyn. Si hubiera tenido un niño, habría dicho: Trabaja, trabaja. Pero tenía a su Elizabeth: adoraba a su Elizabeth.

-Me gustaría ver al señor Dubonnet -dijo Hugh con su tono seco y mundano. Resultaba que ese tal Dubonnet tenía las medidas del cuello de la señora Whitbread o, lo que era más extraño aún, conocía sus gustos en cuanto a joyería española y el número de piezas que poseía en esa línea (Hugh no lo recordaba). Todo ello le parecía tremendamente extraño a Richard Dalloway. Porque él nunca le hacía regalos a Clarissa, salvo una pulsera hace dos o tres años, y no había tenido mucho éxito. Ella nunca se la ponía. Le dolía acordarse de que nunca se la ponía. Entonces, como el hilo de una araña que, después de oscilar aquí y allá, se engancha a una hoja, la mente de Richard, saliendo de su letargo, se fijó ahora en su esposa, Clarissa, a la que Peter Walsh había amado tan apasionadamente; y Richard había tenido de repente una visión de ella ahí, en el almuerzo; de él mismo con Clarissa; de su vida juntos; y entonces se acercó la bandeja de joyas viejas y, tomando primero un broche, luego un anillo, preguntó ¿cuánto vale esto?», pero dudaba de su propio buen gusto. Quería abrir la puerta del cuarto de estar y entrar ofreciendo algo: un regalo para Clarissa. Pero... ¿qué? Hugh volvía a estar de pie. Era inefablemente pomposo. Francamente, después de treinta y cinco años comprando en esa tienda, no iba a tolerar que lo despachara un simple muchacho que no sabía lo que hacía. Porque Dubonnet, según parecía, había salido, y Hugh no pensaba comprar nada hasta que el señor Dubonnet se dignara aparecer; a lo que el joven se sonrojó y se inclinó con la cortesía habitual. Todo era perfectamente correcto. Sin embargo, Richard hubiera sido incapaz de decir eso, ¡ni aunque le fuera la vida en ello! Por qué esta gente aguantaba esa maldita insolencia, no le entraba en la cabeza. Hugh se estaba convirtiendo en un asno insufrible. Richard Dalloway no podía soportar sus modales más de una hora. Y levantando el sombrero hongo a modo de despedida, Richard dobló la esquina de Conduit Street; deseoso, sí, muy deseoso de recoger ese hilo de araña que lo unía a Clarissa. Iba a ir directo a ella, a Westminster.

Pero quería volver con algo entre las manos. ¿Flores? Sí, flores, porque no se fiaba de su gusto para el oro; cualquier tipo de flores, rosas, orquídeas, para celebrar lo que era, se viera como se viera, un acontecimiento; aquello que sintió por Clarissa cuando hablaban de Peter Walsh en el almuerzo; y es que nunca hablaban de ello, nunca, desde hacía años, habían hablado de ello; cosa que, pensó, agarrando sus rosas rojas y blancas (un ramo grande envuelto en papel de seda), es el mayor error del mundo. Llega el momento en que no se puede decir; uno es demasiado tímido para decirlo, pensó, manoseando sus seis o doce peniques sueltos en el bolsillo, emprendiendo el camino hacia Westminster con su gran ramo de rosas pegado al cuerpo, para decir sencillamente, con estas palabras (pensara lo que pensara de él), entregándole las flores: «Te quiero.» ¿Por qué no? Realmente era un milagro, si pensábamos en la guerra y en los miles de pobres muchachos, con toda la vida por delante, enterrados a tropel, medio olvidados ya; era un milagro. Aquí estaba él caminando por Londres para ir a decirle a Clarissa, con estas palabras, que la quería. Algo que no se dice nunca, pensó. En parte, es por pereza; en parte, es por timidez. En cuanto a Clarissa, era difícil pensar en ella; salvo en prontos de memoria, como en el almuerzo, cuando la vio con toda claridad; toda su vida juntos. Se detuvo en el cruce; y lo repitió -porque era sencillo por naturaleza, y formal, porque se había dedicado a la naturaleza y a la caza; porque era pertinaz y tozudo, porque había sido el defensor de los pisoteados y había seguido su instinto en la Cámara de los Comunes; porque se había mantenido en su sencillez, aunque a la vez se hubiera vuelto un poco callado, un tanto rígido- Richard repitió que era un milagro que se hubiera casado con Clarissa. Un milagro, su vida había sido un milagro, pensó, dudando si cruzar o no. Le hervía la sangre de ver a estas criaturillas de cinco o seis años cruzando la calle solas, en pleno Piccadilly. La policía debería de haber parado el tráfico enseguida. No se hacía ilusiones sobre la policía de Londres. En realidad, estaba reuniendo pruebas sobre sus deficiencias. Y aquellos vendedores ambulantes, a quienes se prohibía que montaran sus tenderetes en la calle; y las prostitutas, Dios Santo, ellas no tenían la culpa, ni tampoco los

jóvenes, sino nuestro detestable sistema social, etcétera; y eso era lo que pensaba, se veía que lo pensaba, mientras gris, tozudo, elegante, limpio, caminaba por el parque para ir a decirle a su mujer que la quería.

Y se lo iba a decir con estas palabras, en cuanto entrase en la habitación. Porque es una verdadera lástima no decir nunca lo que uno siente, pensaba mientras cruzaba Green Park y observaba complacido cómo se tumbaban a la sombra de los árboles, familias enteras, familias pobres; niños dando patadas al aire, mamando leche, bolsas de papel tiradas por ahí, que podían ser fácilmente recogidas (si la gente se quejaba) por uno de esos gruesos caballeros en librea; porque Richard opinaba que todos los parques, todas las plazas, durante los meses del verano, deberían estar abiertos a los niños (la hierba del parque lucía y se apagaba, iluminando a las pobres madres de Westminster y a sus bebés que andaban a gatas, como si alguien estuviese moviendo una lámpara amarilla por debajo). Pero qué podía hacerse por unas vagabundas como aquélla, pobre criatura, apoyada sobre su codo (como si se hubiese tirado al suelo, libre de ataduras, para observar con curiosidad, especular con descaro, considerar los cómos y porqués, sin pudor, con los labios sueltos, con humor), él no lo sabía. Llevando sus flores como un arma, Richard Dalloway se acercó a ella, observándola pasó decidido a su lado, y aun así hubo tiempo para que saltara una chispa entre ellos: ella se rió al verlo y él sonrió con buen humor, considerando el problema de la vagabunda; y no porque fueran a hablarse en la vida. Pero sí iba a decirle a Clarissa que la quería, con estas palabras. En tiempos, había sentido celos de Peter Walsh, celos de Clarissa y él. Sin embargo, ella le había dicho a menudo que había hecho bien en no casarse con Peter Walsh; lo que, conociendo a Clarissa, era evidentemente cierto; ella necesitaba apoyo. Y no es que fuese débil, pero necesitaba apoyo.

En cuanto al palacio de Buckingham (como una vieja prima donna frente al público, toda de blanco), no se le puede negar cierta dignidad, consideró, ni tampoco despreciar aquello que, después de todo, representa para millones de personas (un pequeño gentío esperaba ante la verja para ver salir al Rey) un símbolo, por muy absurdo que sea; un crío con una caja de ladrillos podría haberlo hecho mejor, pensó, mirando el monumento a la Reina Victoria (a quien recordaba con sus gafas de concha, pasando en su coche por Kensington), su blanco montículo, su hipervalorada maternidad. Pero le gustaba ser gobernado por el descendiente de Horsa; le gustaba la continuidad y sentir que se trasmitían las tradiciones del pasado. Era una gran época la que le había tocado vivir. De verdad que su vida misma era un milagro; sí, no le cabía la menor duda: ahí estaba, en lo mejor de su vida, camino de su casa en Westminster para decirle a Clarissa que la quería. Esto es felicidad, pensó.

Es esto, dijo al entrar en Dean's Yard. El Big Ben empezaba a sonar, primero el aviso, musical; después, la hora, irrevocable. Los almuerzos te hacen perder la tarde entera, pensó, al llegar a su puerta.

El sonido de Big Ben inundó el cuarto de estar de Clarissa, sentada, muy disgustada, ante su escritorio; preocupada, disgustada. Era la pura verdad que no había invitado a Ellie Henderson a su fiesta, pero lo había hecho a propósito. Y ahora, la señora Marsham le escribía: «Le había dicho a Ellie Henderson que le preguntaría a Clarissa, por lo mucho que Ellie deseaba ir.»

Pero ¿por qué tenía ella que invitar a sus fiestas a todas las mujeres aburridas de Londres? ¿Por qué tenía que intervenir la señora Marsham? Y ahí estaba Elizabeth, encerrada todo este rato con Doris Kilman. No podía imaginar nada más nauseabundo. Rezando a estas horas con esa mujer. El sonido de la campana inundaba la habitación con su onda de melancolía, que remitió y se recompuso para caer una vez más, y en ese momento oyó, distraída, algo que manipulaba, que rascaba la puerta. ¿Quién podía ser a estas horas? ¡Tres! ¡Dios Santo, las tres ya! En efecto, con avasalladora fuerza y dignidad el reloj dio las tres; y ya no oyó nada más; pero el picaporte giró y ¡ahí estaba Richard! ¡Qué sorpresa! Ahí entraba

Richard, entregándole unas flores. Le había fallado una vez, en Constantinopla; y Lady Bruton, cuyos almuerzos tenían fama de ser extraordinariamente divertidos, no la había invitado. Le estaba ofreciendo unas flores -rosas, rojas y blancas. (Pero él era incapaz de decidirse a decirle que la quería, no con estas palabras.)

Pero qué encanto, dijo, cogiendo las flores. Comprendió, comprendió sin que él hablara; ella era su Clarissa. Las puso en unos jarrones encima de la chimenea. Qué bonitas son, dijo. Y ¿ha sido divertido?, preguntó ¿Había preguntado por ella Lady Bruton? Peter Walsh había regresado. La señora Marsham le había escrito. ¿Debía invitar a Ellie Henderson? La mujer ésa, Kilman, estaba arriba.

-Pero vamos a sentarnos cinco minutos -dijo Richard.

Todo parecía tan vacío. Todas las sillas estaban contra la pared. ¿Qué habían hecho? ¡Ah! Era para la fiesta. No, no se
había olvidado de la fiesta. Peter Walsh había vuelto. Sí, sí, había estado con él. Y va a conseguir el divorcio, estaba enamorado de una mujer de por ahí. No había cambiado en lo más mínimo. Y ahí estaba ella, arreglándose el vestido...

-Pensando en Bourton -dijo Clarissa.

-Hugh estaba en el almuerzo -dijo Richard. ¡Ella también se lo había encontrado! Bueno, pues se estaba volviendo absolutamente insufrible. Comprándole collares a Evelyn; más gordo que nunca; un asno insufrible.

-Y se me ocurrió de repente «Hubiera podido casarme contigo» -dijo Clarissa, pensando en Peter sentado allí, con su corbatita de lazo, con ese cuchillo que abría y cerraba-. Igual que siempre, ya sabes.

Estuvieron hablando de él durante el almuerzo, dijo Richard. (Pero era incapaz de decirle que la quería. Cogió la mano de Clarissa. Esto es felicidad, pensó.) Habían estado escribiendo una carta al Times para ayudar a Millicent Bruton. Hugh casi no valía para nada más que eso.

-¿Y qué tal nuestra querida señorita Kilman? -preguntó él. Clarissa encontraba las rosas absolutamente preciosas; primero estaban todas apiñadas, ahora, por decisión propia, empezaban a separarse.

-Kilman llega en el momento que terminamos de almorzar -dijo-. Elizabeth se sonroja. Se encierran. Supongo que están rezando.

¡Señor! No le gustaba eso. Pero estas cosas van pasando si uno les deja seguir su curso.

-Con un impermeable y un paraguas -dijo Clarissa. Richard no había dicho -Te quiero-; pero la cogía de la mano. Esto es felicidad, esto, pensó.

-Pero por qué tengo yo que invitar a mis fiestas a todas las mujeres aburridas de Londres? -dijo Clarissa-. Y si la señora Marsham diera una fiesta, ¿invitaba ella a sus amigas?

-Pobre Ellie Henderson -dijo Richard, era muy extraño lo mucho que a Clarissa le importaban sus fiestas, pensó.

Sin embargo, Richard no tenía ni idea del aspecto que debía tener una sala. Ahora bien... ¿qué es lo que iba a decir?

Si ella se preocupaba por estas fiestas, no le permitiría darlas. ¿Le hubiera gustado haberse casado con Peter? Pero tenía que irse.

Tenía que salir, dijo levantándose. Pero se quedó parado un momento, como si estuviese a punto de decir algo; y ella se preguntaba... ¿qué? ¿Por qué? Estaban las rosas...

-¿Algún comité? -preguntó ella, mientras Richard abría la puerta.

-Los armenios -contestó él; o quizá dijera:- los albanos.

Y existe cierta dignidad en la gente; cierta soledad; incluso entre marido y mujer un abismo, y eso hay que respetarlo, pensó Clarissa, mirando cómo abría la puerta, porque es

algo de lo que una no quiere desprenderse, ni tampoco quitárselo, en contra de su voluntad, al marido, sin perder la independencia, la autoestima: algo que, al fin y al cabo, no tiene precio.

El volvió con una almohada y una colcha.

-Una hora de reposo absoluto después del almuerzo -dijo. Y se fue.

¡Típico de él! Seguiría diciendo «Una hora de reposo absoluto después del almuerzo» por los siglos de los siglos, porque un médico lo había mandado en alguna ocasión. Era típico suyo el tomar al pie de la letra lo que los médicos dijeran; era parte de su adorable y divina sencillez, que nadie tenía hasta ese punto, que le hacía dedicarse a sus asuntos mientras Peter y ella perdían el tiempo peleándose. Ya estaba a mitad de camino de la Cámara de los Comunes, de sus armenios, o albanos* después de dejarla en el sofá, mirando sus rosas. Y la gente diría: «Clarissa Dalloway es una consentida.» Le importaban mucho más sus rosas que los armenios. Hostigados, expulsados de la existencia, tullidos, helados, víctimas de la crueldad y la injusticia (se lo había oído decir una y mil veces a Richard)... pero no, no sentía nada por los albanos ¿o eran los armenios? En cambio, le encantaban sus rosas (¿acaso no era esto una ayuda para los armenios?), las únicas flores que podía soportar ver cortadas. Pero Richard ya estaba en la Cámara de los Comunes, en su comité, después de ayudarla a resolver todas sus dificultades. Bueno, no; por desgracia eso no era verdad: no se paró a escuchar las razones para no invitar a Ellie Henderson. Clarissa actuaría, por supuesto, según los deseos de Richard. Puesto que le había traído la almohada, se tumbaría... Pero..., pero... ¿por qué se sentía de repente, sin ninguna razón a su alcance, desesperadamente desgraciada? Como una persona que hubiera perdido una perla o un diamante en la hierba y apartara las grandes hojas con sumo cuidado, aquí y allá, y buscara en vano de un lado a otro, hasta que al fin atisba el objeto junto a las raíces..., así iba Clarissa de una cosa a otra. No, no fue Sally Seton la que dijo que Richard nunca llegaría a ser Ministro porque tenía un cerebro de segunda categoría (el asunto le volvía a la memoria); no, no era eso lo que le importaba; ni tampoco tenía que ver con Elizabeth y Doris Kilman; esto no eran más que hechos. Era un sentimiento, un sentimiento desagradable en otro momento del día, algo que Peter había dicho, combinado con alguna depresión propia, en su dormitorio, cuando se quitaba el sombrero; y algo de lo que Richard dijo se había añadido a ello. Pero ¿qué era? Estaban sus rosas. ¡Sus fiestas! ¡Eso era! ¡Sus fiestas! Ambos la habían criticado con muy mala fe, se habían burlado de ella muy injustamente, por lo de sus fiestas. ¡Eso era! ¡Eso era!

Bueno, ¿cómo iba a defenderse? Ahora que sabía de qué se trataba, se sentía perfectamente feliz. Ellos pensaban, o al menos Peter pensaba, que ella disfrutaba imponiéndose, que le gustaba estar rodeada de gente famosa, ilustres apellidos; en resumen, que era simplemente una snob. Bueno, puede que Peter pensara eso. Richard solamente consideraba una tontería por su parte que le gustara toda esa excitación, sabiendo que era perjudicial para su corazón. Era infantil, pensaba él. Pero ambos se equivocaban completamente. Lo que a ella le gustaba era, sencillamente, la vida.

-Es por eso que lo hago -le dijo, en voz alta, a la vida.

Como estaba tumbada en el sofá, enclaustrada, aislada, la presencia de esa cosa que sentía como algo tan obvio adquirió consistencia física: con vestidos hechos de los sonidos de la calle, soleada, de cálido aliento, susurrante, agitando las persianas. Pero supongamos que Peter le dijera: «Sí, sí, pero tus fiestas... ¿qué sentido tienen tus fiestas?» Entonces, todo lo que podría decir sería (y no esperaba que nadie lo comprendiera): Son una ofrenda, que sonaba horriblemente vago. Pero ¿quién era Peter para concluir que la vida no era más que un simple navegar? Peter, siempre enamorado, siempre enamorado de la mujer equivocada. ¿En qué consiste tu amor? podía preguntarle Clarissa. Y ya sabía su respuesta: que era lo más importante del mundo y que ninguna mujer podría entenderlo jamás. Muy bien. Pero ¿acaso algún hombre podía entender lo que ella quería decir? ¿Con la vida? No podía concebir que Peter o Richard se tomaran la molestia de dar una fiesta sin razón alguna.

Pero profundizando más, por debajo de lo que la gente decía (y esos juicios... ¡qué superficiales, qué fragmentarios son!), centrándose ahora en su propia mente, ¿qué significaba para ella esta cosa llamada vida? ¡Ay! Era muy extraño. Aquí estaba Fulano de Tal, en South Kensington, otro allá en Bayswater, y otro más en -pongamos- Mayfair. Y se sentía continuamente afectada por la existencia de estas personas; sentía el desperdicio, y sentía la lástima, y quería que pudieran juntarse todos; y eso es lo que hacía. Era una ofrenda: combinar, crear; pero ¿para quién?

Una ofrenda por amor a la ofrenda, quizá. En cualquier caso, éste era su don. Ninguna otra cosa tenía la menor importancia: no podía pensar, escribir, ni siquiera tocar el piano. Confundía a los armenios con los turcos, le encantaba tener éxito, odiaba la incomodidad, tenía que ser apreciada, decía tonterías a mares, y si en este momento le preguntaran qué era el Ecuador, no sabría decirlo.

De todos modos, que los días se sucedieran uno tras otro: miércoles, jueves, viernes, sábado, que te despertaras por la mañana, que vieras el sol, pasearas por el parque, te encontraras a Hugh Whitbread, que después entrara Peter de repente, luego las rosas, así era suficiente. Después de todo, ¡qué increíble era la muerte! Todo tiene que acabar, y nadie en el mundo llegaría a saber hasta qué punto había amado todo esto, hasta qué punto, a cada instante...

La puerta se abrió. Elizabeth sabía que su madre estaba descansando. Entró con mucho sigilo. Se quedó completamente quieta. ¿Es que algún mongol había naufragado en la costa de Norfolk (como decía la señora Hilbery) y se habría mezclado con las mujeres Dalloway, unos cien años atrás? Porque los Dalloway por lo general eran rubios y de ojos azules; Elizabeth, por el contrario, era morena, de ojos achinados en un cutis pálido, misterio oriental; y era dulce, considerada, tranquila. De niña, había tenido un perfecto sentido del humor. Sin embargo, ahora que tenía diecisiete años -el porqué, Clarissa no lo entendía en absoluto-, se había vuelto muy seria, como un jacinto envuelto en una vaina verde brillante, con capullos apenas tintados, un jacinto al que no le ha dado el sol.

Se quedó muy quieta y miraba a su madre, pero la puerta estaba entreabierta y fuera se encontraba la señorita Kilman, Clarissa lo sabía; la señorita Kilman con su impermeable, escuchando todo lo que dijeran.

Sí, la señorita Kilman estaba de pie en el rellano y llevaba un impermeable, pero tenía sus razones. En primer lugar, era barato; en segundo lugar, tenía más de cuarenta años y, a fin de cuentas, no vestía para agradar. Además, era pobre, pobre hasta la degradación. De lo contrario, no andaría aceptando trabajos de personas como los Dalloway, de la gente rica, a la que le gustaba ser amable. El señor Dalloway, la verdad sea dicha, había sido amable. Pero la señora Dalloway, no. Había sido simplemente condescendiente. Procedía de la clase más despreciable de todas: de los ricos, con un barniz de cultura. Tenían cosas caras por todas partes: cuadros, alfombras, montones de criados. Consideraba que tenía perfecto derecho a cualquier cosa que los Dalloway hicieran por ella.

La habían engañado. Sí, la palabra no era ninguna exageración, porque ¿no es cierto que una chica tiene derecho a algo de felicidad? Pues ella no había sido feliz nunca, por ser tan torpe y tan pobre. Y luego, justo cuando parecía que tenía una oportunidad en la escuela de la señorita Dolby, estalló la guerra. Nunca había sido capaz de decir mentiras. La señorita Dolby pensó que la señorita Kilman estaría más a gusto con personas que compartieran su opinión acerca de los alemanes. Tuvo que irse. Cierto que la familia era de origen alemán -el apellido se escribía Kiehlman en el siglo dieciocho-, pero mataron a su hermano. La echaron porque no quiso fingir que creía que todos los alemanes eran unos malvados. ¡Pero si tenía amigos alemanes! ¡Si los únicos días felices de su vida los había pasado en Alemania! Y después de todo, podía dar clases de historia. Había tenido que aceptar lo que le dieran. El señor Dalloway la había conocido cuando trabajaba en casa de los Friend. Le había permitido (y

eso era verdaderamente generoso por su parte) dar clases de historia a su hija. También le daba clases de cultura general, y eso. Entonces, Dios Nuestro Señor la visitó (y en este punto, siempre inclinaba la cabeza). Había visto la luz hace dos años y tres meses. Ahora ya no envidiaba a las mujeres como Clarissa Dalloway; las compadecía.

Las compadecía y despreciaba desde lo más hondo de su corazón, allí de pie en la blanda alfombra, mirando el viejo grabado de una niña pequeña con manguito. Mientras haya estos lujos, ¿qué esperanza había de que mejoraran las cosas? En lugar de quedarse tumbada en un sofá -«Mi madre está descansando», había dicho Elizabeth- tendría que haber estado en una fábrica, detrás de un mostrador; ¡la señora Dalloway y todas las demás señoras finolis!

Amargada e indignada, la señorita Kilman había entrado en una iglesia hace dos años y tres meses. Había oído al Reverendo Edward Whittaker predicar, a los niños cantar; había visto cómo las luces solemnes descendían, y entonces, ya fuera por la música o por las voces (ella misma, cuando estaba sola, por la noche, encontraba consuelo en el violín; pero el sonido era desgarrador: no tenía oído), los sentimientos ardientes y turbulentos que hervían y saltaban en ella se habían apaciguado mientras estaba sentada allí, y había llorado copiosamente y había ido a visitar al señor Whittaker a su domicilio particular de Kensington. Era la mano de Dios, dijo él. El Señor le había mostrado el camino. Así pues, ahora, en cuanto los sentimientos dolorosos de indignación hervían en su interior, ese odio hacia la señora Dalloway, ese resquemor en contra del mundo, pensaba en Dios. Pensaba en el señor Whittaker. A la rabia le sucedía la calma. Una dulce savia llenaba sus venas, sus labios se entreabrían y, de pie en el rellano como una formidable figura, con su impermeable, miró con decidida y siniestra serenidad a la señora Dalloway, que salía con su hija.

Elizabeth dijo que había olvidado sus guantes. Era porque la señorita Kilman y su madre se odiaban. No podía soportar verlas juntas. Subió corriendo a por sus guantes.

Pero la señorita Kilman no odiaba a la señora Dalloway. Volviendo sus ojos de color grosella sobre Clarissa, observando su carita rosada, su delicado cuerpo, su aire de frescura y de elegancia a la última, la señorita Kilman pensaba: ¡Estúpida! ¡Boba! ¡Tú no has conocido pena ni placer; has desperdiciado tu vida en nimiedades! Y surgía en ella entonces un poderosísimo deseo de vencerla, de desenmascararla. Si hubiese podido derribarla, eso la habría aliviado. Pero no se trataba del cuerpo, era el alma y su burla lo que quería someter, hacerle sentir su dominio. Si pudiera hacerla llorar, si pudiera destruirla, humillarla, hacerla caer de rodillas gritando: ¡Tienes razón! Pero ésta era la voluntad de Dios, no de la señorita Kilman. Sería una victoria religiosa. Y así era su mirada: fulgurante.

Clarissa quedó verdaderamente escandalizada. ¡Y ésta es una cristiana, esta mujer! ¡Esta mujer le había quitado a su hija! ¡Ella, en contacto con presencias invisibles! ¡Pesada, fea, vulgar, sin gracia ni dulzura, conoce el significado de la vida!

-¿Se lleva usted a Elizabeth a los Almacenes? -preguntó la señora Dalloway.

La señorita Kilman contestó que sí. Se quedaron de pie. La señorita Kilman no pensaba ser amable. Siempre se había ganado el pan. Sus conocimientos de historia moderna eran extremadamente profundos. De sus escasos ingresos conseguía ahorrar algo para las causas en las que creía, mientras que esta mujer no hacía nada, no creía en nada, educaba a su hija... Y aquí estaba Elizabeth -el aliento un tanto entrecortado-, la hermosa muchacha.

Así que se iban a los Almacenes. Y era extraño, mientras la señorita Kilman seguía ahí de pie (y bien plantada que estaba, poderosa y taciturna como un monstruo prehistórico, acorazado para la guerra primigenia), cómo, segundo a segundo, la idea que tenía de ella se empequeñecía, cómo el odio (hacia las ideas, no hacia la gente) se desmoronaba, cómo perdía su malignidad, su tamaño, y volvía a ser, segundo a segundo, simplemente la señorita Kilman, con su impermeable, a quien, bien lo sabe Dios, Clarissa le hubiera gustado ayudar.

Ante tal reducción del monstruo, Clarissa se echó a reír. Despidiéndose, se reía.

Juntas, la señorita Kilman y Elizabeth, se fueron escaleras abajo.

En un súbito impulso, con violenta angustia, porque esta mujer le estaba quitando a su hija, Clarissa se asomó a la barandilla y gritó:

-¡Recuerda la fiesta! ¡Recuerda nuestra fiesta esta noche!

Pero Elizabeth ya había abierto la puerta de la calle; pasaba un camión; no contestó.

¡Amor y religión! pensó Clarissa, volviendo a la sala de estar, temblando por todas partes. ¡Qué detestables, qué detestables son! Porque ahora que no tenía delante el cuerpo de la señorita Kilman, la subyugaba -la idea, esto es. Las cosas más crueles del mundo, pensaba, viéndola torpe, irritada, dominante, hipócrita, escuchando tras la puerta, celosa, infinitamente cruel y carentes de escrúpulos, con un impermeable, en el rellano; amor y religión. ¿Había intentado alguna vez convertir a alguien? ¿Acaso no deseaba que todo el mundo fuese sí mismo? Y miró por la ventana, a la vieja de enfrente que subía las escaleras. Que suba las escaleras si quiere, que se detenga; y luego, tal y como Clarissa a menudo la había visto hacer, que llegue hasta su dormitorio, abra las cortinas y desaparezca de nuevo en el interior de la casa. En cierto modo, una respetaba eso: esa anciana mirando por la ventana, sin saber que la están observando. Había algo solemne en ello... pero el amor y la religión lo destruirían, sea lo que sea, la intimidad del alma. La odiosa Kilman lo destruiría. Y sin embargo, era una visión que le daba ganas de llorar.

El amor también destruía. Todo lo que era bueno, todo lo que era verdad se iba. Por ejemplo Peter Walsh. Un hombre, encantador, inteligente, con ideas acerca de todo. Si querías saber algo acerca de -pongamos- Pope, o de Addison, o simplemente decir tonterías, qué aspecto tenía la gente, cuál era el significado de las cosas, Peter lo sabía mejor que nadie. Era Peter el que la había ayudado; el que le había prestado libros. Pero había que ver a las mujeres que había amado: vulgares, triviales, banales. Había que ver a Peter enamorado: iba a verla después de todos estos años, y ¿de qué hablaba? De él mismo. ¡Qué pasión tan horrible!, pensó. ¡Qué pasión tan degradante!, pensó, recordando a Kilman y a su Elizabeth que caminaban hacia los almacenes de la Cooperativa Militar.

Big Ben dio la media.

Qué cosa tan extraordinaria, qué extraño, sí, qué conmovedor, el ver a la vieja (habían sido vecinas durante tantísimo tiempo) retirarse de la ventana, como si estuviese ligada a ese sonido, a esa cuerda. Gigantesco como era, guardaba alguna relación con ella. Abajo, abajo fue descendiendo el dedo, más y más, hasta el centro de las cosas corrientes, haciendo que el momento fuese solemne. Se vio obligada -así lo imaginaba Clarissa- por ese sonido, a moverse, a irse, pero... ¿a dónde? Clarissa intentó seguirla cuando se dio la vuelta y desapareció, y todavía pudo vislumbrar su gorra blanca moviéndose al fondo del dormitorio. Ella seguía allí, moviéndose al otro extremo de la habitación. ¿Por qué tantos credos, rezos e impermeables? ya que -pensó Clarissa- ahí está el milagro, ahí está el misterio, esa anciana, quería decir, a la que veía ir de la cómoda al tocador. Aún la veía. Y el misterio supremo que Kilman podía decir que había resuelto, o que Peter podía decir haber resuelto, aunque Clarissa no creía que ninguno de los dos tuviera la menor idea de cómo resolverlo, era sencillamente éste: aquí había una habitación; allí otra. ¿Acaso la religión era capaz de resolver eso, o quizá el amor?

El amor... En éstas entró el otro reloj, el que sonaba siempre dos minutos después de Big Ben, arrastrando los pies, con el regazo lleno de cachivaches, que tiró al suelo como si Big Ben estuviese encantado con su majestad, dictando las leyes, tan solemne, tan justo, pero tenía que acordarse de toda clase de cosillas además -la señora Marsham, Ellie Henderson, copas para el helado- toda clase de cosillas que llegaron como una riada, saltando y danzando, al eco de ese toque solemne que yacía como un lingote de oro en el mar. La señora Marsham, Ellie Henderson, copas para el helado. Tenía que telefonear inmediatamente.

Voluble, ruidoso, el reloj retrasado sonó, entrando al eco del Big Ben, con el regazo lleno de trastos. Golpeado, roto por el asalto de los coches, por la brutalidad de los camiones,

por el avanzar entusiasta de miles de hombres angulosos, de vistosas mujeres, por las cúpulas y agujas de los edificios de oficinas y los hospitales, los últimos vestigios de ese regazo lleno de cachivaches parecieron quebrarse, como la llovizna de una ola exhausta, y caer sobre el cuerpo de la señorita Kilman, que se había detenido en la calle unos instantes para decir «Es la carne».

Era la carne lo que debía controlar. Clarissa Dalloway la había insultado. Eso sí que se lo esperaba. Pero no había triunfado: no había dominado la carne. Fea y torpe, Clarissa Dalloway se había reído de ella; y había resucitado sus deseos carnales, porque le molestaba tener ese aspecto frente a Clarissa. Tampoco podía hablar como lo había hecho. Pero ¿por qué desear parecerse a ella? ¿Por qué? Despreciaba a la señora Dalloway desde lo más hondo de su corazón. No era seria. No era buena. Su vida era un tejido de vanidad y engaño. Y sin embargo Doris Kilman había sido vencida. Es más: poco le faltó para echarse a llorar cuando Clarissa Dalloway se rió de ella. «Es la carne, es la carne», murmuró (pues era costumbre suya hablar en alto), en un intento de dominar este sentimiento turbulento y doloroso, mientras caminaba por Victoria Street. Le rogaba a Dios. No podía evitar ser fea, no podía permitirse comprar ropa cara. Clarissa Dalloway se había reído... pero se concentraría en otra cosa hasta llegar al buzón. Por lo menos tenía a Elizabeth. Pero iba a pensar en otra cosa; pensaría en Rusia; hasta llegar al buzón.

Qué bien se debe estar en el campo, dijo mientras luchaba, tal y como se lo había indicado el señor Whittaker, contra ese violento resentimiento hacia el mundo que la había despreciado, que se había mofado de ella, la había repudiado, empezando con esta vergüenza: el castigo de su odioso cuerpo que resultaba insoportable a la vista de la gente. Se peinara como se peinara, la frente le quedaba como un huevo: calva, blanca. No había ropa que le sentara bien. Comprase lo que comprase. Y para una mujer esto sin duda significaba no tener trato alguno con el sexo opuesto. Jamás sería la primera para ninguno. Últimamente, le parecía a veces que exceptuando a Elizabeth, sólo vivía para la comida, sus consuelos, su cena, su té, su bolsa de agua caliente por la noche. Pero una debía luchar, vencer, tener fe en Dios. El señor Whittaker había dicho que ella estaba ahí para algún propósito. Pero ¡nadie sabía a costa de qué sufrimiento! Señalando el crucifijo, él dijo que Dios lo sabía. Pero ¿por qué tenía ella que sufrir mientras otras mujeres, como Clarissa Dalloway, se libraban? El conocimiento llega a través del sufrimiento, dijo el señor Whittaker.

Había rebasado el buzón y Elizabeth ya había entrado en el departamento aséptico y oscuro como el tabaco de los almacenes de la Cooperativa Militar y ella seguía mascullando para sus adentros lo que el señor Whittaker había dicho del conocimiento que se alcanza a través del sufrimiento y de la carne. «La carne», murmuró.

¿Qué departamento quería?, dijo Elizabeth interrumpiéndola.

-Enaguas -contestó bruscamente, y se metió en el ascensor sin vacilar.

Subieron. Elizabeth la guiaba de un lado a otro; la guiaba mientras seguía abstraída, como si fuese una niña crecida, un aparatoso barco de guerra. Ahí estaban las enaguas: marrones, decorosas, a rayas, frívolas, sólidas, ligeras, y ella escogió, en su abstracción, portentosamente, y la dependienta que la atendía pensó que estaba loca.

Elizabeth se preguntaba, mientras hacían el paquete, qué pensaba la señorita Kilman. Tenían que tomar el té, dijo la señorita Kilman recobrando sus sentidos, sobreponiéndose. Tomaron el té.

Elizabeth se preguntaba si era posible que la señorita Kilman tuviera hambre. Era esa manera de comer que tenía, de comer con intensidad, para luego mirar, una y otra vez, a la bandeja de pasteles azucarados en la mesa de al lado, y luego, si una señora y un niño se sentaban y el niño cogía el pastel, ¿es que eso le molestaba a la señorita Kilman? Pues sí, se molestaba. Había deseado ese mismo pastel, el de color rosa. El placer de comer era casi el único placer puro que le quedaba, ¡y hasta en eso se quedaba in albis!

Cuando la gente es feliz, tiene una reserva a la que recurrir, le había dicho a Elizabeth, mientras que ella era una rueda sin neumático (le gustaba esa clase de metáforas), sacudida por todas las piedras... Eso decía, un día que se quedó después de la clase, de pie junto a la chimenea, con su bolsa de libros -la llamaba su «cartera de colegial»-, un martes por la mañana, después de terminar la clase. Y también hablaba de la guerra. Después de todo, había gente que no pensaba que los ingleses tuvieran siempre la razón. Había libros. Había debates. Había otros puntos de vista. ¿Le gustaría a Elizabeth ir con ella a escuchar a Fulanito de Tal? (un viejo de aspecto verdaderamente extraordinario). Después, la señorita Kilman la llevó a cierta iglesia de Kensington y tomaron el té con un clérigo. Le había prestado libros. El derecho, la medicina, la política, todas las profesiones están abiertas a las mujeres de tu generación, decía la señorita Kilman. Pero en lo que a ella se refería, su carrera estaba absolutamente arruinada, y ¿era culpa suya? Por Dios bendito, dijo Elizabeth, no.

Su madre entraba diciendo que había llegado una cesta de Bourton y si la señorita Kilman querría unas flores. Con la señorita Kilman siempre era muy, muy amable, pero la señorita Kilman apretujaba las flores todas juntas en un ramo y era incapaz de mantener cualquier conversación ligera, y lo que interesaba a la señorita Kilman aburría a su madre y las dos se encontraban siempre muy a disgusto juntas: la señorita Kilman se hinchaba y parecía de lo más vulgar, pero la señorita Kilman era tremendamente lista. Elizabeth nunca había pensado en los pobres. Ellos vivían con todo lo que necesitaban: su madre tomaba el desayuno en la cama todos los días, Lucy se lo subía a su habitación; y le gustaban las mujeres mayores porque eran Duquesas y descendientes de algún Lord. Pero la señorita Kilman dijo (uno de esos martes por la mañana, una vez terminada la clase): «Mi abuelo tenía una tienda de pinturas en Kensington.» La señorita Kilman era muy diferente de cualquiera que conociese; hacía que una se sintiese tan pequeña.

La señorita Kilman tomó otra taza de té. Elizabeth, con su aire oriental, su misterio inescrutable, se mantenía perfectamente erguida en su asiento; no, no quería nada más. Buscó sus guantes -sus guantes blancos. Estaban bajo la mesa. ¡Ah, pero no podía irse! ¡La señorita Kilman no la dejaba marchar! ¡Esa joven, que era tan bella! ¡Esa niña, a la que amaba de verdad! Su gran mano se abrió y cerró sobre la mesa.

Pero ahora ya se estaba aburriendo, sintió Elizabeth. Y de verdad que tenía ganas de irse.

Pero la señorita Kilman dijo: -Todavía no he terminado.

En tal caso, naturalmente, Elizabeth se esperaría. Pero el ambiente estaba un tanto cargado aquí.

-¿Vas a ir a la fiesta esta noche? -preguntó la señorita Kilman. Elizabeth suponía que sí; su madre quería que fuese. No debía dejar que las fiestas la absorbieran, dijo la señorita Kilman mientras toqueteaba el último pedazo de pastelillo de chocolate.

No le gustaban demasiado las fiestas, dijo Elizabeth. La señorita Kilman abrió la boca, adelantó ligeramente la barbilla y engulló el último trozo de pastelillo de chocolate, luego se limpió los dedos y revolvió el té de su taza.

Estaba a punto de partirse en dos. La angustia era espantosa. Si pudiese atraparla, si pudiese agarrarla, si pudiese hacerla absolutamente suya para siempre y luego morir, eso era todo lo que quería. Pero estar ahí sentada, incapaz de pensar ni de decir nada, viendo cómo Elizabeth se volvía contra ella, ver cómo incluso a ella le resultaba desagradable, era demasiado; no podía soportarlo. Los gruesos dedos se replegaron.

-No voy nunca a las fiestas -dijo la señorita Kilman, con el solo propósito de retener a Elizabeth-. La gente no me invita a las fiestas -y sabía, al decir esto, que su egotismo era la razón de su fracaso; el señor Whittaker la había puesto en guardia, pero ella no podía remediarlo. Había sufrido terriblemente-. ¿Por qué iban a invitarme? -dijo-. Soy vulgar, soy triste -sabía que era estúpido. Pero era toda esa gente pasando por allí, gente que llevaba

paquetes, que la despreciaba, la que le hacía decir esas cosas. Pese a todo, ella era Doris Kilman. Tenía su carrera. Era una mujer que se había abierto camino en la vida. Su conocimiento en materia de historia moderna era más que respetable.

-No me compadezco a mí misma -dijo-. Compadezco a... -quería decir «a tu madre», pero no, no podía, a Elizabeth no- compadezco mucho más a otras personas.

Como una pobre criatura a la que han llevado hasta una puerta por algún motivo desconocido, y se queda ahí, impaciente por marcharse al galope, Elizabeth Dalloway seguía sentada en silencio. ¿Iría a decir algo más la señorita Kilman?

-No me olvides del todo -dijo Doris Kilman. Su voz temblaba. Y al momento, aterrorizada, la pobre criatura se alejó al galope hasta el final de la pradera.

La manaza se abrió y cerró.

Elizabeth volvió la cabeza. Se acercó la camarera. Había que pagar en caja, dijo Elizabeth, y se marchó, arrancándole -así lo sintió la señorita Kilman- las mismísimas entrañas, estirándolas a través de la sala mientras la cruzaba, y finalmente, con un último giro, saludó muy educadamente con la cabeza y se fue.

Se había ido. La señorita Kilman se quedó sentada ante la mesa de mármol entre los pastelillos, sacudida una, dos, tres veces por espasmos de sufrimiento. Se había ido. La señora Dalloway había triunfado. Elizabeth se había ido. La belleza se había ido; la juventud se había ido.

Y así se quedó, ahí en la mesa. Se levantó, anduvo con torpeza entre las mesitas, casi dando tumbos, alguien la alcanzó con la enagua que se había dejado, y se perdió, se perdió entre baúles especialmente preparados para que los llevaran a la India. A continuación, llegó a la sección de artículos para recién nacidos, anduvo entre todas las mercancías del mundo, perecederas y perdurables, jamones, drogas, flores, papel y artículos de escritorio, olores variopintos, unas veces dulces, otras amargos, vagando; y se veía así vagando, con el sombrero ladeado, el rostro muy colorado, en un espejo de cuerpo entero; y por fin salió a la calle.

La torre de la catedral de Westminster se alzaba ante ella, la morada de Dios. En medio del tráfico estaba la morada de Dios. Con tenacidad, se dirigió con su paquete hacia aquel otro santuario, la Abadía, donde, levantando ante su cara sus manos en forma de tienda de campaña, tomó asiento junto a aquéllos que también buscaban cobijo, los variopintos creyentes, despojados ahora de su rango social y casi de su sexo, las manos levantadas ante el rostro. Pero en cuanto las retiraban, instantáneamente se volvían hombres y mujeres ingleses de clase media, devotos, deseosos algunos de ellos, de ver las figuras de cera.

Pero la señorita Kilman mantuvo la tienda de campaña ante su cara. Abandonada un momento, acompañada el siguiente, nuevos creyentes llegaron de la calle para sustituir á los transeúntes, y ella seguía, mientras la gente miraba la iglesia y pasaba arrastrando los píes junto á la tumba del Soldado Desconocido, seguía cubriéndose los ojos con los dedos, intentando, en esa doble oscuridad -porque la luz en la Abadía era incorpórea-, elevar sus aspiraciones por encima de las vanidades, de los deseos, de las mercancías, intentando deshacerse tanto del odio como del amor. Le temblaban las manos. Parecía estar luchando. Y sin embargo, para otros Dios era accesible y el camino hacia El resultaba apacible. El señor Fletcher, funcionario jubilado de Hacienda, la señora Gorham, viuda del famoso Consejero Real, se acercaban á El con toda sencillez y, una vez terminadas sus oraciones, se reclinaban y gozaban de la música (el órgano sonaba con dulzura), y veían á la señorita Kilman al otro extremo del banco, rezando, rezando,... y, como ellos aún estaban en el umbral de su infierno, compartían su sentir, la veían como un alma que vagaba por su mismo territorio; un alma hecha de sustancia inmaterial; no una mujer, un alma.

Pero el señor Fletcher tenía que irse. Tuvo que pasar junto á ella y, dado que iba pulcro y aseado como un figurín, no pudo menos que sentir cierta lástima por el desaliño de

la pobre mujer: el pelo suelto, su paquete en el suelo. No lo dejó pasar inmediatamente. Sin embargo, al quedarse mirando á su alrededor, á los mármoles blancos, las vidrieras grises y los tesoros acumulados (porque se sentía muy orgulloso de la Abadía), el tamaño de esa mujer, su robustez y su fuerza -mientras seguía ahí, cambiando de vez en cuándo las rodillas de postura (tan riguroso era el camino hacía su Dios, tan fuertes sus deseos)- lo impresionaron, como ya habían impresionado á la señora Dalloway (no pudo quitársela de la cabeza en toda la tarde), al Reverendo Eduward Whittaker también á Elizabeth.

Y Elizabeth estaba esperando el autobús en Victoria Street. Era tan agradable estar al aire libre. Pensó que quizá no tenía por qué volver á casa enseguida. Era tan agradable estar tomando el aire. Así pues, iba á tomar un autobús. Y ya empezaba, ya, ella ahí con su ropa de impecable corte, ya empezaba.... La gente empezaba á compararla con los álamos,
con el despuntar del alba, los jacintos, los ciervos, el agua viva y los lirios; y eso hacia de su vida una pesada carga, porque antes prefería que la dejasen tranquila para hacer lo que quisiera en el campo, pero ellos la comparaban con los lirios, y tenía que asistir á fiestas, y Londres resultaba muy soso comparado con la vida en el campo, sola con su padre y los perros.

Los autobuses pasaban con rapidez, se paraban, arrancaban de nuevo: llamativas caravanas pintadas de rojo y amarillo. Pero ¿cuál de ellos tenía que coger? No le importaba. Claro que no iba á darse prisa. Tenía tendencia á la pasividad. Era expresión lo que le hacía falta, aunque sus ojos eran bonitos, achinados, orientales y, como decía su madre, con esos hombros tan bonitos y su erguido porte, siempre resultaba encantadora. Además, últimamente, sobre todo por la noche, cuándo demostraba interés por algo -porque nunca parecía entusiasmada-, estaba casi guapa, muy señorial, muy serena. ¿Qué andaría pensando? Todos los hombres se enamoraban de ella, v estaba verdaderamente harta. Y la cosa estaba empezando. Su madre se daba cuenta: los cumplidos estaban empezando. El hecho de que a Elizabeth no le interesara más -la ropa, por ejemplo- preocupaba á veces á Clarissa, pero quizá no fuera tan grave, considerando todos esos hámsters y cachorros á los que procuraba proteger del moquillo, y. además le daba cierto encanto. Y ahora está extraña amistad con la señorita Kilman. Bueno, pensaba Clarissa á eso de las tres de la madrugada mientras leía al Barón Marbot porque no podía dormir, eso demuestra que tiene su corazoncito.

De pronto, Elizabeth dio un paso al frente y sin problema alguno subió al autobús, delante de todo el mundo. Tomo un asiento en el piso de arriba. La impetuosa criatura -un pirata- arranco con violencia, con un salto; Elizabeth tuvo que sujetarse á la barandilla para recomponerse, porque sin duda era un pirata: imprudente, sin escrúpulos, marchando sin piedad, girando peligrosamente, agarrando con audacia á un pasajero, o ignorando á un pasajero, escurriéndose, arrogante, como una anguila, y- luego lanzándose á toda vela Whitehall arriba. Y acaso Elizabeth pensó una sola vez en la pobre señorita Kilman, que la amaba sin celos, para quien ella había sido un ciervo en libertad, una luna en el prado. Era feliz de ser libre. El aire fresco era tan delicioso. Tan cargado que estaba el ambiente en los almacenes de la Cooperativa Militar. Y ahora era como montar a caballo, al galope, Whitehall arriba; a cada movimiento del autobús el precioso cuerpo enfundado en la chaqueta parda reaccionaba como el de un jinete, como un mascarón de proa -porque la brisa la despeinaba ligeramente-; el calor daba a sus mejillas la palidez de la madera pintada de blanco, y sus bonitos ojos, sin otros ojos en que fijarse, miraban hacia adelante, vacíos, brillantes, con la fija e increíble inocencia de una escultura.

Era esa insistencia en hablar constantemente de su propio sufrimiento lo que hacía de la señorita Kilman una persona tan difícil. Y ¿tenía razón? Si participar en comités y dedicar horas y horas de su tiempo diariamente (casi nunca lo veía cuando estaba en Londres) suponía alguna ayuda para los pobres, su padre lo hacía, Dios sabe que sí, si eso era lo que la señorita Kilman quería decir con lo de ser cristiano; pero era muy difícil afirmar tal cosa. Le

gustaría ir un poco más lejos. ¿Un penique más, hasta el Strand? ¿Sí? Entonces, ahí va el penique. Iba a recorrer el Strand.

Le gustaba la gente enferma. Y todas las profesiones están abiertas a las mujeres de tu generación, decía la señorita Kilman. Así que podía ser médico. Podía ser granjera. Los animales se ponen enfermos a menudo. Podía tener mil acres de terreno y gente a sus órdenes. Iría a visitarlos a sus casas. Esto era Somerset House. Una podía ser muy buena granjera, cosa que, curiosamente -aunque la señorita Kilman fuera parcialmente responsable de ello-, se debía casi por completo a Somerset House. Tan espléndido, tan serio, ese gran edificio gris. También le gustaba la sensación de ver trabajar a la gente. Le gustaban esas iglesias, como formas de papel gris, plantándole cara al fluir del Strand. Esta zona era bastante diferente de Westminster, pensó, apeándose en Chancery Lane. Era tan seria, era tan activa. En suma, le gustaría tener una profesión. Le gustaría ser médico, granjera, posiblemente entrar en el parlamento si lo consideraba necesario... Todo ello debido al Strand.

Los pies de esa gente ocupada en sus actividades, las manos colocando piedra sobre piedra, las mentes eternamente ocupadas no en palabrerías triviales (comparar a las mujeres con los álamos, cosa bastante sugerente, pero muy tonta), sino en pensar en los barcos, los negocios, las leyes, la administración; y todo era tan señorial (estaba en el Temple), alegre (ahí estaba el río), piadoso (ahí estaba la iglesia), que le hizo tomar la firme decisión, dijera su madre lo que dijese, de ser granjera o médico. Claro que, desde luego, era algo perezosa.

Y más valía no hablar del asunto. Parecía tan tonto. Era la clase de cosas que a veces ocurrían cuando una estaba sola: edificios sin nombre de arquitecto, masas de gente que regresaba de la Citys y que tenía más poder que los clérigos solteros de Kensington, más poder que cualquiera de los libros que la señorita Kilman le había prestado, para estimular aquello que yacía adormecido, torpe y retraído en el suelo arenoso de la mente, para abrir una brecha en la superficie, como un niño que de pronto estirara los brazos; quizá era sólo eso, un suspiro, un estirón de brazos, un impulso, una revelación, que tiene efecto permanente y que luego vuelve a caer en el suelo arenoso. Tenía que irse a casa. Tenía que vestirse para la cena. Pero, ¿qué hora era? ¿Dónde había un reloj?

Enfiló la mirada Fleet Street arriba. Caminó un poquito hacia la catedral de St. Paul, tímidamente, como alguien que entra de puntillas, explorando de noche una casa extraña, a la luz de una vela, temeroso de que el dueño abra de repente la puerta de su dormitorio y le pregunte qué andaba buscando; tampoco se atrevía a alejarse por las callejas raras, por las bocacalles tentadoras, como tampoco se hubiera atrevido en una casa extraña a abrir puertas que pudieran ser las de algún dormitorio, o de cuartos de estar, o que abrieran directamente a la despensa. Porque ningún Dalloway bajaba al Strand a diario; ella era una pionera, una extraviada que, confiada, se había aventurado.

En muchos aspectos, pensaba su madre, era extremadamente inmadura, como una niña todavía, apegada a las muñecas, a las zapatillas viejas; un bebé absoluto, y eso era encantador. Pero claro, por otro lado, había una tradición de servicio público en la familia Dalloway. Abadesas, rectoras, directoras de escuela, dignatarias, en la república de las mujeres -sin que ninguna de ellas fuera brillante-, eso fueron. Penetró un poco más en dirección a St. Paul. Le gustaba la afabilidad, hermandad y maternidad de este tumulto. Le parecía bueno. El ruido era tremendo; de repente tronaron unas trompetas (los desempleados), por encima del tumulto; música militar; como si la gente estuviese desfilando; y sin embargo, si hubiesen estado muriéndose, si alguna mujer hubiese echado su último suspiro, y cualquiera que estuviese mirando, al abrir la ventana del cuarto en el que aquella mujer acababa de realizar ese acto de suprema dignidad, hubiera mirado a Fleet Street, a ese tumulto, esa música militar le habría llegado triunfante, consoladora, indiferente.

No se trataba de algo consciente. No había en ello reconocimiento de la fortuna o del destino de uno, y por esa misma razón precisamente, incluso para los que estaban deslumbra-

dos contemplando los últimos temblores de la conciencia en el rostro de los moribundos, era consolador.

El olvido de la gente puede resultar hiriente, su ingratitud corrosiva, pero esta voz, fluyendo sin fin, año tras año, lo absorbería todo, sea lo que fuere: esta promesa, este camión, esta vida, esta procesión; los envolvería a todos y se los llevaría a cuestas, como el hielo en el rudo caudal de un glaciar atrapa una esquirla de hueso, un pétalo azul, unos robles, y los arrastra consigo.

Pero era más tarde de lo que pensaba. A su madre no le gustaría que estuviera vagando sola de esta manera. Dio media vuelta y volvió al Strand.

Un soplo de viento (a pesar del calor, hacía bastante viento) corrió un fino velo negro sobre el sol y sobre el Strand. Los rostros se difuminaron, los autobuses de repente perdieron su brillo. Porque, aunque las nubes eran de un blanco montañoso, como para que a uno le apeteciese sacarles duras astillas con un machete, con amplias laderas doradas, prados de jardines de celestiales placeres en sus flancos, y aunque tenían todo el aspecto de locales habitados dispuestos para la celebración de un congreso de los dioses sobre el mundo, había un perpetuo movimiento entre ellas. Se intercambiaban señales cuando, como si estuvieran siguiendo un plan previamente trazado, de pronto una cumbre se encogía, luego todo un bloque de tamaño piramidal que había mantenido su posición sin alterarse, avanzaba hacia el centro, o solemne encabezaba la procesión hacia un nuevo anclaje. Por muy fijos que pareciesen en sus puestos, descansando en perfecta unanimidad, nada era más fresco, más libre, más superficialmente sensible que la superficie blanca como nieve o bañada de oro; cambiar, quitar, desmantelar el solemne montaje era inmediatamente posible; y, a pesar de la grave fijeza, de la acumulada robustez y solidez, proyectaban sobre la tierra luz en un momento, oscuridad en el siguiente.

Con tranquilidad y competencia, Elizabeth Dalloway se montó en el autobús de Westminster.

Idas y venidas, guiños, señales, eso era la luz y las sombras que ahora volvían gris la pared y amarillo chillón los plátanos y luego pintaba el Strand de gris y los autobuses de amarillo chillón, eso pensaba Septimus Warren Smith tumbado en el sofá del cuarto de estar; mirando cómo el oro líquido se encendía y apagaba en las rosas y en el papel de las paredes con la asombrosa sensibilidad de un ser vivo. Fuera, los árboles arrastraban sus hojas como redes por las profundidades del aire; el sonido del agua estaba en la habitación y a través de las olas llegaban las voces de unos pájaros que cantaban. Todos los poderes vertían sus tesoros sobre su cabeza y su mano estaba ahí en el respaldo del sofá, tal y como la había visto al bañarse, flotando, en la cresta de las olas, mientras a lo lejos en la costa oía a los perros ladrar y ladrar a lo lejos. No temas más, dice el corazón en el cuerpo; no temas más.

No tenía miedo. En todo momento, la Naturaleza con un guiño divertido como aquel punto dorado que se movía por la pared -allí, allí, allí- indicaba su decisión de mostrar -blandiendo sus plumas, sacudiendo sus trenzas, echando su manto al vuelo de un lado a otro, con hermosura, siempre con hermosura, y acercándose para musitar entre sus manos huecas las palabras de Shakespeare- su significado.

Rezia, sentada a la mesa, manoseando un sombrero, lo miraba; lo veía sonreír. Estaba contento pues. Pero no podía

soportar verle sonreír. Aquello no era un matrimonio; un mando no tenía por qué tener siempre aquel aspecto tan raro, siempre con sobresaltos, riéndose, sentado hora tras hora en silencio, o agarrándola y diciéndole que escribiera. El cajón de la mesa estaba lleno de aquellos escritos: la guerra, Shakespeare, grandes descubrimientos; que la muerte no existía. Últimamente, se había puesto excitadísimo sin motivo alguno (y tanto el doctor Holmes como Sir William Bradshaw dijeron que la excitación era lo peor que le podía pasar), y agitaba las manos ¡gritando que sabía la verdad! ¡Lo sabía todo! Ese hombre, su amigo que

había muerto, Evans, había llegado, decía. Estaba cantando detrás del biombo. Ella anotaba lo que él decía. Algunas cosas eran muy hermosas; otras eran puras tonterías. Y siempre se detenía a medias, cambiando de opinión, queriendo añadir algo, oyendo algo nuevo, escuchando con la mano en alto. Pero ella no oía nada.

Y en una ocasión encontraron a la chica que limpiaba la habitación leyendo uno de los papeles a carcajadas. Fue algo horroroso. Porque hizo que Septimus se pusiera a gritar contra la crueldad humana: cómo se despedazan unos a otros. Los caídos, decía, los despedazan. «Holmes nos persigue», decía, e inventaba historias sobre Holmes: Holmes comiendo porridge Holmes leyendo a Shakespeare -y se echaba a rugir de risa o de rabia, porque el doctor Holmes parecía representar algo horroroso para él. «La naturaleza humana», lo llamaba. Y además estaban las visiones. Se había ahogado, solía decir, y yacía sobre un risco con las gaviotas chillando por encima de él. Se asomaba al respaldo del sofá a mirar las profundidades del mar. O bien oía música. En realidad, no era más que un organillo o un hombre gritando en la calle. «¡Qué bonito!», solía gritar, y las lágrimas empezaban a caer por sus mejillas, que para ella era lo más horrible de todo: ver que un hombre como Septimus, que había combatido, que era valiente, lloraba. Y ahí se quedaba tumbado, escuchando, hasta que de pronto gritaba que se caía, ¡que se caía en las llamas! De hecho, ella miraba si había llamas en algún sitio, tan real que era todo. Pero no había nada. Estaban solos en la habitación. Era un sueño, le decía ella, y así lo tranquilizaba al Fin, pero ella también se asustaba a veces. Suspiró, poniéndose a coser.

Su suspiro era tierno y encantador, como el viento que sale del bosque al atardecer. Dejaba las tijeras, se volvía hacia la mesa para coger algo. Un ligero movimiento, un leve tintineo, unos golpecitos originaron algo ahí en la mesa donde estaba sentada, cosiendo. Con los ojos entornados, él adivinaba su silueta borrosa, su menudo cuerpo negro, su cara y sus manos, sus movimientos hacia la mesa, cogiendo una bobina o buscando (tenía tendencia a perder las cosas) la seda. Estaba haciendo un sombrero para la hija casada del señor Filmer, que se llamaba... Había olvidado su nombre.

-¿Cómo se llama la hija casada del señor Filmer? -preguntó Septimus.

-Señora Peters -dijo Rezia. Temía que fuese demasiado pequeño, dijo, sosteniéndolo ante ella. La señora Peters era una mujer corpulenta; pero no le caía bien. Sólo porque la señora Filmer había sido muy buena con ellos-. Me regaló unas uvas esta mañana -dijo. Rezia quería hacer algo para demostrar que estaban agradecidos. Había entrado en la habitación la otra noche y se encontró allí a la señora Peters, que los creía fuera, escuchando música en el gramófono.

-¿De verdad? -preguntó Septimus. ¿Había puesto el gramófono? Sí; se lo había comentado entonces; se había encontrado a la señora Peters escuchando música en el gramófono.

Empezó, con mucho cuidado, a abrir los ojos, para ver si en efecto había un gramófono allí. Pero las cosas reales, reales de verdad, eran demasiado excitantes. Debía tener cuidado. No quería volverse loco. Empezó mirando las revistas de moda en el estante inferior, luego poco a poco el gramófono con su verde trompeta. Nada podía ser más exacto. Así, echándole valor, miró el aparador, la fuente de plátanos, el grabado de la Reina Victoria y el Príncipe Consorte, la repisa de la chimenea, con el jarrón de rosas. Ninguna de estas cosas se movía. Todas estaban inmóviles; todas eran reales.

-Tiene mala lengua, esa mujer -dijo Rezia.

-¿A qué se dedica el señor Peters? -preguntó Septimus.

-Ah, pues... -dijo Rezia, tratando de recordarlo. Le parecía que la señora Filmer le había comentado que trabajaba para alguna empresa-. Ahora mismo está en Hull -dijo.

-¡Ahora mismo! -dijo con su acento italiano. Ella misma lo había dicho. Septimus se puso la mano a modo de visera, para no ver más que un cachito del rostro de Rezia a la vez,

primero la barbilla, luego la nariz, luego la frente, por si acaso tuviese alguna deformidad o alguna horrorosa señal. Pero no, ahí estaba ella, perfectamente natural, cosiendo, con los labios fruncidos que ponen las mujeres, esa expresión que invariablemente tienen cuando están cosiendo. Pero no había nada horrendo en ella, se aseguró, mirando por segunda vez, y por tercera vez, el rostro de Rezia, sus manos, porque ¿qué había de aterrador o de repugnante en ella, ahí sentada a plena luz del día, cosiendo? La señora Peters tenía mala lengua. El señor Peters estaba en Hull. ¿A qué entonces rabiar y profetizar? ¿Por qué huir, atormentado y exilado? ¿Por qué las nubes habían de hacerle temblar y sollozar? ¿A qué buscar verdades y entregar mensajes, cuando Rezia estaba sentada, prendiendo alfileres en la delantera de su vestido y el señor Peters estaba en Hull? Milagros, revelaciones, angustias, soledad, caer a través del mar, precipitarse abajo, abajo, a las llamas, todo había desaparecido, porque tenía la sensación, mientras miraba a Rezia rematando el sombrero de paja de la señora Peters, de una colcha de flores.

-Es demasiado pequeño para la señora Peters -dijo Septimus.

¡Era la primera vez desde hacía días que hablaba como antes! Por supuesto que sí: absurdamente pequeño, dijo ella. Pero la señora Peters lo había elegido.

Septimus se lo quitó de las manos. Dijo que era un sombrero para el mono de un organillero.

¡Qué alegría se llevó Rezia con esto! Hacía semanas que no se reían tanto juntos, desternillándose en privado como la gente casada. Lo que quería decir es que si la señora Filmer hubiese entrado, o la señora Peters, o cualquiera, no habrían entendido de qué se estaban riendo Septimus y ella.

-¡Hala! -dijo ella, poniendo una rosa en la cinta del sombrero. ¡Nunca se había sentido tan feliz! ¡Nunca en la vida!

Pero esto era todavía más ridículo, dijo Septimus. Ahora la pobre mujer parecía un cerdo de feria. (Nunca nadie la hizo reír tanto como Septimus.)

¿Qué tenía en su caja de costura? Tenía cintas y cuentas de collar, borlas, flores artificiales. Lo volcó todo sobre la mesa. El empezó a juntar colores dispares porque, aunque era un desastre con las manos, aunque era incapaz hasta de hacer un paquete, tenía en cambio un ojo prodigioso, y a menudo acertaba, algunas veces resultaba absurdo, claro, pero otras maravillosamente acertado.

-¡Va a tener un sombrero precioso! -murmuró Septimus, tomando esto y aquello, Rezia arrodillada a su lado, mirando por encima de su hombro. Ahora ya estaba acabado, esto es, el diseño; ahora tenía que coserlo ella. Pero con mucho, mucho cuidado, dijo él, de manera que quedara exactamente como él lo había hecho.

Así pues, se puso a coser. Cuando cosía, pensó él, hacía un ruido como el de un cazo de agua en el fogón: burbujeando, murmurando, siempre hacendosa, pellizcando y pinchando con sus deditos fuertes y afilados, la aguja destellando, siempre recta. El sol ya podía entrar y salir, ir de las borlas al papel de la pared, que él esperaría, pensaba, estirando los pies, mirándose el calcetín caído en el pie al otro extremo del sofá, esperaría en este lugar caliente, en esta bolsa de aire en calma, al que se llega a veces al salir del bosque, al atardecer, cuando, debido a un hoyo en el suelo o a que los árboles están dispuestos de una particular manera (uno debe ser científico por encima de todo, científico), el calor forma una bolsa y el aire golpea la mejilla como el ala de un pájaro.

-Ya está -dijo Rezia, dándole vueltas al sombrero con la punta de los dedos-. Así está bien por ahora. Luego... su frase se deshizo en burbujas y goteó, ¡plic, plic, plic!, como un complacido grifo mal cerrado.

Era maravilloso. Nunca había hecho nada que le hiciese sentirse tan orgulloso. Tan real que era, tan consistente, el sombrero de la señora Peters.

-Míralo -dijo.

Sí, ella siempre sería feliz contemplando ese sombrero. Había llegado a ser él mismo en ese momento, se había reído en ese momento. Habían estado solos y juntos. Siempre le gustaría ese sombrero.

Septimus le pidió que se lo probara.

-Pero, ¡si seguro que voy a estar rarísima! -exclamó ella, corriendo al espejo y mirándose por un lado, luego por el otro. Y entonces se lo quitó de golpe, porque se oyó a alguien llamando a la puerta. ¿Sería Sir William Bradshaw? ¿Habría mandado ya a por él?

¡No! No era más que la chiquilla con el diario de la tarde. Lo que siempre ocurría, ocurrió entonces, lo que pasaba todas las noches de su vida. La chiquilla se chupaba el pulgar, en el umbral de la puerta; Rezia se arrodillaba; Rezia le hacía carantoñas y la besaba; Rezia sacaba una bolsa de dulces del cajón de la mesa. Porque así ocurría siempre. Primero lo uno, luego lo otro. Así lo construía ella: primero lo uno, luego lo otro. Bailando, saltando, dando vueltas y vueltas a la habitación. El cogió el periódico. Surrey ha perdido, leyó. Había una ola de calor. Rezia repitió: Surrey ha perdidos;, había una ola de calor, y las frases entraban en su juego con la nieta de la señora Filmer, ambas riendo, charloteando al mismo tiempo, en medio de su juego. El estaba muy cansado. Estaba contento. Se iba a acostar. Cerró los ojos. Pero en cuanto dejó de ver, los sonidos del juego se hicieron más y más extraños y tenues, y sonaban como los gritos de gente que busca sin encontrar, y que se aleja más y más. ¡Lo habían perdido!

Volvió en sí aterrado. ¿Qué veía? La fuente de plátanos sobre el aparador. Allí no había nadie (Rezia se había llevado a la niña a casa de su madre; era hora de irse a la cama). Eso era: quedarse solo para siempre. Esa fue la condena pronunciada en Milán cuando entró en la habitación y las vio recortando formas en tela de bocací con sus tijeras: quedarse solo para siempre.

Estaba solo, con el aparador y los plátanos. Estaba solo, vulnerable en aquella cumbre inhóspita, tumbado, pero no en la cima de una colina, no en un risco, sino en el sofá de la sala de estar de la señora Filmer. En cuanto a las visiones, los rostros, las voces de los muertos, ¿dónde estaban? Había un biombo frente a él, con juncos negros y golondrinas azules. Ahí donde antes había visto montañas, donde había visto caras, donde había visto belleza, había un biombo.

-¡Evans! -gritó. No hubo respuesta. El chillido de un ratón, o el roce de una cortina: ésas eran las voces de los muertos. Le quedaban el biombo, la pala del carbón, el aparador. Tenía pues que enfrentarse al biombo, a la pala de carbón, al aparador, pero Rezia irrumpió en la habitación, charlando.

Había llegado una carta. Todos los planes se habían alterado. Al final, la señora Filmer no iba a poder ir a Brighton. No había tiempo para avisar a la señora Williams, y Rezia pensaba que era verdaderamente muy, muy molesto, cuando de repente vio el sombrero y pensó que... quizá... podría hacer un pequeño... Su voz fue apagándose en satisfecha melodía.

-¡Maldita sea! -gritó (los juramentos de Rezia eran una broma entre ellos): se había roto la aguja. Sombrero, niño, Brighton, aguja. Rezia se lo montaba; primero una cosa, luego la otra, se lo iba montando mientras cosía.

Quería que Septimus le dijera si cambiando la rosa de sitio había mejorado el sombrero. Estaba sentada en un extremo del sofá. Eran perfectamente felices ahora, dijo ella de repente, dejando el sombrero. Sí, porque ya podía decirle cualquier cosa. Podía decir cualquier cosa que le pasara por la cabeza. Eso fue casi lo primero que había sentido con él, aquella noche en el café, cuando llegó con sus amigos ingleses. Había entrado, un tanto tímido, mirando a su alrededor, y se le había caído el sombrero cuando fue a colgarlo. De eso sí que se acordaba. Sabía que era inglés, aunque no uno de los ingleses corpulentos que su hermana admiraba, porque siempre fue delgado, aunque con un color muy fresco, y con su

gran nariz, sus ojos brillantes, su manera de sentarse un poco encorvado, le pareció, se lo había dicho muchas veces, un halcón joven, aquella noche que lo vio por primera vez, cuando estaban jugando al dominó, y él entró: un joven halcón; pero con ella siempre estuvo muy amable. Nunca lo había visto desmadrado o borracho, sólo sufriendo algunas veces por esta terrible guerra, pero aun así. cuando ella entraba, lo olvidaba todo. Cualquier cosa, cualquiera que fuese, cualquier problemilla que ella tuviera con su trabajo, cualquier cosa que se le ocurriese se lo decía, y él lo comprendía enseguida Ni con su familia era lo mismo. Como era mayor que ella y tan inteligente -¡qué serio era, empeñado en que leyera a Shakespeare, cuando era incapaz de leer un cuento para niños en inglés!-, como tenía muchísima más experiencia, podía ayudarla. Y ella también podía ayudarlo a él.

Pero ahora este sombrero. Y luego (se estaba haciendo tarde) Sir William Bradshaw.

Se quedó con las manos en la cabeza ajustándose el sombrero, a la espera de que Septimus dijera si le gustaba o no, y mientras seguía ahí sentada, esperando, la mirada baja, él sentía la mente de Rezia, como un pájaro, que caía de rama en rama, hasta posarse, siempre muy correctamente; leía su mente, mientras seguía ahí sentada, en una de esas posturas relajadas que adoptaba con toda naturalidad, y si él decía algo, ella le contestaba con una sonrisa, como un pájaro que se posara firmemente en la rama, con toda la fuerza de sus garras.

Pero él se acordaba. Bradshaw había dicho: «Las personas a quienes más apreciamos no nos convienen cuando estamos enfermos.» Bradshaw había dicho que debían enseñarle a descansar. Bradshaw había dicho que debían separarse.

-«Debía», «debía», ¿por qué «deben»? ¿Qué poder tenía Bradshaw sobre él? «¿Con qué derecho Bradshaw me dice a mí lo que «debo»» hacer? -exclamó.

-Es porque hablaste de suicidarte -dijo Rezia. (Gracias a Dios, ahora podía decirle cualquier cosa a Septimus.)

¡Así que estaba a su merced! ¡Holmes y Bradshaw lo perseguían! ¡La bestia de las narices rojas olisqueaba por todos los rincones! ¡Y se atrevía a decirle lo que «debía» hacer! ¿Dónde estaban sus papeles, las cosas que había escrito?

Le trajo sus papeles, las cosas que había escrito, cosas que ella había escrito para él. Las echó a tropel sobre el sofá. Las
miraron juntos. Diagramas, dibujos, pequeños hombres y mujeres blandiendo palos a modo de brazos, con alas -¿eran alas?- en la espalda, círculos trazados con monedas de un chelín y de medio chelín, los soles y las estrellas, precipicios zigzagueantes con montañeros escalando en cordadas, exactamente como tenedores y cuchillos, trozos de mar con pequeñas caras risueñas, saliendo de lo que pudieran ser las olas: el mapa del mundo. ¡Quémalos! gritó. Ahora sus escritos: los muertos que cantan detrás de los arbustos de rododendros; odas al tiempo; conversaciones con Shakespeare; Evans, Evans, Evans, sus mensajes del mundo de los muertos; no taléis los árboles; decídselo al Primer Ministro. Amor universal: el significado del mundo. ¡Quémalos! gritó.

Pero Rezia puso las manos sobre los papeles. Algunos eran muy bonitos, pensó. Los iba a liar (no tenía sobres) con un trozo de seda.

Aunque se lo llevaran, dijo, se iría con él. No podían separarlos en contra de su voluntad, dijo ella.

Aplanando los bordes, juntó los papeles e hizo el paquete casi sin mirar, sentada junto a él, cerca, pensó Septimus, como si todos sus pétalos estuviesen alrededor de ella. Era un árbol en flor, y entre sus ramas asomaba la cara de un legislador, que había alcanzado un santuario donde no temía a nadie; ni a Holmes, ni a Bradshaw; un milagro, un triunfo, el último y más grande. Titubeante, la vio montar la impresionante escalera, lastrada con Holmes y Bradshaw, hombres que nunca pesaban menos de setenta y dos kilos y medio, que mandaban a sus mujeres a los tribunales, hombres que ganaban diez mil al año y hablaban de

la proporción; que discrepaban en sus veredictos (Holmes decía un cosa, Bradshaw otra), y sin embargo eran jueces; que confundían la visión con el aparador; que no veían nada claro, y sin embargo mandaban, sin embargo infligían. Ellos eran a los que Rezia había vencido.

-¡Ya está! -dijo ella. Los papeles estaban liados. Nadie andaría hurgando en ellos. Iba a guardarlos.

Y, dijo, nada debía separarlos. Se sentó junto a Septimus y lo llamó por el nombre de aquel halcón o cuervo que, como era malicioso y gran destructor de cosechas, era precisamente como él. Nadie podría separarlos, dijo.

Entonces se levantó para ir al dormitorio a hacer el equipaje, pero al oír voces en el piso de abajo, pensó que quizá el doctor Holmes hubiera llegado y bajó corriendo para impedir que subiese.

Septimus la oyó hablar con el doctor Holmes en el rellano. -Querida señora, he venido como amigo -decía Holmes.

-No, no le dejaré ver a mi marido -dijo ella. Septimus la veía, como una gallinita, con las alas extendidas cortándole el paso al doctor Holmes. Pero Holmes insistió.

-Querida señora, permítame... -dijo Holmes, apartándola (Holmes era un hombre fornido).

Holmes estaba subiendo. Holmes iba a abrir la puerta de golpe. Holmes iba a decir: «¿Muerto de miedo, eh?» Holmes iba a atraparlo. Pero no; Holmes no; Bradshaw no. Se levantó vacilante, y saltando literalmente de un pie a otro, consideró el bonito cuchillo de la señora Filmer, limpio y con la palabra «pan» grabada en el mango. Ah, pero no se debía estropear una cosa así. ¿El gas? Ya era tarde para eso. Holmes se acercaba. Navajas de afeitar sí que podía haber, pero Rezia, que siempre hacía cosas así, las había metido en el equipaje. Sólo le quedaba la ventana, la gran ventana de la pensión de Bloomsbury; el asunto pesado, molesto y un tanto melodramático de abrir la ventana y tirarse. Era su idea de tragedia, no la suya ni la de Rezia (porque ella estaba de su lado). A Holmes y Bradshaw les gustaba esta clase de cosas. (Se sentó en el alféizar.) Pero esperaría hasta el último momento. No quería morir. La vida era bella; el sol caliente. ¿Simplemente seres humanos? Un viejo que bajaba por las escaleras de enfrente se detuvo y se le quedó mirando. Holmes estaba en la puerta. «¡Yo te lo daré!», gritó, y se tiró con fuerza, con violencia a la verja del patio de las habitaciones de la señora Filmer.

-¡El muy cobarde! -gritó el doctor Holmes, abriendo la puerta de golpe. Rezia corrió a la ventana, vio, comprendió. El doctor Holmes y la señora Filmer chocaron el uno contra el otro. La señora Filmer se quitó el delantal y le tapó los ojos, en el dormitorio. Hubo mucho trajín de subidas y bajadas por la escalera. El doctor Holmes entró, blanco como una sábana, temblando de pies a cabeza, con un vaso en la mano. Tenía que ser valiente y beber algo, le dijo (¿Qué era? Algo dulce), porque su marido había quedado horriblemente mutilado y no iba a volver en sí, no debía verlo, debía ahorrarse cuantos sufrimientos pudiera, tendría que pasar por el trago del juzgado, pobre mujer, tan joven ella. ¿Quién lo hubiera dicho? Un impulso repentino, nadie tenía la más mínima culpa (le dijo a la señora Filmer). Y por qué demonios lo hizo, el doctor Holmes no tenía ni idea.

Le parecía, mientras bebía aquella cosa dulce, que estaba abriendo unas ventanas alargadas, saliendo a cierto jardín. Pero ¿dónde? El reloj daba la hora -una, dos, tres: qué sensato era el sonido, comparado con todos estos golpetazos y murmullos; como el propio Septimus. Se estaba quedando dormida. Pero el reloj siguió sonando -cuatro, cinco, seis- y parecía que la señora Filmer, agitando su delantal (¿no pensarían traer el cuerpo aquí, verdad?), formaba parte de ese jardín, o que era una bandera. Rezia, en una ocasión, había visto una bandera que lentamente ondeaba desde su mástil, cuando estuvo con su tía en Venecia. Así se saludaba a los hombres muertos en combate, y Septimus había estado en la Guerra. De sus recuerdos, la mayoría eran felices.

Se puso el sombrero y corrió entre campos de trigo -¿dónde podía ser?- hasta llegar a una colina, en algún sitio a orillas del mar, porque había barcos, gaviotas, mariposas; estaban sentados en una roca. En Londres también, allí se sentaban y, medio entre sueños, llegaron a sus oídos por la puerta del dormitorio ruidos de lluvia, susurros, movimientos entre el trigo seco, la caricia del mar, eso era al menos como ella los oía, huecos en su concha arqueada, y así le hablaban, como en un murmullo a ella tumbada en la costa, derramada, como si fueran flores que vuelan en una tumba.

-Está muerto -dijo, sonriéndole a la pobre vieja que la velaba con sus sinceros ojos azul pálido fijos en la puerta. (¿No pensarían traer el cuerpo aquí, verdad?) Pero la señora Filmer dijo bah, bah, bah, quitándole importancia al asunto. ¡Oh, no, no, no! Ya se lo estaban llevando. ¿Acaso no debían decírselo? Los casados deberían estar juntos, pensó la señora Filmer. Pero había que seguir las instrucciones del doctor.

-Déjela dormir -dijo el doctor Holmes, tomándole el pulso. Vio su corpulenta silueta recortada en negro contra la ventana. Así pues, ése era el doctor Holmes.

Uno de los triunfos de la civilización, pensó Peter Walsh.

Es uno de los triunfos de la civilización, mientras sonaba precisa y estridente la sirena de la ambulancia. Con agilidad y precisión, la ambulancia corría hacia el hospital, después de recoger al momento y con humanidad a algún pobre diablo; alguien que se ha dado un golpe en la cabeza o que ha caído enfermo, atropellado quizá hacía un minuto en alguno de esos cruces, como le podía ocurrir a uno mismo. Eso era la civilización. Le llamaba la atención, de regreso de oriente, la eficacia, la organización, el espíritu comunitario de Londres. Todos los carros y vehículos, de motu propio, se apartaban para dejar pasar a la ambulancia. Quizá fuese morboso, o quizá más bien conmovedor, el respeto que le demostraban a esa ambulancia con la víctima en su interior -hombres muy ocupados que volvían a casa a toda prisa, recordando sin embargo, instantáneamente, a su paso, a su mujer o quizá pensaban que bien podrían haber sido ellos los que se encontraran allí, tumbados en una camilla, con un médico y una enfermera... Bueno, pero pensar se volvía morboso, sentimental, en cuanto uno empezaba a evocar médicos, cadáveres; un pequeño rescoldo de placer, una especie de deseo incluso, ante esa impresión visual, le advertían a uno de no seguir adelante con esta clase de cosas -fatales para el arte, fatales para la amistad. Cierto. Y sin embargo, pensó Peter Walsh, cuando la ambulancia doblaba la esquina, aunque la sirena alta y ligera se oía por la calle siguiente y aún más allá, mientras cruzaba Tottenham Court Road, sonando sin parar, ése es el privilegio de la soledad; en la intimidad, uno puede hacer lo que quiera. Uno puede llorar si nadie le ve. Había sido su desgracia -esta susceptibilidad suya- en la sociedad anglo-india: el no llorar en el momento adecuado, ni tampoco reír. Llevo dentro algo, pensó, de pie junto al buzón de correos, que ahora podría hacerme llorar. ¿Por qué?, sabrá Dios. Por la belleza, probablemente, y por el peso del día que, empezando con aquella visita a Clarissa, lo había dejado exhausto con su calor, su intensidad, y el goteo (¡plic, plic, plic!) de una impresión tras otra en esa bodega donde se encontraban, profunda, oscura, y nadie lo sabrá nunca. En parte por eso, por este secreto, inviolable y absoluto, la vida le había resultado un jardín desconocido, lleno de esquinas y recovecos, sorprendente, sí; de verdad que le cortaban la respiración estos momentos; y ahí mismo, mientras seguía de pie junto al buzón enfrente del Museo Británico, le llegaba uno de esos momentos, todo convergía en un solo punto: esta ambulancia, la vida y la muerte. Era como si se viera chupado hacia un tejado muy alto por este arrebato de emoción, y el resto de su persona, como una playa blanca salpicada de conchas, quedara desnudo, Había sido su desgracia en la sociedad anglo-india, esta susceptibilidad suya.

En una ocasión, Clarissa, una vez que iban juntos en un autobús a algún sitio, Clarissa tan impresionable, al menos superficialmente, desesperada unas veces, de excelente humor otras, toda viva en aquel tiempo, y tan buena compañía, con esa su habilidad para descubrir

gente rara, nombres, pequeñas escenas insospechadas desde lo alto del autobús, porque tenían la costumbre de aventurarse por Londres y traer bolsas llenas de tesoros del mercado de la calle Caledonian -Clarissa tenía una teoría por aquel entonces- tenían montones de teorías, siempre teorías, como las que tienen los jóvenes. Era para explicar el sentimiento de insatisfacción que tenían: de no conocer a la gente, de no ser conocidos. Porque ¿cómo iban a conocerse? Te veías todos los días, y de repente dejabas de hacerlo durante seis meses, o años. Era insatisfactorio -en eso estaban de acuerdo- lo poco que uno conocía a la gente. Pero ella decía, sentada en el autobús que subía por Shaftesbury Avenue, que se sentía en todas partes; no «aquí, aquí y aquí», tocando el respaldo del asiento, sino en todas partes. Clarissa movía las manos, subiendo por Shaftesbury Avenue. Ella era todo eso. Así que, para conocerla a ella o a cualquiera, había que buscar a la gente que los complementaba, incluso los lugares. Tenía extrañas afinidades con personas a las que nunca había dirigido la palabra: con una mujer en la calle, con un hombre detrás de un mostrador, incluso con árboles o graneros. Aquello terminaba en una teoría trascendental que, con el terror que ella le tenía a la muerte, le permitía creer, o decir que creía (a pesar de lo escéptica que era) que, dado que nuestra apariencia, la parte de nosotros que se ve, es tan momentánea en comparación con la otra, nuestra parte invisible, que se extiende por todos lados, la invisible podría sobrevivir, podría ser recuperada a lo mejor en alguna parte de tal o cual persona, e incluso podría ser que merodease en algunos lugares, como un alma en pena, después de la muerte. Quizá, quizá.

Recordando esa larga amistad de casi treinta años, la teoría de Clarissa resultaba válida hasta cierto punto. Por muy breves, fragmentados y a menudo dolorosos que hubieran sido sus encuentros, y aun con sus ausencias y las interrupciones (esta mañana, por ejemplo, entró Elizabeth, como una potranca de piernas largas, hermosa y boba, justo cuando iba a ponerse a hablar con Clarissa), el efecto que tenían sobre su vida había sido inconmensurable. Había cierto misterio en ello. Te daban una semilla, aguda, intensa, incómoda: el encuentro en sí, que tanto podía ser doloroso como no serlo; y sin embargo, en los sitios más insospechados, florecía, se abría, esparcía su aroma, se dejaba tocar, catar, te dejaba mirar a tu alrededor, sentirlo en su plenitud y comprenderlo, después de llevar años perdido. Así es como Clarissa había llegado a él; a bordo de un barco; en el Himalaya; evocada por las cosas más disparatadas (como Sally Seton, ¡ganso generoso y entusiasta!, que se acordaba de él al ver hortensias azules). Le había influido más que cualquier otra persona. Y siempre de esta manera, apareciéndose ante él sin desearlo, fría, señorial, crítica; o bien arrebatadora, romántica, trayendo con ella un campo inglés o su cosecha. Casi siempre la veía en el campo, no en Londres. Escena tras escena, en Bourton...

Había llegado a su hotel. Atravesó el vestíbulo, con sus montículos de sillas y sofás rojizos, sus plantas de hojas puntiagudas y aspecto marchito. Cogió su llave del tablero. La joven le entregó unas cuantas cartas. Subió. Casi siempre la veía en Bourton, a finales del verano, cuando pasaba allí una semana o incluso quince días, como solía hacerse en aquellos tiempos. Primero, se quedaba en lo alto de una colina, con las manos en el pelo, con su capa ondeando al viento, señalándolos, gritándoles: veía el río Severn ahí abajo. O bien en el bosque, poniendo el agua a hervir, muy torpe con sus manos; el humo haciendo reverencias, dándoles en la cara; su carita rosada asomando entre el humo; pidiéndole agua a una vieja que vivía en una cabaña, que salía a la puerta para verles alejarse. Siempre estaban caminando; los demás iban en coche. Le aburría el coche, ningún animal le gustaba, salvo aquel perro. Recorrían millas enteras por la carretera. Interrumpía la marcha para orientarse y le indicaba el camino de vuelta campo a través; y no paraban de discutir, hablaban de poesía, hablaban de la gente, hablaban de política (ella era radical entonces); nunca se fijaba en nada, excepto cuando se detenía, y comentaba excitada la vista de un paisaje o de un árbol, y le obligaba a que lo mirase; y reanudaban la marcha, atravesando campos de maleza, ella delante, con una

flor para su tía, sin cansarse nunca pese a lo delicada que era; y llegaban a Bourton al caer la tarde. Entonces, después de la cena, el viejo Breitkopf abría el piano y se ponía a cantar sin pizca de voz, y ellos se hundían en los sillones, tratando de no reírse, pero siempre acababan sucumbiendo y rompían a reír, reír, a reírse sin motivo. El viejo Breitkopf, supuestamente, no debía darse cuenta. Luego, a la mañana siguiente, se ponían a juguetear, revoloteando como nevatillas...

¡Anda! ¡Carta de ella! El sobre azul; y ésa era su letra. Y tendría que leerla. ¡Otro de esos encuentros, seguramente doloroso! Leer la carta suponía un esfuerzo inmenso. «Qué maravilloso había sido verle. Tenía que decírselo.» Eso era todo.

Pero esta carta lo puso nervioso. Le molestaba. Hubiera preferido que no se la hubiese escrito. Después de lo que había estado pensando, era como un codazo en las costillas. ¿Por qué no lo dejaba en paz? Después de todo, se había casado con Dalloway y había vivido feliz a su lado todos estos años.

Estos hoteles no son propicios al consuelo. Ni mucho menos. Un sinnúmero de gente había colgado el sombrero en esas perchas. Hasta las moscas, pensándolo bien, se habían posado antes en las narices de otros. En cuanto a la limpieza, tan evidente que le chocaba como una bofetada, no era limpieza, sino más bien desnudez, frigidez; algo necesario. Una matrona árida hacía su ronda al amanecer, olfateando, espiando, mandando a las doncellas de nariz azul que fregaran, tregaran y fregaran , como si el próximo visitante fuera un pedazo de carne que hubiera que servir en una fuente perfectamente limpia. Para dormir, una cama; para sentarse, un sillón; para lavarse los dientes y afeitarse, un vaso, un espejo. Los libros, las cartas, la bata desaparecían en la impersonalidad de los muebles de la habitación, como impertinencias incongruentes. Y fue la carta de Clarissa la que le hizo ver todo esto. «Maravilloso volver a verte. Tenía que decirlo.» Peter dobló el papel y lo apartó; ¡nada le induciría a volverlo a leer!

Para que esa carta le llegara antes de las seis, tuvo que sentarse a escribirla nada más irse él, ponerle el sello y mandar a alguien a echarla. Era, como suele decirse, típico de ella. Le había afectado su visita. Había sentido y mucho; por un momento, cuando le besó la mano, ella había lamentado, le había envidiado incluso, y posiblemente había recordado (lo vio en su mirada) algo que él había dicho: que cambiarían el mundo si se casaba con él, quizá; y sin embargo esto es lo que había; madurez, mediocridad; y luego con su indomable vitalidad se forzó a olvidarlo todo, porque tenía un hilo de vida cuya fuerza él no había visto en ninguna otra persona, en su resistencia, en su energía para superar los obstáculos y para seguir triunfalmente adelante. Sí, pero seguro había reaccionado justo cuando él salió de la habitación. Iba a sentir por él una terrible lástima, iba a preguntarse qué podía hacer ella para proporcionarle algún placer (cualquier cosa menos la única eficaz), y se la imaginaba con las lágrimas las mejillas, sentándose al escritorio para soltar esa única línea que Peter iba a encontrarse como saludo a su regreso... «¡Maravilloso volver a verte!» Y era sincera.

Peter Walsh ya se había desatado los cordones de las botas.

Pero no hubiera sido un éxito, su matrimonio. Lo otro, a fin de cuentas, era mucho más natural.

Era extraño; era verdad; mucha gente lo sentía. Peter Walsh, a quien no había ido mal en la vida, que había desempeñado adecuadamente los trabajos habituales, era apreciado, pero se le consideraba un tanto excéntrico, se daba cierta importancia, era extraño que él tuviera, sobre todo ahora que su cabello era gris, cierto aire de satisfacción, cierto aire de algo escondido. Esto era lo que lo hacía atractivo para las mujeres, a quienes gustaba la idea de que no fuese totalmente viril. Había algo fuera de lo corriente en su persona, o detrás de su persona. Puede que fuese su afición a los libros, pues nunca venía a verte sin echar mano del libro que se encontrara encima de la mesa (ahora mismo estaba leyendo, con los cordones arrastrando por el suelo); o quizá porque era un caballero, cosa que se manifestaba en su

manera de vaciar las cenizas de su pipa, dándole golpecitos, y por supuesto en sus modales con las mujeres. Porque era verdaderamente encantador y muy ridículo lo fácil que le resultaba a cualquier chica sin dos dedos de frente manejarlo a su antojo. Ella era la que corría el riesgo. Es decir, aunque tuviese el trato más fácil del mundo, y con su buen humor y buena educación verdaderamente resultaba una compañía fascinante, era sólo hasta cierto punto. Ella decía algo... pues no, no; él se daba cuenta de su falsedad. No toleraba aquello; no, no. Y luego era capaz de gritar, de hacer todo tipo de contorsiones ante alguno de esos chistes de hombres. Era el mejor juez de la cocina india. Era un hombre. Pero no la clase de hombre al que debe respetarse, lo cual era un alivio; no era como el Mayor Simmons, por ejemplo; ni en lo más remoto, pensaba Daisy cuando, a pesar de sus dos hijos pequeños, solía compararlos.

Se quitó las botas. Se vació los bolsillos. Al sacar su cortaplumas, se le cayó una fotografía de Daisy en la veranda; Daisy toda de blanco, con un fox-terrier en las rodillas; muy agradable, muy morena; la mejor que había visto de ella. Había sido, a fin de cuentas, tan natural todo; mucho más que con Clarissa. Sin problemas. Sin molestias. Sin desafíos ni escarceos. Todo viento en popa. Y esa muchacha morena, adorable y hermosa, en la veranda, exclamaba (la estaba oyendo): ¡Naturalmente, naturalmente que se lo daría todo!, gritaba (no sabía qué era la discreción), ¡todo lo que quisiera!, gritaba, corriendo hacia él, sin importarle quién pudiera estar mirando. Y eso que sólo tenía veinticuatro años, y con dos niños. ¡Vaya, vaya!

No cabía duda de que se había metido en un buen lío a su edad. Y pensaba en ello cuando se despertaba en mitad de la noche. ¿Supongamos que se casaban? Para él, todo sería perfecto, pero ¿y para ella? La señora Burgess, una buena persona y nada chismosa, con quien se había sincerado, pensaba que este viaje suyo a Inglaterra, con el ostensible propósito de consultar a sus abogados, podría llevar a que Daisy recapacitara, a que pensara en las consecuencias. Se trataba de su posición social, dijo la señora Burgess; de la barrera social; de renunciar a sus hijos. Un buen día, se convertiría en una viuda con un pasado a sus espaldas, vagando por los suburbios o, más probablemente aún, promiscua (ya sabes, dijo, qué aspecto tienen esas mujeres, tan pintadas). Pero Peter Walsh le quitó importancia a todo eso. No tenía intención de morirse todavía. En cualquier caso, tenía que tomar una decisión por sí misma; ser su propio juez, pensó, paseando en calcetines por su habitación, alisando su camisa de etiqueta, pues bien podía ir a la fiesta de Clarissa, o quizá fuese a un concierto, o quizá se quedase en el hotel a leer un libro subyugante que había escrito un hombre que conoció en Oxford. Y si se jubilaba, eso es lo que haría: escribir libros. Se iría a Oxford y hurgaría en la Bodleian. La hermosa muchacha morena y adorable corría en vano hacia el extremo de la terraza, en vano le saludaba con la mano, gritaba en vano que le importaba un bledo lo que dijera la gente. Ahí estaba el hombre al que más admiraba en el mundo, el perfecto caballero, el fascinante, el distinguido (y su edad no tenía la menor importancia para ella), paseando en calcetines en un hotel de Bloomsbury, afeitándose, lavándose, acariciando, mientras cogía frascos y dejaba navajas, su idea de hurgar en la Bodleian y buscar la verdad sobre un par de temas que le interesaban. Y hablaría con quien quisiera y comería a la hora que le viniera en gana, y faltaría a las citas; y cuando Daisy le pidiera -y lo haría- un beso, y le hiciera una escena por no estar a la altura de la situación (pese a que la quería de verdad)... en pocas palabras, sería mucho mejor, tal y como la señora Burgess decía, que se olvidara de él, o simplemente lo recordara tal y como era en agosto de 1922, como una figura, de pie en la encrucijada al atardecer, que se vuelve más y más remota a medida que el charrete se aleja, llevándosela segura y atada en el asiento trasero, aunque sus brazos abiertos todavía le llamen; y mientras ella ve cómo la figura mengua hasta desaparecer, sigue gritando que sería capaz de cualquier cosa en el mundo, cualquier cosa, cualquier cosa, cualquier cosa...

Nunca supo lo que pensaba la gente. Cada vez le resultaba más difícil concentrarse. Se quedaba absorto; se metía en sus propias preocupaciones, unas veces arisco, otras alegre; dependiente de las mujeres, distraído, de humor cambiante, cada vez más incapaz (eso pensaba mientras se afeitaba) de comprender por qué Clarissa no podía sencillamente buscarles un alojamiento y ser amable con Daisy, presentarla. Y en ese caso él podría... ¿Qué? Nada más que vagar y perder el tiempo (en ese momento, en efecto, estaba ocupado en ordenar varias llaves y papeles), saltar a lo que saliera y catar sabores,... estar solo, en una palabra, ser autosuficiente; pero claro, era más dependiente que nadie (se abrochó el chaleco); ésa había sido su desgracia. Era incapaz de mantenerse alejado de los clubs donde los hombres se reunían, le gustaban los coroneles, le gustaba el golf, le gustaba el bridge y, sobre todo, el trato con las mujeres, la delicadeza de su compañía, así como su fidelidad, su audacia y grandeza en el amor, lo cual, aunque tenía sus inconvenientes, le parecía (el rostro moreno, bello y adorable aparecía por encima de los sobres) tan absolutamente admirable, una flor tan espléndida que crecía en lo más alto de la vida humana, y sin embargo era incapaz de estar a la altura de la situación, con esa invariable tendencia suya a ver las cosas más allá de las apariencias (Clarissa le había dejado un hueco permanente), y a cansarse con mucha facilidad de la devoción silenciosa y desear variedad en el amor, aunque se pondría furioso si Daisy amase a cualquier otro, ¡furioso! Y es que era celoso, incontrolablemente celoso, por temperamento. ¡Sufría auténticos tormentos! Y ahora, ¿dónde estaba su navaja; su reloj; sus sellos, su cartera, y la carta de Clarissa que no iba a volver a leer pero que le gustaba recordar, y la fotografía de Daisy? Y ahora, a cenar.

Estaban comiendo.

Sentados en las mesas pequeñas alrededor de jarrones, bien vestidos unos, otros no, con sus chales y sus bolsos a su lado, con su aspecto de falsa compostura, ya que no tenían costumbre de cenar tantos platos; y también de confianza, porque podían pagar la cuenta; y de cansancio, porque habían pasado el día entero recorriéndose Londres de arriba a abajo, comprando, haciendo turismo; con su curiosidad natural, pues levantaban la mirada para mirar cuando entró el apuesto caballero de las gafas de concha; con su buena voluntad, porque habrían estado encantados de hacerle cualquier pequeño favor, como prestarle un horario o suministrarle alguna información de utilidad; con su deseo, latiendo en su interior, empujándoles subterráneamente, de establecer algún tipo de punto en común, aunque sólo fuese un lugar de nacimiento (Liverpool, por ejemplo), amigos comunes o que se llamasen igual; con sus miradas furtivas, silencios extraños y que luego abandonaban para volver súbitamente al aislamiento y la alegría familiar; allí estaban cenando cuando el señor Walsh entró y tomó asiento en una mesita junto a la cortina.

No es que dijera nada, porque, al estar solo, únicamente podía hablar con el camarero; era su manera de mirar la carta, de señalar con el dedo un vino en particular, de tenerse erguido en la mesa, de disponerse con seriedad y no con glotonería, a cenar lo que le ganó el respeto de los presentes, un respeto al que no podía aludir expresamente durante gran parte de la cena, pero que no pudo menos que notarse en la mesa donde estaban sentados los Morris, cuando al final de la cena oyeron decir al señor Walsh «Peras Barlett». Cómo se podía hablar con esa moderación y a la vez con firmeza, con la seguridad de quien conoce y ejerce sus derechos, basados en la justicia, era algo que ni el joven Charles Morris, ni el viejo Charles, ni la señorita Elaine, ni la señora Morris sabían. Pero cuando dijo «Peras Barlett», sentado a su mesa, solo, sintieron que Peter Walsh contaba con ellos en alguna batalla; que era el defensor de una causa que inmediatamente se convirtió en la suya propia, de tal forma que sus ojos se cruzaron en un guiño de comprensión y cuando entraron todos juntos en el salón de fumar, resultó inevitable una pequeña charla entre ellos.

No hablaron de temas profundos, sólo comentaron que Londres estaba atestado de gente, que había cambiado en los últimos treinta años, que el señor Morris prefería Liverpool,

que la señora Morris había ido a la exposición floral de Westminster y que todos habían visto al Príncipe de Gales. Y sin embargo, pensó Peter Walsh, ninguna familia en el mundo podía compararse con los Morris, ninguna en absoluto; y las relaciones entre ellos son perfectas, les importan un bledo las clases altas, les gusta lo que les gusta, y Elaine está haciendo prácticas para encargarse del negocio familiar, el chico ha conseguido una beca para estudiar en Leeds, la señora mayor (que tiene aproximadamente su misma edad) tiene tres hijos más en casa, y tienen dos automóviles, pero el señor Morris todavía remienda las botas los domingos; soberbio, absolutamente soberbio, pensó Peter Walsh, balanceándose ligeramente con su copa de licor en la mano, entre los peludos sillones rojos y los ceniceros, muy a gusto consigo mismo, porque los Morris lo apreciaban. Sí, apreciaban a un hombre que había dicho «Peras Barlett». Lo apreciaban, lo sentía.

Iba a ir a la fiesta de Clarissa. (Los Morris se retiraron, pero se volverían a ver.) Iba a ir a la fiesta de Clarissa porque quería preguntarle a Richard qué estaban haciendo en la India, los ineptos conservadores. ¿Y qué había en la cartelera de teatro? ¿Qué música...? Ah, sí, y mero chismorreo.

Porque ésta es la verdad de nuestra alma, pensó, de nuestro ser, que habita los mares profundos como un pez y va nadando entre oscuridades, colándose entre las matas de gigantescos hierbajos, por espacios moteados de sol, adentrándose más y más en las tinieblas, la frialdad, la profundidad, lo inescrutable; de repente salta a la superficie y se exhibe nadando en las olas rizadas por el viento; es decir, tiene una imperiosa necesidad de rozarse, rascarse, animarse con chismorreos. ¿Qué proyectos tenía el gobierno -Richard Dalloway lo sabría- respecto de la India?

Como era una noche muy calurosa los chicos-sandwich pasaban con los carteles que proclamaban con grandes letras rojas que había una ola de calor, habían sacado unas sillas de mimbre a la escalinata del hotel, y ahí unos caballeros indiferentes fumaban y bebían a sorbos. Peter Walsh se sentó allí. Uno podía imaginarse que el día, el día de Londres, no hacía más que empezar. Como una mujer que se hubiese quitado el vestido estampado y el delantal blanco para vestirse de azul y perlas, el día se mudaba, se quitaba cosas, sacaba la gasa, se vestía de noche y, con el mismo suspiro de euforia que una mujer exhala al tirar sus enaguas al suelo, él también se sacudía el polvo, el calor, el color; el tráfico menguaba; los automóviles, tintineando, veloces como flechas, sustituían a la pesadez de los camiones; y aquí y allá, entre la densa fronda de las plazas, colgaba una intensa luz. Dimito, parecía decir la última tarde mientras palidecía y se apagaba sobre las techumbres y las prominencias, moldeadas y puntiagudas, de hoteles, de pisos y bloques de tiendas, me apago, empezaba a decir, desaparezco, pero Londres no quería hacerle caso, y apuntaba sus bayonetas hacia el cielo, la detenía, la obligaba tomar parte en su jolgorio.

Porque, desde la última vez que Peter Walsh visitara Londres, se había producido la gran revolución del cambio de horario de verano del señor Willett. Las tardes largas eran nuevas para él. Era estimulante, más bien. Pues mientras los jóvenes pasaban con sus carteras, contentísimos de verse libres, y orgullosos también, en su inconsciencia, de pisar esta famosa acera, una especie de alegría, barata, de oropel si se quiere, pero euforia a fin de cuentas, encendía sus rostros. Y también iban bien arreglados: medias rosas, bonitos zapatos. Ahora pasarían dos horas en el cine. Los perfilaba, los refinaba, la luz azul amarillento del atardecer; y en las hojas de las plazas cobraba un brillo pálido y lívido: parecían como remojadas en agua marina, las hojas de una ciudad sumergida. Se quedó pasmado ante la belleza; y le daba ánimos también, ya que, mientras los anglo-indios que habían regresado se sentaban por derecho propio (conocía a montones de ellos) en el Oriental Club, repasando biliosamente la ruina del mundo, ahí estaba él, más joven que nunca; envidiando a los jóvenes por el verano que estaban pasando y todo eso, y sospechando -era más que una sospecha, gracias a las palabras de una muchacha, a la risa de una criada -cosas intangibles a

las que no se puede poner la mano encima-, que se había producido un cambio en esa pirámide donde todo se acumulaba, que en su juventud le había parecido inconmovible. La habían tenido encima con toda su fuerza; los había aplastado, sobre todo a las mujeres, como esas flores que Helena, la tía de Clarissa, solía meter entre unas hojas de papel secante gris con el diccionario de Littré encima, cuando se sentaba bajo la lámpara después de cenar. Ya había muerto. Había sabido de ella por Clarissa, que le contó que había perdido la visión de un ojo. Parecía tan adecuado -una de las obras de arte de la naturaleza- que la vieja señorita Parry se convirtiera en cristal. Moriría como un pájaro en una helada, agarrada a su rama. Pertenecía a otra época, pero como era tan entera, tan completa, se quedaría para siempre de pie en el horizonte, blanca como la piedra, eminente, como un faro marcando una etapa por la que se hubiera pasado en el transcurso de este aventurado y largo viaje, esta interminable -(tanteó buscando una moneda para comprar el periódico y leer algo sobre los partidos de Yorkshire y Surrey; había entregado esa moneda millones de veces; Surrey había perdido, una vez más)- esta interminable vida. Pero el cricket no era sólo un simple juego. El cricket era importante. No podía dejar de enterarse de los resultados del cricket. Leyó primero los resultados de los partidos en las noticias de última hora, luego leyó lo del calor de aquel día, y luego la noticia de un asesinato. El haber hecho cosas millones de veces los enriquecía, aunque también les desgastaba la superficie. El pasado enriquecía, y la experiencia, y el haber querido a una o dos personas, adquiriendo así el poder del que carecen los jóvenes: ir por el atajo, hacer lo que a uno le gusta, sin importar un comino lo que diga la gente, ir y venir sin grandes esperanzas (dejó su periódico sobre la mesa y se alejó), cosa que, pese a todo (fue a buscar su abrigo y su sombrero), no era exactamente aplicable a él, al menos no esta noche, pues ahí estaba él, dispuesto para ir a una fiesta, a su edad, con la seguridad de que iba a vivir una experiencia. Pero ¿qué?

La belleza, en cualquier caso. No la cruda belleza que perciben los ojos. No era belleza pura y simple -Bedford Place que llevaba a Russell Square. Era la rectitud y el vacío, desde luego; la simetría de un pasillo; pero también ventanas iluminadas, el sonido de un piano, un gramófono; una sensación de una fuente de placer oculta que emerge de vez en cuando, al ver a través de la ventana sin cortinas, la ventana abierta, grupos de gente alrededor de las mesas, jóvenes que caminan en círculos lentamente, conversaciones entre hombres y mujeres, criadas mirando pasivamente hacia la calle (extraños comentarios los suyos, una vez terminado el trabajo), medias a secar en los alféizares, un loro, unas cuantas plantas. Qué absorbente es esta vida, misteriosa e infinitamente rica. Y en la gran plaza donde los taxis corrían y giraban tan deprisa, había parejas paseando sin rumbo, demorándose, abrazándose, encogidos bajo la ducha de un árbol; eso sí que era emocionante; tan silenciosos, tan absortos, que uno pasaba de largo discreta y tímidamente, como si se tratase de alguna ceremonia sagrada que resultaría impío interrumpir. Era interesante. Y así siguió en el fragor y el resplandor.

El viento le abrió el abrigo ligero, y con unos andares de indescriptible idiosincrasia, ligeramente encorvado hacia adelante, caminó, con las manos a la espalda y los ojos todavía un poco como los del halcón; caminaba por Londres, hacia Westminster, observando.

¿Es que todo el mundo cenaba fuera? Aquí, un criado estaba abriendo las puertas para darle paso a una anciana dama, con zapatos de hebilla y tres plumas de avestruz en el pelo. Se abrían las puertas para que salieran señoras envueltas, como momias, en unos chales con vistosas flores, señoras con la cabeza descubierta. Y de respetables casas de columnas estucadas, atravesando los pequeños jardines fronteros, salían mujeres, ceñidas en ligeros vestidos, con peinetas en el pelo (después de subir corriendo a ver a sus hijos); había hombres esperándolas, con sus abrigos abiertos al viento y el motor en marcha. Todo el mundo salía. Con todo ese abrir de puertas, el descenso y la salida, parecía que Londres entero estuviese embarcándose en pequeños botes amarrados al embarcadero, balanceándose en el agua, como

si la ciudad entera se fuese de carnaval por las aguas. Whitehall estaba cubierto de hielo, plateado a martillo como estaba, parecía que hubiera arañas patinando encima, y alrededor de las farolas daba la impresión de que volaran diminutas moscas; hacía tanto calor que la gente hablaba parada en la calle. Aquí, en Westminster, había un juez probablemente jubilado, firmemente sentado, a la puerta de su casa, todo vestido de blanco. Un anglo-indio, probablemente.

Y aquí, el escándalo de unas mujeres peleándose, mujeres borrachas; aquí, nada más que un policía y casas que se cernían, casas altas, casas con cúpulas, iglesias, parlamentos, y la sirena de un barco de vapor en el río, un grito hueco y neblinoso. Pero ésta era su calle, la de Clarissa; los taxis doblaban veloces la esquina, como el agua que rodea los pilares de un puente y se vuelve a juntar, le parecía, porque transportaban a la gente que iba a su fiesta, la fiesta de Clarissa.

El frío caudal de impresiones visuales le fallaba ahora, como si el ojo fuese una taza rebosante que dejara caer el sobrante por sus costados de porcelana, sin registrarlo. El cerebro debía despertar ya. El cuerpo debía despertar ya, entrando en la casa, la casa iluminada, con la puerta abierta, donde los automóviles estaban detenidos y de los que se apeaban unas mujeres brillantes: el alma debe templarse para resistir lo que venga. Abrió la hoja grande de su cortaplumas.

Lucy bajó las escaleras a todo correr, después de pasar un instante por la sala de estar para estirar un mantel, para enderezar una silla, para detenerse un momento y sentir que cualquiera que entrase notaría lo limpio, reluciente y maravillosamente cuidado que estaba todo, cuando vieran la preciosa plata, los atizadores de bronce, las nuevas fundas de los sillones y las cortinas de chintz amarillo; lo inspeccionó todo; oyó un ruido de voces; la gente estaba llegando para la cena; ¡tenía que irse volando!

Iba a venir el Primer Ministro, dijo Agnes; eso es lo que les había oído decir en el comedor, dijo mientras entraba con una bandeja llena de vasos. ¿Es que importaba, es que importaba lo más mínimo un Primer Ministro de más o de menos? No tenía la menor importancia a estas horas de la noche para la señora Walker, en medio de los platos, cacerolas, sartenes, del pollo en gelatina, las heladeras, el pan rallado, los limones, las soperas y moldes de pudding que, por mucho que fregasen en el office, parecían acumulársele todos encima, amontonarse en la mesa de la cocina, en las sillas, mientras el fuego ardía y rugía, y eso que la cena aún estaba por servir. Lo único que sentía era que un Primer Ministro de más o de menos no tenía ni pizca de importancia para la señora Walker.

Las señoras ya estaban subiendo, dijo Lucy; las señoras estaban subiendo, una por una, la señora Dalloway cerrando la marcha y casi siempre mandando algún recado para la cocina: «Feliciten a la señora Walker», dijo una noche. Al día siguiente darían un repaso a los distintos platos: la sopa, el salmón; el salmón, la señora Walker lo sabía, salió un poco crudo, porque siempre se ponía nerviosa con el pudding y el salmón se lo dejaba a Jenny; así ocurría: el salmón siempre salía un poco crudo. Pero cierta señora rubia con alhajas de plata había preguntado por la entrada, según dijo Lucy, si de verdad estaba hecha en casa. Sin embargo, era el salmón lo que preocupaba a la señora Walker, mientras daba vueltas y vueltas a las fuentes, abría y cerraba las llaves de tiro de la cocina; y entonces se oyó una carcajada procedente del comedor, una voz que hablaba, y luego otra carcajada: los caballeros se divertían cuando las señoras se habían ido. El tokay, dijo Lucy entrando a todo correr, el señor Dalloway había mandado traer el tokay de las bodegas del Emperador, el tokay Imperial.

Lo llevaron a través de la cocina. Por encima del hombro, Lucy informó de lo encantadora que estaba la señorita Elizabeth; no podía quitarle los ojos de encima, con su vestido rosa, luciendo el collar que el señor Dalloway le había regalado. Jenny tenía que acordarse del perro, el fox-terrier de la señorita Elizabeth que, como mordía, hubo que

encerrarlo, y podría necesitar algo. Jenny tenía que acordarse del perro. Pero Jenny no iba a subir con toda la gente que había por la casa. ¡Ya había un coche en la puerta! Sonó el timbre... ¡y los caballeros que seguían en el comedor, bebiendo tokay!

Por fin, ya estaban subiendo al piso de arriba; éstos eran los primeros, y ahora irían llegando cada vez más deprisa, así que la señora Parkinson (contratada para las fiestas) dejaría entreabierta la puerta del vestíbulo, y el vestíbulo se llenaría de caballeros esperando (se quedaban de pie, esperando, alisándose el cabello), mientras las señoras se quitaban las capas en la habitación del pasillo; ahí es donde las ayudaba la señora Barnet, la vieja Ellen Barnet, que llevaba cuarenta años con la familia, que venía todos los veranos para ayudar a las señoras, recordaba a las madres de cuando eran niñas y, aun con mucha sencillez, les daba la mano; decía «milady» muy respetuosamente, aunque traslucía en ella cierta sorna al mirar a las señoritas, y con un tacto especial ayudaba a Lady Lovejoy, que tenía algún problema con su corpiño. Y no podían por menos que pensar, Lady Lovejoy y la señorita Alice, que el haber conocido a la señora Barnet les confería un cierto privilegio en materia de tocador: -treinta años, milady-, informó la señora Barnet. Las jóvenes no se pintaban los labios, decía Lady Lovejoy, cuando pasaban unos días en Bourton, antaño. Y la señorita Alice no necesitaba lápiz de labios, decía la señora Barnet, mirándola con cariño. Allí sentada en el guardarropa, la señora Barnet se quedaba atusando las pieles, alisando los mantones españoles, ordenando el tocador, y sabiendo perfectamente, a pesar de las pieles y los bordados, cuáles eran damas y cuáles no. Simpática viejecita, dijo la señora Lovejoy subiendo por las escaleras, la vieja niñera de Clarissa.

Entonces, Lady Lovejoy se preparó.

-Lady Lovejoy y la señorita Lovejoy -le dijo al señor Wilkins (contratado para las fiestas), que tenía un estilo admirable al inclinarse y erguirse; se inclinó y se irguió, y anunció con perfecta imparcialidad-. Lady Lovejoy y la señorita Lovejoy... Sir John y Lady Needham... la señorita Weld... el señor Walsh -su estilo era admirable; su vida familiar debe ser irreprochable, salvo que parecía imposible que un ser con labios verdosos y mejillas afeitadas hubiera podido caer en el error de tener hijos con todas sus molestias.

-¡Encantadísima de verte! -dijo Clarissa. Se lo decía a todo el mundo. ¡Encantadísima de verte! Estaba insoportable: efusiva, hipócrita. Era un grave error haber venido. Debería haberse quedado en casa leyendo, pensó Peter Walsh, porque no conocía a nadie.

Oh, Dios, iba a resultar un fracaso; un absoluto fracaso, sentía Clarissa en lo más íntimo, mientras Lord Lexham se disculpaba por su mujer, que se había resfriado en la recepción en los jardines del Palacio de Buckingham. Estaba viendo a Peter por el rabillo del ojo, criticándola, allí, en aquel rincón. ¿Por qué, a fin de cuentas, hacía ella esas cosas? ¿Por qué buscaba montañas y se ponía de pie, empapada, en medio del fuego? ¡Así se consumiera! ¡Así quedara reducida a cenizas! ¡Cualquier cosa antes que esto! ¡Más le valía a uno blandir su antorcha y tirarla al suelo que reducirse y apagarse como una Ellie Henderson cualquiera! Era extraordinario cómo Peter la ponía en ese estado con sólo aparecer y quedarse de pie en un rincón. Peter conseguía que Clarissa se viera a sí misma: exagerada. Era una idiotez. Pero entonces, ¿por qué había venido, si era sólo para criticar? ¿Por qué siempre tomar y nunca dar? ¿Por qué no arriesgarse a exponer su propio punto de vista? Ahora Peter se alejaba, y ella tenía que hablar con él. Pero no se le iba a presentar la ocasión. Así era la vida: humillación, renuncia. Lo que decía Lord Lexham era que su esposa no quiso ponerse las pieles en la recepción en los jardines de Palacio porque «querida, vosotras las señoras sois todas iguales»: ¡Lady Lexham tenía al menos setenta y cinco años! Era delicioso cómo se mimaban el uno al otro, esa vieja pareja. De verdad que apreciaba al viejo Lord Lexham. Creía de verdad que su fiesta tenía importancia, y la ponía enferma saber que todo estaba saliendo mal, que todo estaba decayendo. Cualquier cosa, cualquier explosión, cualquier

horror era mejor que cuando la gente se ponía a pasear sin rumbo, formando grupitos en los rincones como Ellie Henderson, sin siquiera tomarse la molestia de mantenerse erguidos.

Suavemente, el viento hinchó la cortina amarilla con todas las aves del paraíso y pareció que hubiese entrado un aleteo en la sala, con fuerza, y que luego se hubiese retirado. (Las ventanas estaban abiertas.) ¿Había corriente? se preguntó Ellie Henderson. Era propensa a enfriarse. Pero no importaba que apareciese estornudando mañana; eran las chicas con los hombros desnudos en quienes estaba pensando, ya que había sido educada a pensar en los demás por un anciano padre, un inválido, que fue vicario de Bourton, pero ahora estaba muerto; y sus resfriados nunca le afectaban al pecho, nunca. Era las chicas en quienes estaba pensando, las jóvenes con los hombros desnudos, ya que ella misma siempre había sido muy poquita cosa, con su pelo escaso y su perfil seco; aunque ahora, a los cincuenta años cumplidos, estaba empezando a brillar con tenue luz, purificada hasta la distinción por años de abnegación; pero oscurecida de nuevo, para siempre, por su desesperantes buenas maneras de señora bien, por su pánico, cuya causa eran unos ingresos de sólo trescientas libras y su indefensión (no era capaz de ganar ni un penique); ello la hacía tímida y cada año más incapaz de tratar con gente bien vestida que hacía esta clase de cosas todas las noches de la temporada, con sólo decir a sus criadas «me pondré esto y aquello», mientras que Ellie Henderson salía corriendo toda nerviosa y compraba unas flores rosas baratitas, media docena, y luego se echaba un chal por encima de su viejo vestido negro. Porque su invitación a la fiesta de Clarissa había llegado en el último momento. La idea no la hacía demasiado feliz. Tenía como la impresión de que Clarissa había pensado no invitarla este año.

¿Y por qué tenía que invitarla? No había razón alguna, salvo que se conocían desde siempre. En realidad, eran primas. Pero, como es natural, habían ido separándose, Clarissa estaba tan solicitada. Para ella era un acontecimiento eso de ir a una fiesta. Era un regalo el mero hecho de ver las preciosas ropas. ¿Y aquélla no sería Elizabeth, ya crecida, con el peinado a la última moda y el vestido rosa? Y eso que no podía tener más de diecisiete años. Era muy, muy hermosa.

Pero parecía que las muchachas ya no vestían de blanco en su primera salida, como solían hacerlo. (Tenía que recordarlo todo para decírselo a Edith.) Las chicas llevaban vestidos rectos, perfectamente ceñidos, con la falda muy por encima de los tobillos. No le sentaba bien, pensó.

Así pues, con mala vista, Ellie Henderson estiraba un poco el cuello, y no es que a ella le importara el no tener a nadie con quien hablar (apenas conocía a nadie allí), porque le parecía que todos eran tan interesantes: políticos, posiblemente, amigos de Richard Dalloway; sino que fue el mismo Richard Dalloway quién pensó que no podía dejar que la pobre criatura siguiera en pie sola durante toda la velada.

-Bueno, Ellie, ¿como te va la vida? -dijo Richard, con su particular cordialidad. Ellie Henderson, poniéndose nerviosa, sonrojándose y pensando que era extraordinariamente amable por su parte acercarse para hablar con ella, dijo que, realmente, había mucha más gente sensible al calor que al frío.

-Sí, es verdad -dijo Richard Dalloway-. Sin duda. Pero ¿qué más podía uno decir?

-Hola, Richard -dijo alguien, tomándolo por el codo, y... Dios santo, ahí estaba el bueno de Peter, el bueno de Peter Walsh. Estaba encantadísimo de verle, ¡verdaderamente encantado! No había cambiado nada. Y en éstas se pusieron a caminar juntos, cruzando la sala, dándose palmaditas el uno al otro, como si no se hubieran visto desde hacía tiempo, pensó Ellie Henderson, viéndolos alejarse, convencida de conocer el rostro de ese hombre. Un hombre alto, de mediana edad, ojos más bien bonitos, moreno, con gafas y cierto aire de John Burrows. Seguro que Edith lo conocería.

La cortina con su bandada de pájaros del paraíso volvió a hincharse. Y Clarissa lo vio, vio a Ralph Lyon echarla para atrás y seguir hablando. Así que ¡no resultaba un fracaso des-

pués de todo! Todo iba a ir bien ahora, su fiesta. Había empezado. Se había iniciado. Pero la situación todavía estaba pendiente de un hilo. Tenía que quedarse en pie ahí por el momento. Parecía que llegaba mucha gente de golpe.

El coronel y la señora Garrod... El señor Hugh Whitbread... El señor Bowley... La señora Hilbery... Lady Mary Maddox... El señor Quinn..., entonaba el señor Wilkins. Clarissa les dirigió seis o siete palabras a cada uno y siguieron adelante, entraron a los salones; entraban en algo, no en nada, ya que Ralph Lyon había echado la cortina para atrás.

Y sin embargo, en lo que a ella se refería, era demasiado esfuerzo. No estaba disfrutando de la fiesta. Se parecía demasiado a ... una persona cualquiera, ahí de pie; cualquiera podía hacerlo; aun así, admiraba un poco a esa persona cualquiera, no podía dejar de pensar que era ella quien, a fin de cuentas, había hecho que todo aquello tuviera lugar, que esto marcaba una etapa, este poste en el que tenía la impresión de haberse convertido, pues, por extraño que pareciese, se había olvidado del aspecto que tenía, aunque se sentía como una estaca clavada en lo alto de su escalera. Cada vez que daba una fiesta tenía esta sensación de ser algo ajeno a sí misma y de que todo el mundo era irreal en un sentido, mucho más real en otro. En parte, pensó, se debía a la ropa de sus invitados, que en parte se salían de su estilo habitual, en parte al ambiente de fondo; se podían decir cosas que no se podían decir de ninguna otra manera, cosas que requerían un esfuerzo; era posible llegar más al fondo. Pero no para ella; todavía no, al menos.

-¡Encantadísima de verle! -dijo. ¡Querido viejo Sir Harry! Este conocería a todo el mundo. Y lo que resultaba tan extraño era la sensación que una tenía mientras subían por las escaleras uno tras otro, la señora Mount y Celia, Herbert Ainsty, la señora Dakers... ¡Oh, y Lady Bruton!

-¡Cuánto te agradezco que hayas venido!- dijo, y lo decía sinceramente. Era extraña la sensación que una tenía allí, en pie, al verles pasar y pasar, algunos muy viejos, algunos...

¿Quién? ¿Lady Rosseter? Pero ¿quién podía ser esa Lady Rosseter?

-¡Clarissa! -¡Esa voz! ¡Era Sally Seton! ¡Sally Seton después de tantos años! Como una aparición, saliendo de la niebla. Porque no era así, Sally Seton, cuando Clarissa agarraba la botella de agua caliente. ¡Pensar que Sally Seton estaba bajo este techo! ¡Y con este aspecto!

Una encima de la otra, inhibidas, riendo, salieron unas cuantas palabras en desorden: pasaba por Londres, se enteró por Clara Haydon, ¡qué ocasión de verte! Así que me he plantado aquí, sin invitación...

Una podía dejar la botella de agua caliente con toda compostura. Había perdido el lustre. Pero era extraordinario volver a verla, más vieja, más feliz, menos encantadora. Se besaron en una mejilla, luego en la otra, junto a la puerta de la Balita de estar, y Clarissa se volvió, con la mano de Sally en la suya, vio sus salones llenos, oyó el tronar de las voces, vio los candelabros, las cortinas ondeando al viento y las rosas que Richard le había regalado.

-Tengo cinco hijos enormes -dijo Sally.

Era el egotismo más puro y simple, la pretensión -que ni siquiera trataba de esconder, de que había que pensar en ella primero, y Clarissa la amaba por ser todavía así.

-¡No me lo puedo creer! -gritó, estremeciéndose de pies a cabeza ante el recuerdo del pasado.

Pero ¡lástima! Wilkins la requería; Wilkins pronunció, con una voz de imponente autoridad, como si todos los presentes hubieran de ser amonestados y la anfitriona apartada de la frivolidad, un nombre:

-El Primer Ministro -dijo Peter Walsh.

¿El Primer Ministro? ¿De verdad era él? Ellie Henderson se maravilló. ¡Vaya un chisme para contárselo a Edith!

Uno no se podía reír de él. Tan sencillo que parecía. Podías estar detrás de un mostrador y haberle comprado unas galletas... Pobre hombre, todo ataviado de encajes dorados. Y, la verdad sea dicha, cuando hizo su ronda de saludos, primero con Clarissa, y escoltado luego por Richard, lo hizo muy bien. Intentaba parecer alguien. Era divertido verlo. Nadie lo miraba. Simplemente seguían hablando, aunque estaba perfectamente claro que todos eran conscientes (lo sentían hasta la médula de los huesos) del paso de esta majestad; de este símbolo de lo que todos representaban: la sociedad inglesa. La vieja Lady Bruton, también de muy tino aspecto, muy gallarda con sus encajes, remontó la corriente y se retiraron a un cuartito que enseguida empezó a ser espiado, custodiado, y una especie de agitación y murmullo se extendió, abiertamente, como una onda: ¡el Primer Ministro!

Dios, Dios, ¡el esnobismo de los ingleses! pensó Peter Walsh, de pie en el rincón. ¡Cómo disfrutaban acicalándose con encajes de oro y rindiendo pleitesía! ¡Ahí! Ése debía ser -por Júpiter que lo era- Hugh Whitbread, husmeando por el recinto reservado a los grandes, un tanto más gordo, más cano, ¡el admirable Hugh!

Siempre parecía estar de servicio, pensó Peter, un ser privilegiado pero reservado, atesorando secretos por los que sería capaz de dar la vida, aunque sólo se tratase de un chismorreo sin importancia que hubiese salido de un criado de la Corte y que mañana estaría en todos los periódicos. Éstas eran sus nimiedades, la clase de juguetitos con los que había jugado hasta criar canas, hasta el borde de la vejez, gozando del respeto y el afecto de todos los que tuvieron el privilegio de conocer a este tipo de hombre inglés de colegio de pago. Era inevitable que uno se inventara cosas así respecto de Hugh; ése era su estilo, el estilo de aquellas admirables cartas que Peter había leído en el Times a miles de millas mar adentro, y le había dado gracias a Dios por estar lejos de esa charlatanería, aunque sólo fuese para oír los chillidos de los habuinos y las palizas que los culis propinaban a sus mujeres. Un joven de tez verde oliva de alguna universidad permanecía obsequiosamente de pie junto a Hugh. A él lo protegería, lo iniciaría, le enseñaría a salir adelante. Nada le gustaba más que prodigar favores, hacer que el corazón de las viejas damas palpitase con la alegría de verse apreciadas en su avanzada edad, en su aflicción, creyéndose ya muy olvidadas, pero aquí estaba el querido Hugh que se acercaba a él y se tiraba una hora hablando del pasado, recordando nimiedades, alabando el bizcocho hecho en casa, aunque Hugh bien podía comer bizcocho con una Duquesa cualquier día de su vida, pues bastaba con mirarlo para imaginar que probablemente empleara buena parte de su tiempo en ese placentero quehacer. Los que todo lo juzgan, los que siempre se compadecen de todo, podrían disculparle. Peter Walsh no tenía piedad. Malvados los hay, y ¡Dios sabe que los canallas que son ahorcados por aplastarle los sesos a una muchacha en un tren hacen menos daño, con todo, que Hugh Whitbread y sus favores! Había que verlo ahora, de puntillas, avanzando como si bailara, haciendo zalemas, en el momento en que el Primer Ministro y Lady Bruton salían, dando a entender a todos los presentes que tenía el privilegio de decir algo, algo privado, a Lady Bruton en cuanto pasara. Ella se detuvo. Movió su gran cabeza ya vieja. Seguramente le estaría dando las gracias a Hugh por alguna muestra de servilismo. Ella tenía a sus pelotilleros, pequeños funcionarios de la administración del gobierno que correteaban de un lado a otro haciéndole pequeñas diligencias, a cambio de las cuales les invitaba a almorzar. Pero Lady Bruton era un remanente del siglo dieciocho. Era un buen elemento.

Y ahora Clarissa daba escolta a su Primer Ministro a través de la sala, contoneándose, chispeando, con el carácter señorial que le conferían sus canas. Llevaba pendientes y un vestido de sirena verde plata. Ondeando sobre las olas y trenzándose el pelo, parecía tener todavía ese don: el de ser, de existir, de reunirlo todo a su paso; se volvió, se enganchó el echarpe en el vestido de alguna mujer, lo desenganchó, rió, todo con la más perfecta soltura y el aire de una criatura flotando en su elemento. Pero la edad la había rozado, como una sirena que advierta en su espejo el sol poniente en un atardecer muy claro sobre las olas. Había un

aliento de ternura; su severidad, mojigatería, imperturbabilidad se habían caldeado ya, y mostraba en su persona, mientras despedía al hombre grueso de dorados encajes, que hacía lo que podía -y ojalá lo consiguiera- para parecer importante, una dignidad inefable; una cordialidad exquisita; como si estuviera dándole al mundo entero sus mejores deseos, y ahora, hallándose ya en el mismísimo borde y extremo de las cosas, tuviese que retirarse. Esto es lo que Clarissa le hizo pensar a Peter Walsh. (Pero él no estaba enamorado.)

Verdaderamente, pensó Clarissa, el Primer Ministro había sido muy amable al acudir. Además, al atravesar la sala con él, con Sally allí, y Peter, y Richard encantado, con toda esa gente un tanto propensa, quizá, a envidiarla, había sentido esa intoxicación del momento, esa dilatación de los nervios del corazón mismo, hasta tal punto que éste pareció estremecerse, elevarse, ponerse en pie... Sí, pero al fin y al cabo esto era lo que otros sentían; pues aunque le encantaba esta impresión y sentía su hormigueo y su escozor, estas apariencias, estos triunfos (el bueno de Peter, por ejemplo, que la consideraba tan brillante), tenían cierto vacío dentro; estaban a una distancia prudente, no en el corazón; y bien podría ser que estuviera haciéndose vieja, el caso es que ya no la satisfacían como antes. Y de pronto, viendo al Primer Ministro bajar las escaleras, el borde dorado del cuadro de Sir Joshuas de la niña pequeña con manguito le trajo el instantáneo recuerdo de la Kilman; Kilman, su enemiga. Eso era satisfactorio; eso era real. ¡Ay, cuánto la odiaba! Apasionada, hipócrita, corrupta; con todo ese poder; la seductora de Elizabeth; la mujer que había entrado a hurtadillas para robar y deshonrar (Richard diría: ¡qué tontería!). La odiaba: la amaba. Era enemigos lo que una quería, no amigos, no a la señora Durrant ni a Clara, Sir William y Lady Bradshaw, la señorita Truelock y Eleanor Gibson (a quien vio subir). Que la buscaran si querían verla. ¡Ella estaba pendiente de su fiesta!

Ahí estaba su viejo amigo, Sir Harry.

-¡Querido Sir Harry! -dijo acercándose al viejo y simpático personaje que había pintado más malos cuadros que el resto de los académicos de todo St. John's Woods (en sus cuadros siempre había ganado, en pie junto a las charcas al atardecer, absorbiendo humedad, o expresando, dado que tenía cierta habilidad para los gestos, con una pata delantera levantada y la cornamenta enarbolada, «el Extraño se acerca»; todas sus actividades, cenar fuera, ir a las carreras, estaban fundadas en el ganado absorbiendo humedad en las charcas del atardecer).

-¿De qué se ríen? -le preguntó Clarissa. Porque Willie Titcomb, Sir Harry y Herbert Ainsty se estaban riendo todos. Pero no. Sir Harry no podía contarle a Clarissa Dalloway (por mucho que la apreciase; la consideraba perfecta en su estilo y la amenazó con pintarla) sus historias de music-hall. Le tomó el pelo a propósito de su fiesta. Echaba en falta su brandy. Estos círculos, dijo Sir Harry, eran demasiado para él. Pero la apreciaba, la respetaba, a pesar de su maldito y difícil refinamiento de clase alta, que le impedía pedirle a Clarissa Dalloway que se sentara en sus rodillas. Y aquí llegaba ese errabundo capricho, esa vaga luminaria, la vieja señora Hilbery, extendiendo sus manos al calor de la risa de Sir Harry (se reía del Duque y la Lady) que, cuando la oyó en el otro extremo de la sala, pareció tranquilizarla con respecto a algo que a veces la preocupaba si se despertaba de madrugada y no quería molestar a la criada para que le hiciera una taza de té: la seguridad de que debemos morir.

-No quieren contarnos sus historias -dijo Clarissa. -¡Querida Clarissa! -exclamó la señora Hilbery. Cuánto se parecía a su madre esta noche, dijo, cuando la vio por primera vez en un jardín, paseando con un sombrero gris.

Entonces, los ojos de Clarissa se llenaron literalmente de lágrimas. ¡Su madre, paseando en el jardín! Lo sentía mucho, pero tenía que irse.

Porque allí estaba el profesor Brierly, que daba conferencias sobre Milton, hablando con el pequeño Jim Hutton (que era incapaz, incluso para una fiesta como ésta, de conjuntar chaleco y corbata o de evitar tener el pelo de punta), y aun a esta distancia podía apreciar que

se estaban peleando. Porque el profesor Brierly era un bicho raro. Con todos aquellos títulos, honores, cátedras que lo ponían a mucha distancia de los escritorzuelos, se daba cuenta al instante de cuándo un ambiente era hostil a su extraña personalidad, a su prodigiosa erudición y timidez, a su encanto invernal, sin cordialidad, a su inocencia mezclada con esnobismo. Se estremecía si se daba cuenta, por el cabello despeinado de una señora, o las botas de un joven, de la presencia de un submundo, sin duda digno de crédito, de rebeldes, de jóvenes ardientes, de futuros genios, y daba a entender, con un ligero gesto de la cabeza, un respingo -¡uf!- el valor de la moderación, del estudio superficial de los clásicos para ser capaces de comprender a Milton. El profesor Brierly (Clarissa lo veía) no estaba precisamente de acuerdo con el pequeño Jim Hutton (que llevaba calcetines rojos porque los negros los tenía en la lavandería) respecto de Milton. Clarissa los interrumpió.

Clarissa dijo que le encantaba Bach. A Hutton también. Ese era el vínculo que los unía, y Hutton (un poeta muy malo) siempre tuvo la impresión de que la señora Dalloway era, con diferencia, la mejor de las grandes señoras que se interesaban por el arte. Resultaba extraño lo estricta que era. En materia de música, era puramente impersonal. Era un tanto pedante. Pero ¡tan encantadora que resultaba! Sabía hacer de su casa un lugar agradable, de no ser por los catedráticos. A Clarissa se le estaba ocurriendo pillarlo por banda y sentarlo al piano, en la habitación de atrás. Y es que tocaba divinamente.

-Pero... ¡el ruido! -dijo ella-. ¡El ruido!

-Es señal del éxito de una fiesta -y tras inclinar la cabeza cortésmente, el profesor se retiró con delicadeza. -Lo sabe absolutamente todo sobre Milton, todo -dijo Clarissa.

-¡No me diga! ¿En serio? -dijo Hutton, que podía imitar al profesor en todo punto: el profesor hablando de Milton, el profesor hablando de moderación, el profesor retirándose con delicadeza.

Pero tenía que hablar con aquella pareja, dijo Clarissa, Lord Gayton y Nancy Blow.

Y no es que ellos precisamente contribuyeran de manera perceptible al ruido de la fiesta. No estaban hablando (de manera perceptible), mientras permanecían de pie, uno al lado del otro, junto a las cortinas amarillas. Pronto se irían juntos; y nunca tenían mucho que decir en cualquier circunstancia. Miraban, eso era todo. Era suficiente. Parecían tan limpios, tan sanos, ella con una frescura de albaricoque hecha de polvos y pintura, mientras que él, lavado y refrotado, con los ojos de un pájaro, no habría bola que se le pasara, ni golpe que le sorprendiera. Golpeaba, saltaba, con precisión, sobre el propio terreno. Las bocas de los ponis temblaban al extremo de sus riendas. Tenía sus honores, monumentos ancestrales, pendones colgados en la iglesia, en sus fincas. Tenía sus deberes; sus arrendatarios; una madre y hermanas; se había pasado el día entero en Lord's, y eso era de lo que estaban hablando -del cricket, de los primos, del cine- cuando llegó a su lado. Lord Gayton la apreciaba un potosí. Y la señorita Blow, otro tanto. Es que Clarissa tenía unos modales encantadores.

-¡Es angelical... es delicioso que hayáis venido! -dijo. Le encantaba Lord's; le encantaba la juventud, y Nancy, vestida a enormes precios por los mejores artistas de París, estaba ahí de pie, mirando, como si su cuerpo hubiese sacado, pura y simplemente, de motu propio, un volante verde.

-Quería que hubiera habido baile -dijo Clarissa.

Porque los jóvenes no sabían hablar. Y ¿por qué habrían de hacerlo? Gritar, abrazarse, bailar, llegar despiertos al amanecer, llevarles azúcar a los ponis, besar y acariciar el hocico de unos chow-chows adorables; y después, corriendo y zumbando, zambullirse y nadar. Pero los enormes recursos de la lengua inglesa, el poder que confiere, a fin de cuentas, para trasmitir sentimientos (a su edad, ella y Peter se habrían pasado la velada discutiendo), no iba con ellos. Iban a solidificarse jóvenes. Serían sumamente buenos con la gente de la finca, pero solos, quizá un tanto aburridos.

-¡Qué lástima! -dijo-. Hubiera querido que hubiese baile.

¡Era extraordinariamente amable que hubieran venido! Pero, ¿cómo hablar de baile? Las salas estaban a rebosar. Ahí estaba la vieja tía Helena, con su chal. Por desgracia debía dejarlos, a Lord Gayton y a Nancy Blow. Ahí estaba la vieja señorita Parry, su tía.

Porque la señorita Parry no había muerto: la señorita Parry estaba viva. Tenía más de ochenta años. Subía por las escaleras despacio, con bastón. La colocaron en una silla (Richard se había ocupado de ello). Siempre le llevaban a gente que había estado en Birmania en los años setenta. ¿Dónde se había metido Peter? Solían ser tan amigos. Y es que, en cuanto se mencionaba la India, o incluso Ceylán, sus ojos (sólo uno era de cristal) adquirían lentamente profundidad, se volvían azules, veían, no a los seres humanos -no tenía tiernos recuerdos, ni orgullosas ilusiones sobre Virreyes, Generales o motines- eran orquídeas lo que veía, puertos de montaña, y a sí misma transportada a lomo por los culis en los años sesenta, atravesando picos solitarios; o también se veía bajando a arrancar orquídeas (unas flores sorprendentes, nunca vistas anteriormente) que pintaba en acuarelas; una indomable mujer inglesa, inquieta cuando la guerra la molestaba, por ejemplo, cuando estalló una bomba ante su misma puerta, arrancándola de su profunda meditación sobre las orquídeas y sobre su propia figura viajando por la India en los sesenta... Pero aquí estaba Peter.

-Ven a hablar de Birmania con la tía Helena -dijo Clarissa.

¡Y eso que no había hablado ni media palabra con ella en toda la velada!

-Hablaremos más tarde -dijo Clarissa, llevándolo junto a la tía Helena, con su chal blanco, con su bastón.

-Peter Walsh -dijo Clarissa.

Eso no significaba nada.

Clarissa la había invitado. Era fatigoso, era ruidoso; pero Clarissa la había invitado. Así que había venido. Era una lástima que vivieran en Londres Richard y Clarissa, aunque sólo fuese por la salud de Clarissa, hubiera sido mejor que viviesen en el campo. Pero a Clarissa siempre le había gustado la vida de sociedad.

-Ha estado en Birmania -dijo Clarissa.

¡Ah! No podía resistirse a recordar lo que Charles Darwin había comentado acerca del librito que ella había escrito sobre las orquídeas de Birmania.

(Clarissa tenía que hablar con Lady Bruton.)

Sin duda que ya había caído en el olvido, su libro sobre las orquídeas de Birmania, pero pasó por tres ediciones antes de 1870, le dijo a Peter. Ahora sí que se acordaba de él. Había estado en Bourton (y él la había abandonado, recordó Peter Walsh, sin mediar palabra, en la sala de estar, aquella noche que Clarissa lo había invitado a ir con ella a remar).

-Richard lo pasó muy bien almorzando en su casa -dijo Clarissa a Lady Bruton.

-Richard me prestó una ayuda incalculable -contestó Lady Bruton-. Me ayudó a escribir una carta. Y tú, ¿cómo estás?

-¡Oh, perfectamente! -dijo Clarissa. (Lady Bruton detestaba que las esposas de los políticos estuvieran enfermas.)

-¡Y ahí está Peter Walsh! -dijo Lady Bruton (porque nunca sabía de qué hablar con Clarissa, aunque la apreciaba. Tenía muchas cualidades, pero Clarissa y ella no tenían nada en común. Hubiera sido mejor que Richard se casara con una mujer con menos encanto, que le hubiera ayudado más en su trabajo. Había perdido su oportunidad en el gobierno)-. ¡Ahí está Peter Walsh! -dijo, dándole la mano a ese agradable pecador, ese tipo tan competente que debería de haberse labrado una reputación, pero que no lo había hecho (siempre por culpa de sus problemas con las mujeres), y por supuesto, a la vieja señorita Parry. ¡Esa vieja dama tan maravillosa!

Lady Bruton se quedó junto a la silla de la señorita Parry, un granadero fantasmal revestido de negro, e invitó a Peter Walsh a almorzar; cordial, pero sin conversación, sin recordar nada de la flora o fauna de la India. Había estado allá, por supuesto; había vivido

bajo el mandato de tres Virreyes; estimaba que algunos indios civiles eran personas insólitamente correctas; pero ¡qué tragedia!... ¡el estado en que encontraba la India! El Primer Ministro acababa de hacerle algunos comentarios (la vieja señorita Parry, arrebujada en su chal, no tenía el menor interés por los comentarios que el Primer Ministro acababa de hacerle), y Lady Bruton quería conocer la opinión de Peter Walsh, puesto que estaba recién llegado del centro de los acontecimientos; iba a arreglar un encuentro con Sir Sampson y él, pues por cierto que le quitaba el sueño, la locura de la situación, la perversidad podría decirse, siendo la hija de un militar. Ya era una vieja, y no valía para mucho. Pero su casa, sus criados, su buena amiga Milly Brush -¿se acordaba de ella?- estaban allí a su disposición, por si... bueno, por si podían ser de alguna ayuda, en resumidas cuentas. Y es que Lady Bruton nunca hablaba de Inglaterra, sino cómo esta isla de hombres, esta querida, queridísima tierra corría por sus venas (sin que hubiera leído a Shakespeare), y si alguna vez hubo mujer capaz de ponerse el casco y disparar la flecha, capaz de acaudillar a las tropas en un ataque, gobernar con indómita justicia a hordas de bárbaros y yacer desnarigada bajo un escudo en una iglesia o convertida en un montículo de hierba en cierta primigenia ladera, esa mujer era Millicent Bruton. Privada por su sexo, y también por culpa de algún engaño, de la facultad lógica (le resultaba imposible escribir una carta al Times), concebía el Imperio como algo siempre al alcance de la mano, y había adquirido, gracias a su pacto con aquella acorazada diosa, su erguida prestancia, la robustez de su carácter, de manera que era imposible imaginársela, ni aun en la muerte, separada de la tierra o vagando por unos territorios en los que, de alguna forma espiritual, la bandera de Inglaterra había dejado de ondear. Dejar de ser inglesa, aun entre los muertos... ¡no, no! ¡Imposible!

Pero ¿era esa mujer Lady Bruton? (a quien antes conocía). Era ese hombre Peter Walsh, encanecido?, se preguntaba Lady Rosseter (que había sido Sally Seton). Esa era sin duda la vieja señorita Parry, la vieja tía que solía estar tan enfadada cuando ella pasaba alguna temporada en Bourton. ¡Nunca se le olvidaría aquella vez que se puso a correr desnuda por el pasillo, y que la mandó llamar la señorita Parry! ¡Y Clarissa! ¡Oh, Clarissa! Sally la cogió por el brazo.

Clarissa se detuvo junto a ellos.

-Pero no puedo quedarme -dijo-. Volveré luego. Esperadme -dijo, mirando a Peter y Sally. Quería decir que la esperasen hasta que toda esa gente se hubiese ido.

-Volveré -dijo, mirando a sus viejos amigos, Sally y Peter, que se estaban dando la mano, y Sally, sin duda recordando el pasado, se reía.

Pero su voz estaba desprovista de su antigua riqueza arrebatadora; sus ojos no brillaban como solían hacerlo, cuando fumaba puros, cuando corría por el pasillo para ir a buscar su esponja, completamente en cueros, y Ellen Atkins preguntaba: ¿Y si los caballeros se hubieran topado con ella, qué? Pero todo el mundo la perdonaba. Robó un pollo de la despensa porque le entraba hambre por la noche; fumaba puros en su dormitorio; se dejó un libro de valor incalculable en la barca. Pero todo el mundo la adoraba (salvo papá, quizá). Era su calor, su vitalidad: pintaba, escribía. Las viejas del pueblo nunca habían olvidado, hasta la fecha, preguntarle por «su amiga de la capa roja que parecía tan lista». Acusó a Hugh Whitbread, precisamente a él (ahí estaba su viejo amigo Hugh, hablando con el embajador portugués), de besarla en la sala de fumar para castigarla por decir que las mujeres deberían tener derecho al voto. Los hombres vulgares lo tenían, decía ella. Y Clarissa recordaba tener que convencerla de no denunciarlo en las oraciones de familia, cosa de la que era capaz, dada su audacia, su temeridad, su melodramática afición a ser el centro de todo y a provocar escenas. Clarissa pensaba entonces que la cosa iba a acabar en una terrible tragedia; su muerte; su martirio... En lugar de ello, se había casado, de manera bastante inesperada, con un señor calvo con una gran flor en la solapa, propietario, según decían, de varias fábricas de algodón en Manchester. ¡Y tenía cinco niños!

Peter y ella se quedaron juntos. Estaban hablando: parecía algo tan normal que estuvieran hablando. Seguramente comentarían el pasado. Con ellos dos (incluso más que con Richard), Clarissa compartía su pasado; el jardín; los árboles; el viejo Joseph Breitkopf cantando a Brahms sin voz; el olor de las esteras. Sally siempre formaría parte de esto, así como Peter. Pero tenía que dejarlos. Ahí estaban los Bradshaw, que no le caían bien.

Tenía que acercarse a Lady Bradshaw (vestida de gris y plata, balanceándose como un león marino en el borde de su acuario, ladrando a las duquesas para conseguir invitaciones, la típica esposa del hombre triunfador), tenía que acercarse a Lady Bradshaw y decirle...

Pero Lady Bradshaw se le adelantó.

-Llegamos escandalosamente tarde, querida señora Dalloway; apenas nos atrevíamos a entrar -dijo.

Y Sir William, muy distinguido él, con sus canas y ojos azules, dijo: sí, no pudieron resistirse a la tentación. Estaba hablando con Richard, probablemente de ese proyecto de ley que querían que la Cámara de los Comunes aprobara. ¿Por qué el mero hecho de verlo hablar con Richard la espeluznaba? Tenía el aspecto de lo que era, de un gran médico. Un hombre absolutamente de primer orden en su profesión, muy poderoso, un tanto gastado. Porque había que pensar en la clase de casos que se le presentaban: personas en la más profunda desgracia, gente al borde de la locura, maridos y esposas. Tenía que tomar decisiones sobre cuestiones de impresionante dificultad. Con todo..., lo que sentía era que no le gustaría que Sir William la viese desgraciada. No; ese hombre no.

-¿Cómo le va a su hijo en Eton? -le preguntó a Lady Bradshaw.

Precisamente ahora acababa de tener las paperas, con lo que no había podido presentarse al examen de ingreso al bachillerato. Su padre estaba más preocupado que él mismo, creía ella, «porque no es más que un niño grande», dijo.

Clarissa miró a Sir William, que estaba hablando con Richard. No parecía un niño, ni en lo más remoto.

En una ocasión, había ido con alguien a pedirle consejo. Él se había portado perfectamente, con mucha sensatez. Pero, ¡Dios santo! ¡Qué alivio cuando salió de nuevo a la calle! Recordaba que había un pobre desgraciado sollozando en la sala de espera. Pero no sabía qué tenía Sir William, lo que le disgustaba de él exactamente. Sólo que Richard estaba de acuerdo con ella, «no le agradaba su gusto, su olor». Pero era extraordinariamente competente. Estaban hablando de ese proyecto de ley. Sir William estaba mencionando algún caso, bajando la voz. Tenía relación con lo que estuvo comentando sobre los efectos tardíos del trauma psíquico que sufrían los combatientes. Había que tenerlo en cuenta en el proyecto de ley.

Bajando la voz, arrastrando a la señora Dalloway al refugio de una feminidad común, un orgullo común por las ilustres cualidades de los maridos y por su triste tendencia a trabajar en exceso, Lady Bradshaw (pobre gansa, una no podía tenerle manía) murmuró: «justo cuando nos íbamos, mi marido recibió una llamada, un caso muy triste. Un joven (es lo que Sir William le está contando al señor Dalloway) se había suicidado. Había estado en el ejército». ¡Oh! pensó Clarissa, en medio de mi fiesta, está la muerte, pensó.

Siguió adelante hasta el pequeño cuarto donde el Primer Ministro había estado con Lady Bruton. Quizá hubiera alguien ahí. Pero no había nadie. Las sillas aún conservaban la impronta del Primer Ministro y Lady Bruton, ella vuelta hacia él con deferencia, él sentado con solemnidad, con autoridad. Habían estado hablando de la India. No había nadie. El esplendor de la fiesta se derrumbó, tan extraño que era entrar allí sola, con sus galas.

¿Quién les mandaba a los Bradshaw hablar de la muerte en su fiesta? Un joven se había suicidado. Y se ponían a hablar de ello en su fiesta; los Bradshaw hablaban de la muerte. Se había suicidado, pero ¿cómo? Siempre lo experimentaba en carne propia, cuando le daban la noticia, de primeras, de sopetón, de un accidente; su vestido se inflamaba, el

cuerpo le ardía. Se había tirado por la ventana. El suelo: arriba como el rayo; atravesando su cuerpo, penetrantes, hirientes, se clavaron los roñosos pinchos de la verja. Ahí quedó él, con un golpe seco, seco, seco en el cerebro, y luego un ahogo de tinieblas. Así lo vio. Pero ¿por qué lo había hecho? ¡Y los Bradshaw hablando de ello en su fiesta!

En cierta ocasión, Clarissa había tirado un chelín al lago de Serpentine, nada más. Pero él lo había tirado todo. Ellos seguían viviendo (tenía que volver: los salones seguían abarrotados, seguía llegando la gente). Ellos... (se había pasado el día pensando en Bourton, en Peter, en Sally), ellos llegarían a viejos. Había una cosa que sí importaba; una cosa, envuelta en palabras vanas, desfigurada, oculta en su propia vida, abandonada diariamente en la corrupción, en las mentiras, en las palabras vanas y esto es lo que él había conservado. La muerte era desafío. La muerte era un intento de comunicarse, ya que la gente siente la imposibilidad de llegar al centro que, místicamente, se les escapa; la intimidad separaba; el entusiasmo se desvanecía; una estaba sola. Había un abrazo en la muerte.

Pero este joven que se había suicidado... ¿se había lanzado con su secreto? «Si llegase la muerte ahora, sería absolutamente feliz», se había dicho a sí misma en una ocasión, bajando las escaleras, vestida de blanco.

Y también estaban los poetas y pensadores. Y si este joven hubiera tenido esa pasión, y hubiera visitado a Sir William Bradshaw, un gran médico, aunque obscuramente maligno según ella, sin sexo ni lujuria, extremadamente educado con las mujeres, pero capaz de algún ultraje indescriptible -violar el alma, eso era-, si este joven lo hubiera visitado y Sir William lo hubiese estampado así, con su poder, ¿no podría haber dicho (lo sentía ahora de verdad): La vida se hace insoportable, hacen de la vida algo insoportable, los hombres así?

Y además (lo había sentido esta misma mañana), estaba el terror; la sobrecogedora incapacidad, depositada en tus manos por tus propios padres, esta vida, para que la vivas hasta el final, para que camines por ella con serenidad; había en lo más hondo de su corazón un miedo espantoso. Aun ahora, bastante a menudo, si Richard no hubiese estado ahí leyendo el Times para que ella pudiese encogerse como un pájaro y revivir poco a poco, lanzando en un rugido esa delicia incomensurable, frotando palo contra palo, seguramente habría muerto. Había escapado. Pero ese joven se había suicidado.

De alguna manera era su desastre, su desdicha. Era su castigo: ver cómo se hundían y desaparecían aquí un hombre, allí una mujer, en esta profunda oscuridad, mientras se veía obligada a estar aquí de pie con su vestido de noche. Había intrigado; había robado. Nunca fue del todo admirable. Había deseado el éxito, Lady Bexborough y todo lo demás. Y en una ocasión había caminado por la terraza en Bourton.

Extraño; increíble; nunca había sido tan feliz. Nada parecía tener la suficiente lentitud; nada podía durar demasiado. Ningún placer podía compararse, pensó, enderezando las sillas, colocando un libro en el estante, con este haber terminado con los triunfos de la juventud, haberse perdido en el proceso de vivir para encontrarlo, con una deliciosa sacudida, al despuntar el alba, al caer el día. Muchas veces había ido, en Bourton, cuando todos estaban charlando, a mirar el cielo; o lo había visto entre los hombros de la gente durante la cena, en Londres cuando no podía conciliar el sueño. Se encaminó hacia la ventana.

Había algo de ella misma, por descabellada que fuera la idea, en este cielo campestre, este cielo de Westminster. Separó las cortinas; miró. ¡Oh! Pero ¡qué sorprendente! ¡En la habitación de enfrente la vieja la miraba fijamente! Se iba a la cama. Y el cielo. Será un cielo solemne, había pensado, será un cielo crepuscular, que aparta su mejilla con belleza. Pero ahí estaba: pálido, como de ceniza, cruzado por unas rápidas nubes, grandes y deshilachadas. Era nuevo para ella. Debe de haberse levantado viento. Se iba a la cama en la habitación de enfrente. Era fascinante mirarla, moviéndose de un lado a otro, esa anciana, cruzando la habitación, acercándose a la ventana. ¿La vería a ella? Era fascinante, con la gente que todavía reía y gritaba en la sala de estar, mirar a esa anciana que, muy silenciosa, se iba sola a

la cama. Ahora cerraba la persiana. El reloj empezó a sonar. El joven se había suicidado; pero no lo compadecía; con el reloj dando la hora, una, dos, tres, no lo compadecía, con todo lo que estaba pasando. ¡Ahora! ¡La vieja dama había apagado la luz! La casa entera estaba ya a oscuras, con todo lo que estaba pasando, repitió, y las palabras acudieron a su mente: No temas más al ardor del sol. Tenía que regresar junto a ellos. Pero ¡qué noche tan extraordinaria! De alguna forma, se sentía muy cerca de él, del joven que se había suicidado. Se alegraba de que lo hubiera hecho; que lo hubiera tirado todo por la borda mientras ellos seguían viviendo. El reloj sonaba. Los círculos de plomo se disolvieron en el aire. Pero tenía que regresar. Tenía que acudir a la reunión. Debía volver junto a Sally y Peter. Y entró al salón desde el cuarto pequeño.

-Pero ¿dónde está Clarissa? -dijo Peter. Estaba sentado en el sofá con Sally. (Después de tantos años, era realmente incapaz de llamarla «Lady Rosseter»)-. ¿Dónde se ha metido esta mujer? -preguntó-. ¿Dónde está Clarissa?

Sally supuso, y lo mismo Peter, que había personalidades importantes, políticos, a los que ni ella ni él conocían, salvo de vista, por la prensa gráfica, y con quienes Clarissa debía ser amable, darles conversación. Estaba con ellos. Y eso que Richard Dalloway no estaba en el gobierno. ¿Que no le habían ido bien las cosas, según Sally? En cuanto a ella, rara vez leía la prensa. A veces veía que se mencionaba su nombre. Pero bueno, ella llevaba una vida muy solitaria, en la selva, como diría Clarissa, entre grandes mercaderes, grandes industriales, hombres, en resumidas cuentas, que hacían cosas. ¡Ella también había hecho cosas!

-¡Tengo cinco hijos! -le dijo.

¡Señor, señor, cómo había cambiado Sally! La dulzura de la maternidad, su egotismo también. La última vez que se vieron, recordaba Peter, había sido entre las coliflores, a la luz de la luna, las hojas estaban «como bronce rugoso», había dicho ella, con su disposición literaria, y había cogido una rosa. Sally se lo había llevado a caminar de un lado a otro aquella noche, después de la escena junto a la fuente; Peter iba a coger el tren de medianoche. ¡Santo cielo, y había llorado!

Ese era su viejo truco, abrir una navajita, pensó Sally, siempre abrir y cerrar una navajita cuando se ponía nervioso. Habían sido muy, muy amigos, ella y Peter Walsh, cuando estaba enamorado de Clarissa y se produjo aquella escena horrible y ridícula por Richard Dalloway en la comida. Sally había llamado «Wickham» a Richard. ¿Por qué no llamarle «Wickham»? ¡Clarissa se puso como una furia! Y la verdad es que Clarissa y ella no habían vuelto a verse más de cinco o seis veces acaso, en los últimos diez años. Peter Walsh se había marchado a la India; ella había oído vagos rumores según los cuales a Peter le había ido mal en su matrimonio, no sabía si tenía hijos y no se lo podía preguntar porque ya no era el mismo de antes. Parecía más bien encogido, pero más amable, pensó Sally, y le tenía verdadero afecto, porque estaba vinculado con su juventud, y todavía conservaba el pequeño libro de Emily Brontë que Peter le había regalado. ¿No es cierto que pensaba dedicarse a escribir? En aquellos tiempos pensaba escribir.

-¿Has escrito algo? -le preguntó Sally, al tiempo que extendía la mano, su mano firme y bien formada, sobre la rodilla, un gesto que él recordaba.

-¡Ni una palabra! -dijo Peter Walsh. Sally se echó a reír.

Todavía era atractiva, aún era todo un personaje, Sally Seton. Pero ¿quién era ese Rosseter? Llevaba dos camelias el día de su boda, eso es todo lo que Peter sabía de él. «Tienen miles de criados y millas enteras de invernaderos», le escribió Clarissa, o algo parecido. Sally reconoció que así era con una carcajada.

-Sí, tengo diez mil al año -aunque no recordaba si eso era antes o después de pagar los impuestos, pues su marido-, al que tengo que presentarte -dijo-, te va a caer bien -dijo, se encargaba de todo eso.

Y es que Sally, en tiempos, estaba siempre en las últimas. Había empeñado la sortija que María Antonieta le había regalado a su tatarabuelo -¿lo había dicho bien?, le preguntó Peter- para pagarse el viaje a Bourton.

Oh, sí, Sally se acordaba; aún lo conservaba, esa sortija de rubíes que María Antonieta había regalado a su tatarabuelo. Nunca tenía un penique en aquellos tiempos, e ir a Bourton siempre representaba un gasto enorme. Pero Bourton había significado mucho para ella: la había mantenido cuerda, según creía, debido a lo desgraciada que había sido en su casa. Pero todo eso pertenecía al pasado, todo era el pasado, dijo. Y el señor Parry había muerto; y la señorita Parry aún vivía. ¡Había sido el mayor susto de su vida!, dijo Peter. Estaba completamente convencido de que había muerto. Y la boda, suponía Sally, todo un éxito. Y esa joven tan hermosa, tan segura de sí misma era Elizabeth, allí, junto a las cortinas, vestida de rosa.

(Era como un olmo, era como un río, era como un jacinto, pensaba Willie Titcomb. ¡Ah, cuánto más agradable sería estar en el campo y hacer lo que quisiera! Estaba oyendo aullar al pobre perro, Elizabeth estaba segura.) No se parecía en nada a Clarissa, dijo Peter Walsh.

-¡Oh, Clarissa! -dijo Sally.

Lo que Sally sentía era sencillamente esto. Le debía a Clarissa muchísimas cosas. Habían sido amigas, no simples conocidas, sino amigas, y todavía veía a Clarissa toda de blanco, yendo por la casa con las manos llenas de flores: hasta hoy, las plantas de tabaco siempre le habían recordado Bourton. Pero -¿lo entendía Peter?- le faltaba algo. Le faltaba... ¿el qué? Tenía encanto, tenía un encanto extraordinario. Pero, con franqueza (y tenía a Peter por un viejo amigo, un verdadero amigo... ¿acaso importaba la ausencia?... ¿acaso importaba la distancia? A menudo había deseado escribirle, pero había roto la carta, y aun así sentía que él comprendía, porque la gente comprende sin necesidad de decir nada lo que uno entiende al hacerse viejo, y ella era vieja, había estado esa misma tarde en Eton visitando a sus hijos, que tenían paperas), con toda franqueza, ¿cómo pudo Clarissa hacer una cosa así? Casarse con Richard Dalloway, un deportista, un hombre que no se interesaba más que por los perros. Literalmente, cuando entraba en la habitación, olía a establos. Y después... ¿todo esto?, dijo haciendo un gesto con la mano.

Hugh Whitbread pasaba por allí, sin rumbo, con su chaleco blanco, sombrío, gordo, ciego, pasando de largo ante todo lo que veía, salvo ante la autoestima y la comodidad.

-A nosotros no va a reconocernos -dijo Sally, y de verdad no tuvo valor para... ¡Con que ése era Hugh, el admirable Hugh!

-Y ¿a qué se dedica? -le preguntó a Peter.

Enceraba las botas del Rey, o contaba botellas en Windsor, le contestó Peter. ¡Así que Peter todavía tenía esa afilada lengua suya! Y ahora, Sally debía ser sincera, dijo Peter. Ese beso, el de Hugh.

En los labios, le aseguró Sally, en la sala de fumar, una tarde. Acudió a Clarissa directamente, enfurecida. ¡Hugh no hacía cosas así!, dijo Clarissa, ¡el admirable Hugh! Los calcetines de Hugh eran, sin excepción, los más preciosos que hubiera visto jamás. Y ahora, su traje de noche. ¡Perfecto! Y... ¿tenía hijos?

-Todo el mundo en este salón tiene seis hijos en Eton -le contestó Peter, menos él. El, gracias a Dios, no tenía ninguno. Ni hijos, ni hijas, ni esposa. Bueno, pues no parecía importarle, dijo Sally. Parecía más joven, pensó ella, que cualquiera de ellos.

Pero fue una estupidez en muchos aspectos, casarse de esa manera:

-Era una boba absoluta -dijo, pero añadió-: nos lo pasamos estupendamente -pero ¿cómo fue?, se preguntó Sally; ¿qué quería decir?, y qué raro resultaba conocerle sin saber nada de lo que le había ocurrido. ¿Lo decía por orgullo? Era muy probable, porque después de todo debía resultarle humillante (aunque era un tipo raro, una especie de duende, para nada

un hombre corriente), debía de sentirse muy solo, a su edad, sin una casa, sin ningún sitio adonde ir. Tenía que ir a verles y quedarse allí semanas enteras. Claro que iría; le encantaría pasar una temporada con ellos, y así fue como salió el tema. Durante todos estos años, los Dalloway no habían ido una sola vez. Los habían invitado una y otra vez. Clarissa (porque era Clarissa, por supuesto) no quería ir. Y es que, dijo Sally, Clarissa era una snob, en el fondo; había que reconocerlo, una snob. Eso era lo que se interponía entre ellas, estaba convencida. Clarissa pensaba que ella se había casado fuera de su clase, ya que se había casado -Sally lo tenía a gala- con el hijo de un minero. Cada penique que tenían se lo habían ganado a pulso. De pequeñito (su voz tembló), había cargado grandes sacos.

(Y podía seguir así horas y horas, pensó Peter; el hijo del minero, la gente que pensaba que se había casado con alguien que no era de su clase, sus cinco hijos, y ¿qué era lo otro?... plantas, hortensias, jeringuillas, rarísimas azucenas que nunca florecen al norte del canal de Suez, pero ella, con un jardinero en los alrededores de Manchester, tenía arriates enteros, ¡arriates enteros! Bueno, pues de todo esto que se había librado Clarissa, con lo poco maternal que era.)

¿De verdad que era una snob? Sí que lo era, en muchos aspectos. ¿Dónde se metía Clarissa todo este tiempo? Se estaba haciendo tarde.

-Pues sí -dijo Sally-, cuando me enteré de que Clarissa daba una fiesta, pensé que no podía dejar de venir, que tenía que volver a verla (y me alojo en Victoria Street, a la vuelta de la esquina, prácticamente). Así que me presenté sin más, sin invitación. Pero... -murmuró- anda, dime. ¿Quién es ésa?

Era la señora Hilbery, buscando la puerta. Pues ¡qué tarde se estaba haciendo! Además, murmuró, a medida que la noche avanzaba, a medida que la gente se iba marchando, una se encontraba con viejos amigos, lugares y rincones tranquilos y las vistas más preciosas. ¿Sabían -preguntó- que estaban rodeados por un jardín encantado? Luces, árboles, maravillosos lagos centelleantes, y el cielo. ¡Nada más que unas cuantas luces de colores, le había dicho Clarissa Dalloway, en el jardín de atrás! Pero ¡era una maga! Era un parque... Y no sabía cómo se llamaban, aunque sabía que amigos eran, amigos sin nombre, como canciones sin letra, siempre las mejores. Pero había tantas puertas, lugares tan inesperados, que no encontraba el camino de salida.

-La vieja señora Hilbery -dijo Peter; pero ¿y ésa de allí, esa señora que lleva toda la noche de pie junto a la cortina, sin hablar? Conocía su cara, la relacionaba con Bourton. ¿No era la señora que solía cortar ropa interior en la mesa grande de la ventana? ¿No se llamaba Davidson?

-Ah, sí. Ésa es Ellie Henderson -dijo Sally. Clarissa era verdaderamente dura con ella. Era prima suya, muy pobre. Y es que Clarissa era realmente dura con la gente.

Un tanto dura sí que era, dijo Peter. Aun así, dijo Sally con esa emoción suya, con un arrebato de ese entusiasmo que tanto le gustaba a Peter, aunque ahora le asustaba un poco lo efusiva que llegaba a ponerse, ¡qué generosa era Clarissa con sus amigos! Y qué rara resultaba esa generosidad, hasta el punto de que, por la noche o el día de Navidad, al hacer recuento de las bendiciones recibidas, ponía esa amistad en primer lugar. Eran jóvenes: eso era. Clarissa tenía un corazón puro, eso era. Peter la consideraría sentimental. Pues lo era. Porque Sally había llegado a pensar que eso era lo único que merecía la pena decir: lo que uno sentía. La inteligencia era estúpida. Uno debía decir sencillamente lo que sentía.

-Pero yo -dijo Peter Walsh- no sé lo que siento. Pobre Peter, pensó Sally. ¿Por qué no venía Clarissa y hablaba con ellos? Eso es lo que él deseaba con impaciencia. Sally lo sabía. No había dejado de pensar en Clarissa, nada más que en Clarissa, y estaba toqueteando su navajita.

La vida no le había resultado sencilla, dijo Peter. Sus relaciones con Clarissa no habían sido sencillas. Había echado a perder su vida, dijo. (Habían sido tan amigos, Sally

Seton y él, que era absurdo no decirlo.) Uno no podía enamorarse dos veces, dijo. Y ¿qué podía decir ella? De todos modos, es mejor haber amado (pero la consideraría sentimental, solía ser muy incisivo). Tenía que venir a Manchester a pasar una temporada con ellos. Muy cierto, dijo Peter. Todo esto es muy cierto. Le encantaría ir a pasar una temporada con ellos, en cuanto terminase con lo que tenía que hacer en Londres.

Y Clarissa le había querido más a él de lo que nunca había querido a Richard, Sally estaba segurísima de ello. -¡No, no, no! -dijo Peter (Sally no debería haber dicho eso, iba demasiado lejos). Ese buen hombre... allí estaba, al otro extremo de la sala, charlando sin parar, el mismo de siempre, el bueno de Richard. ¿Con quién estaba hablando, preguntó Sally, ese hombre tan distinguido? Claro, como vivía en la selva, tenía una curiosidad insaciable por saber quién era la gente. Pero Peter no lo sabía. No le gustaba su pinta; probablemente sería un ministro del gobierno. De todos ellos, dijo Peter, Richard le parecía el mejor, el más desinteresado.

-Pero ¿qué ha hecho? -preguntó Sally. Servicio público, suponía ella. ¿Y eran felices juntos? preguntó Sally (ella era extremadamente feliz); porque, según reconocía, no sabía nada de ellos, sólo sacaba conclusiones, que es lo que suele hacerse, pues ¿qué puede una saber de la gente, incluso de aquélla con la que uno vive a diario?, preguntó. ¿Acaso no somos todos prisioneros? Había leído una obra de teatro maravillosa, sobre un hombre que rascaba la pared de su celda, y tenía la sensación de que esto era aplicable a la vida: uno se dedicaba a rascarla pared. Cuando se veía desesperada por las relaciones humanas (la gente era muy difícil), a menudo se iba al jardín y las flores le daban una paz que los hombres y las mujeres nunca le proporcionaban. Pero no; a él no le gustaban las coles; prefería a los seres humanos, dijo Peter. Por cierto que los jóvenes son hermosos, dijo Sally, mirando a Elizabeth cruzar la sala. ¡Qué diferente era de Clarissa a su edad! ¿Qué le parecía a él? Elizabeth no despegaba los labios. No mucho, aún no, reconoció Peter. Era como un lirio, dijo Sally, un lirio al borde de un estanque. Pero Peter no estaba de acuerdo en que no supiéramos nada. Lo sabemos todo, dijo; al menos, él sí.

Pero de estos dos, musitó Sally, estos dos que se acercaban ahora (y de verdad que tenía que irse, si Clarissa no venía pronto), este hombre de aspecto distinguido y su mujer, de aspecto más bien vulgar, que habían estado hablando con Richard, ¿qué podía uno saber de unas personas así?

-Pues que son unos detestables charlatanes -dijo Peter, echándoles una vaga ojeada. Hizo reír a Sally.

Pero Sir William Bradshaw se paró en la puerta para mirar un cuadro. Se fijó en el ángulo, buscando el nombre del grabador. Su mujer también miró. Sir William Bradshaw se interesaba mucho por el arte.

Cuando uno era joven, decía Peter, uno era demasiado exaltado para conocer a la gente. Ahora que uno era viejo, cincuenta y dos años para más señas (Sally tenía cincuenta y cinco, físicamente, dijo, porque su corazón era como el de una muchacha de veinte); ahora que uno era maduro, entonces, dijo Peter, uno podía mirar, uno podía comprender, y uno conservaba la capacidad de sentir. Eso es verdad, dijo Sally. Cada año que pasaba, ella sentía con más profundidad, más pasión. Iba en aumento, dijo Peter, desgraciadamente quizá, pero uno debería alegrarse por ello: aumentaba en su experiencia. En la India había una persona. Le gustaría hablar de ella con Sally. Le gustaría que Sally la conociese. Estaba casada, dijo. Tenía dos niños pequeños. Tenían que ir todos a Manchester, dijo Sally, Peter tenía que prometérselo antes de que se fueran.

-Ahí está Elizabeth -dijo Peter-, no siente ni la mitad de lo que nosotros sentimos, todavía no.

-Sin embargo -dijo Sally, mirando a Elizabeth acercarse a su padre-, se ve que se quieren mucho -Sally lo sentía por la manera en que Elizabeth se acercaba a su padre.

Y es que su padre había estado fijándose en ella mientras hablaba con los Bradshaw, y se había preguntado ¿quién es esa preciosa muchacha? Y de repente se dio cuenta de que era su Elizabeth y que no la había reconocido, ¡estaba tan encantadora con su traje rosa! Elizabeth había sentido que la miraba mientras ella estaba hablando con Willie Titcomb. Así que se acercó a él y se quedaron juntos, ahora que la fiesta casi había terminado, mirando a la gente que se iba, y los salones que se iban quedando cada vez más vacíos, con cosas abandonadas por el suelo. Hasta Ellie Henderson se iba, casi la última de todos, aunque nadie le había dirigido la palabra, pero quería verlo todo para contárselo a Edith. Richard y Elizabeth se alegraron de que acabase, pero Richard estaba orgulloso de su hija. Y eso que no pensaba decírselo, pero no pudo por menos que decírselo. La había mirado, dijo, y se había preguntado ¿quién es esa preciosa muchacha? ¡Era su hija! Eso la hizo feliz de veras. Pero su pobre perro estaba aullando.

-Richard ha mejorado. Tienes razón -dijo Sally-. Voy a ir a hablar con él. Le daré las buenas noches. ¿Qué importa la inteligencia -dijo Lady Rosseter, levantándose -comparada con el corazón?

-Ahora voy -dijo Peter. Pero se quedó sentado un momento más. ¿Qué es este terror? ¿Qué es este éxtasis?, se preguntó. ¿Qué es esto, que me llena de tan extraordinaria exaltación?

-Es Clarissa -dijo. Sí, porque allí estaba.

FIN